

# estudios



300.

Precio: 50 cts.

FEB. 1931

Nº 90

# Libros que pueden adquirirse por nuestro conducto

## ¡IMPORTANTÍSIMO!

La Biblioteca Estudios tiene como especial misión la de ayudar al sostenimiento de esta Revista por medio de la venta de sus libros, cuyo producto se destina íntegro a sufragar el déficit que supone cada número, pues no tiene ni admite otros ingresos que los de la venta de sus ejemplares, y estos ingresos no llegan, ni en mucho, a compensar el coste y demás gastos de su impresión.

Rogamos por tanto a los lectores de ESTUDIOS compren y recomienden los libros aquí anunciados, si desean ayudar a ESTUDIOS en su labor educativa.

Esta Biblioteca editará siempre obras de indiscutible valor literario y cultural y de utilidad para la vida privada, selectamente escogidas de entre los autores de reconocido prestigio universal.

Además, los corresponsales y suscriptores directos de ESTUDIOS tienen derecho a los descuentos señalados, pudiendo, por tanto, adquirir excelentes obras en ventajosas condiciones.

### Descuentos a corresponsales y suscriptores de ESTUDIOS

REVISTA.—En paquetes desde 5 ejemplares en adelante, el 20 por 100 de descuento, libre de gastos de envío. En los envíos para Francia, el descuento va por los

gastos de franqueo. Los pagos deberán hacerse cada mes por giro postal, cheque, sellos, etc. (en este último caso certificando la carta).

LIBROS.—En los libros editados por esta Revista, el 30 por 100 de descuento, y el 20 por 100 en las obras encuadernadas. En los diccionarios, el 15 por 100.

Gastos de envío, a cargo del comprador.

Para todo pedido de libros es condición indispensable el pago por anticipado.—Si no se quiere o no se puede anticipar el importe al hacer el pedido, pueden indicar que se haga el envío a Reembolso, y en este caso se abonará el dinero al recibir el paquete de manos del cartero. Los gastos de Reembolso (0'50) van a cargo del comprador en este caso. Los envíos a Reembolso no rigen para el extranjero.

NOTAS.—Los suscriptores de ESTUDIOS deberán tener abonada la suscripción para tener opción al descuento señalado.

Las suscripciones se abonarán por años anticipados (12 números, comprendido el *Almanaque de 1.º de año*, 6'50 pesetas para España, Portugal y América; y 8 pesetas para los demás países).

Las suscripciones pueden empezar en cualquier mes del año.

## Obras selectas, especialmente recomendables, editadas por ESTUDIOS

A los corresponsales y suscriptores de ESTUDIOS, el 30 por 100 de descuento en rústica, y el 20 por 100 en tela

**Generación Consciente**, por Frank Sutor. — Engendrar hijos cuando no se dispone de medios suficientes para nutrirlos y educarlos debidamente, no sólo es una imprudencia y una vergüenza: es una infamia; es un crimen que sólo la ignorancia y la estupidez humana pueden disculpar. La misión del hombre es dar vida, vida de esplendor y de optimismo, y no vida miserable, de languidez y degeneración física y moral. En el hombre debe imperar la voz de la razón y no la del instinto grosero. Leed este librito y evitaréis el hacer más víctimas inconscientemente. Con varios grabados sobre la fecundación.—Precio, 1'00 pesetas.

**Huelga de Vientres**, por Luis Bullfi. — Medios prácticos para evitar las familias numerosas.—De las comparecencias del autor ante los tribunales resultan las resoluciones siguientes, que declaran que estos medios: *No constituyen ofensas a la moral pública*, Juicio por Jurados, 16 de marzo de 1906; *No son pornográficos*, Juicio por Jurados de 7 de junio de 1907; *La publicación de los medios preventivos de la fecundación no produce escándalo público*, Juicio por Jurados del 2 de julio de 1908; *No constituyen delito*, Sentencia del Tribunal de Derecho, fallo absolutorio, Juicio del día 15 de junio de 1912. (Audiencia de Barcelona, Sección de lo criminal).—Precio, 0'25 pesetas.

**Embriología**, por el Dr. Isaac Puente.—Es un libro de divulgación y de estudio; es un libro útil, trascendental, importantísimo. Todos debieran conocer estas enseñanzas que el Dr. Puente expone en su valiosa obra como una ofrenda a la cultura del pueblo, dedicándolas a la juventud estudiosa que aspira a una mañana mejor.

Recomendada la lectura de este hermoso libro a todos los jóvenes para que se capaciten y se eduquen; a todos los hombres amantes de la educación.—Forma un elegante volumen impreso en papel pluma, con dos láminas explicativas tiradas a dos tintas, y con una preciosa portada de *Shum* a cuatro tintas, 3'50 pesetas; lujosamente encuadernado en tela y oro, 5.

**El veneno maldito**, por el Dr. F. Elosu.—La mejor y más contundente obra escrita contra el alcohol, contra el abominable narcótico de la civilización y el progreso. El dar a conocer este utilísimo librito es hacer un bien a la especie humana; es combatir eficazmente al más horrible de los vicios. — Precio, 1 pta.

**Los esclavos**, por Han Ryner.—Hermoso cuadro dramático filosófico en el que su autor, a quien con merecida justicia se le llama en Francia *el príncipe de los novelistas*, revela sus excepcionales cualidades escénicas.—Precio, 0'50 pesetas.

**¿Maravilloso el instinto de los insectos?** Interesantísima polémica acerca de las teorías del gran entomólogo J. H. Fabre, en la que intervienen los sabios franceses Han Ryner, Augusto Forel, Andrés Loru-lot, y los doctores Herrera, Proschowski y Javorski.—Precio, 0'30 pesetas.

**La virginidad estancada**, por Hope Clare. — Una mujer que expone al mundo su corazón, lacerado por la incomprensión y el fanatismo de los hombres; tal es el hermoso librito, pequeño en volumen, pero grande por las verdades que encierra.—Precio, 0'25 pesetas.



**Almanaque de GENERACIÓN CONSCIENTE para 1928.**—Precio, 1 peseta.

**Almanaque de ESTUDIOS para 1929.**—Son estos almanaques hermosos volúmenes de gran valor cultural y científico. Indispensables en la biblioteca de todo hombre estudioso.—Precio, 1 peseta.

**La tragedia de la emancipación femenina,** por Emma Goldmann.—Se adivina, a través de sus páginas, las bellas cualidades de la compañera ideal, inteligente y sencilla, amorosa y maternal, que adornan a su autora. Su trabajo tiene el doble valor de la sencillez en la expresión y de un elevado y recto criterio, poco común entre los de su sexo.—Precio, 0'20 pesetas.

**Eugénica,** por Luis Huerta.—Mucho y muy bueno se puede aprender de este libro, en el que brilla, entre los temas propios de la finalidad de la obra, el amor al Naturismo, del que prácticamente es don Luis Huerta Naves devoto admirador y ejemplo viviente de su excelencia.—Precio, dos pesetas.

**Libertad sexual de las mujeres,** por Julio R. Barcos.—No es un libro procaz y obsceno; al contrario, es un alto exponente de la moral racional y lógica que otorga a la mujer el derecho de decidir su corazón de acuerdo con sus propios impulsos. He aquí algunos de los muchos comentarios que ha merecido esta excepcional obra: «La completa franqueza con que J. R. Barcos trata las cuestiones del sexo es el verdadero camino de iluminación para el amor» (S. Ramón y Cajal).—«Julio R. Barcos ha dado forma latente y viva a los sentimientos que palpitan en el fondo de nuestra especie, pero que nadie hasta ahora se había atrevido a decir, porque una de las bellas cualidades del hombre es la hipocresía para consigo mismo. Aun hoy es posible que nos esforcemos por no comprender tan axiomáticas verdades» (Antonio Zozaya).—«Barcos ha dado en esta obra, que me parece la mejor de cuantas se han escrito en lo que va de siglo, el verdadero carácter a la cuestión sexual: el que determina la propia naturaleza» (V. Blasco Ibáñez). Está en prensa actualmente la tercera edición española.

**El A. B. C. de la Puericultura Moderna,** por el Dr. Marcel Prunier. — El Dr. Marcel Prunier viene a prestar un inmenso beneficio a la humanidad, a la vez que realiza uno de los más hermosos servicios a la especie humana. Cuando se reflexiona sobre las aterradoras cifras de la mortalidad infantil, en gran parte debida a la carencia y al desconocimiento de los cuidados precisos, se comprende cuán útil e indispensable es este libro en todos los hogares.—Precio, 1 peseta.

**La Muñeca,** por F. Caro Crespo.—Drama moderno de enorme pasión e interés, en tres actos.—Es en esta obra en la que se advierten los progresos que su malogrado autor había llegado a adquirir en la técnica teatral y en el valor literario. — Forma un elegante tomo de más de 100 páginas.—Precio, 1'50 pesetas.

**Maternología y Puericultura,** por Margarita Nelken.—De interés y utilidad indiscutible para todas las mujeres es este trabajo, en el que su ilustre autora expone los peligros de la ignorancia en que se mantiene a la joven destinada a ser madre.—Precio, 0'25 ptas.

**Amor y Matrimonio,** por Emma Goldman.—Este librito es un grito de sinceridad nacido del corazón de una mujer que antepone la honradez y la nobleza de sus sentimientos a toda otra conveniencia hipócrita. La pluma fácil de esta eximia escritora ha sabido desentrañar admirablemente en estas páginas todo lo absurdo y trivial de la educación de la mujer y lo falso de su concepto moral de la vida, mostrando a la vez su alma femenina limpia y pura, su espíritu abnegado y decidido

y, sin embargo, tan candoroso y sensible. Es un excelente trabajo que debieran leer todas las mujeres.—Precio, 0'50 pesetas.

**Cuentos de Italia,** por Máximo Gorki.—Los que no han leído este libro del gran escritor ruso, desconocen uno de los aspectos más interesantes de su personalidad artística y social. *Cuentos de Italia* es un bellissimo florilegio de narraciones dramáticas en las que el alma italiana se descubre por entero en todas sus complejidades y matices. La hondura psicológica que es peculiar en los escritores rusos, puesta en estos temas occidentales, maravilla en gran manera. Lo que más admira en este librito singular es la variedad de los asuntos y el hecho de que todos estén tratados con insuperable maestría. Pocos viajeros han dicho cosas tan interesantes y tan justas de ese país tan lleno de materiales para obras literarias. Gorki se ha superado a sí mismo en estos cuentos, que ningún lector atento debe desconocer.—Un volumen en rústica, con portada a tricromía, 2 pesetas.

**La transformación social de Rusia. Cómo se forja un mundo nuevo,** por Máximo Gorki.—Pocos son los escritores que en circunstancias difíciles logren imponerse de un modo tan rápido y absoluto como Máximo Gorki. La obra del glorioso novelista es una de las más interesantes que ha producido la literatura contemporánea. *Cómo se forja un mundo nuevo* es un libro que ha de interesar por lo que nos revela acerca de la revolución rusa y la nueva forma política y social de aquel pueblo, y porque sus páginas están impregnadas del entusiasmo ardoroso que Gorki ha tenido siempre en la libertad económica y moral de la raza humana. Este nuevo libro de Gorki aclara muchas dudas, desvanece equívocos y contribuye a difundir una idea más exacta y justa de lo que es el actual estado de Rusia y de lo que puede ser en el porvenir.—Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía, 2 pesetas.

**Anissla,** por Leon Tolstoi.—Mucho tiempo después de haber cerrado esta obra se siente vibrar todavía el alma bajo la impresión de la trágica realidad que en ella se ofrece con toda su sangrante y cruel desnudez, que hace imposible leerla sin sentirse profundamente conmovido. Un libro que guardará en sus páginas el corazón del lector, pues ninguna otra novela podría tener tan poderoso atractivo, tanta penetración, tanta realidad.—Precio, 3 pesetas.

**La filosofía de Ibsen,** por Han Ryner.—Este es un magnífico y muy interesante estudio acerca del teatro ibseniano, en el que Han Ryner pone de relieve la transcendencia filosófica y social del mismo.—Precio, 0'25 pesetas.

**Entre los muertos,** por Elías Castelnuovo. — Precio, 2'50 pesetas.

**Estudios sobre el amor,** por José Ingenieros.—*Cómo nace el amor.*—*El delito de besar.*—*La reconquista del derecho de amar.*—Es éste un precioso librito en que el genial Ingenieros define como nadie el derecho de amar libre y voluntariamente, sin restricciones ni convencionalismos. La pluma de este gran escritor deleita con la descripción de los sentimientos y los afectos que embargan al corazón humano.—Precio, 0'75 Ptas.

**Ideología y táctica del proletariado moderno,** por Rudolf Rocker.—Muerto Kropotkin, el más alto exponente de las ideas libertarias que éste preconizó durante toda su vida es Rudolf Rocker, ya ventajosamente conocido del lector de lengua española, por los muchos escritos suyos que han circulado por España y América. El volumen *Ideología y táctica del proletariado*

*moderno* es lo más fundamental que se ha escrito en los últimos tiempos acerca de las luchas que el proletariado sostiene y habrá de sostener con sus enemigos de toda especie, que no son pocos. Libro serio, hondo, pensado, denso de doctrina y de ideas, no son éstos sus mayores méritos, con serlo de primera categoría. Su mayor mérito es la claridad y la sencillez, prendas de que no gozan otros libros, interesantes pero abstrusos. Hocker escribe pensando en los obreros, y se esfuerza por que éstos le comprendan acabadamente, lo que logra por entero. El libro, cuidadosamente traducido por Diego Abad de Santillán, ha sido muy bien impreso y muy bien presentado, lo que avalora aun más su mérito.—Precio, 3 pesetas.

**La nueva creación de la sociedad por el comunismo anárquico**, por Pierre Ramus.—*«Mi libro rompe el tejido de una páfida conspiración — dice el exponente más activo en Austria, del anarquismo, Pierre Ramus—. Cuando tuvo lugar en los gloriosos días de Octubre-Noviembre de 1918 el magnífico derrumbamiento del militarismo austro-húngaro y de su bestialidad, entonces había llegado el momento especial para la realización de la libertad y el bienestar para todos.»* He aquí, pues, explicado en pocas palabras el origen y el móvil principal de este libro. RAMUS, con una visión clara y amplia de los principios que defiende, que han constituido sus veinte años de lucha incansable y tenaz, plantea en croquis certero y contundente los estamentos sólidos y lógicos de la sociedad del porvenir para que en las conciencias libertarias se consolide la misión esencial a realizar en momentos oportunos como los que señala, y que pasaron inaprovechados por incapacidad e imprevisión. Este libro lo reputamos de importancia extraordinaria, y recomendar su lectura es hacer labor eficaz y de gran trascendencia.—Precio, 3 pesetas.

**El alcohol y el tabaco**, por León Tolstoi. — Las horribles y funestas consecuencias de estos dos nefastos y absurdos vicios. Este libro debieran leerlo y recomendarlo todos; es tanto como cooperar a disipar las tinieblas que oscurecen la conciencia del mundo.—Precio, 1 peseta.

**Ideario**, por Enrique Malatesta. — De la enorme producción intelectual de Malatesta, dispersa en periódicos, revistas y pequeños opúsculos, casi nadie se da perfecta cuenta. Parece que el gran revolucionario fuese sólo un simple hombre de acción. Lo es, sí, un hombre de acción, y admirable. Pero también es un hombre de pensamiento, y no de menor categoría que como hombre de acción. Este *Ideario* que hemos editado es buena prueba de ello. Hasta los mejores conocedores de Malatesta tendrán sorpresas con él. Se ha puesto en su traducción y ordenación sumo cuidado. Así, vemos desfilan por las páginas, apasionadas y ardorosas, en las que palpita el hombre de acción, todas las opiniones de éste, interesantes y valiosas siempre, sobre todos los problemas de la vida, sobre todas las luchas en que se empeñan los hombres, sobre los conflictos más hondos que se plantean en la conciencia de cada hombre, y más cuando éste siente el deseo de que la humanidad sea, en lo posible, feliz. *Ideario*, sencillamente, es un gran libro.—Un tomo de 224 páginas, 2 pesetas.

**La vida trágica de los trabajadores**, por el doctor Feydoux.—Excelente documentación, henchida de rebeldía contra los males que padecen los obreros, de todas las miserias, dolores, lágrimas y sufrimientos que, como un rosario sin término, soportan los trabajadores. Interesantes detalles de catástrofes y accidentes que podían ser evitados y que no se evitan por la avaricia y la inhumanidad de los explotadores. Curiosas re-

velaciones de cómo en muchas de sus ocupaciones los obreros se envenenan poco a poco. Libro doloroso y verídico que no debe faltar en la biblioteca de ningún trabajador, ni de nadie a quien la suerte de los trabajadores preocupe e interese.—Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía, 3'50 pesetas.

**La Etica, la Revolución y el Estado**, por Pedro Kropotkin. — La personalidad de este célebre escritor revolucionario es demasiado conocida de los lectores de lengua española; esto nos excusa de hablar aquí de él, aunque nunca sería excesivo lo que se dijera. Sólo llamaremos la atención de los que gustan de las lecturas sociales, sobre la importancia de este volumen, en el que se reúnen, por vez primera en castellano, tres de los estudios más famosos del gran escritor. Analizar cada uno por separado sería tarea dilatada. Vale más que el lector, por sí mismo, se forme un juicio, conociendo estos estudios, esmeradamente traducidos. Las opiniones de este gran hombre sobre la moral, sobre la revolución y sobre el Estado, son de un valor seguro e imponderable.—Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía, 2 pesetas.

**La Universidad del Porvenir**, por José Ingenieros.—En esta obra es donde con mayor relieve destacan el talento y la elevada personalidad moral del gran humanista.—Precio, 1'50 pesetas.

**Los hermanos Karamazow**, por el novelista ruso Fedor Dostoiewski. — En *Los hermanos Karamazow* es donde la personalidad del formidable moderno escritor Dostoiewski se destaca con más relieve, adquiriendo las gigantescas proporciones de los grandes autores de la antigüedad. La forma poética en que esta novela está trazada hace que las pasiones que agitan a sus personajes reflejen un fondo de humanidad tan vivo y trascendente, que solo es posible hallarlo en las más encumbradas concepciones homéricas o shakespearianas.—Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía y mas de 350 paginas, 3 pesetas.

**La vida de un hombre innecesario (la policía secreta del Zar)**, por Maximo Gorki. — Esta es una de las mejores obras que han salido de la pluma de Gorki, tan apta para crear buenas obras. Formidable ariete contra las prácticas policíacas. Libro henchido de humanidad hacia las víctimas de la tiranía. Novela que a través de su argumento de enorme fuerza dramática, nos descubre la vida entera de los hombres que preparan las revoluciones.—Un tomo en rústica, con portada a tricromía, 2 pesetas.

**Camino de perfección**, por Carlos Brandt. — Valioso libro, el último escrito por este prestigioso autor, a quien tantas y tan bellas páginas debe el Naturismo, de gran alcance ideológico y de honda penetración filosófica. Un libro que apreciarán en mucho todos los amantes del estudio y del naturismo integral. La parte moral del ideal naturista, la ética individual del hombre, libre de prejuicios sectarios, se estudia y se expone con la fina y singular percepción que caracteriza el estilo de este autor.—Precio, 2 pesetas.

**Realismo e idealismo**, por E. Armand.—Precio, 1'50 pesetas.

**La montaña**, por Eliseo Reclus. — Grandiosa obra en la que se estudia la naturaleza de las montañas de un modo magistral. Quien no ha leído a Reclus, no sabe las posibilidades de arte que hay en los estudios de esta índole. En *La Montaña*, que con *El Arroyo* es uno de los más bellos libros de este sabio geógrafo, el lector siente el encanto inexplicable de tener en las manos un volumen que le enseña y que le deleita a la vez, con una in-



tensidad pocas veces igualada. Las consecuencias sociales que Reclus expone, de las lecciones de la naturaleza, tienen un interés extraordinario. Este hombre libre ponía en todo su alma privilegiada. *La Montaña* es prueba evidente de ello.—Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía, 2 pesetas.

**Crítica Revolucionaria**, por Luis Fabbri. — Un admirador de este libertario italiano, que es uno de los más cultos, inteligentes y enterados de nuestro tiempo, ha traducido, de la obra entera del autor, las páginas más vibrantes de crítica que han salido de su pluma, vibrante en toda ocasión y circunstancia. Y esta crítica, acertadamente denominada revolucionaria, no se dirige sólo contra un aspecto de la sociedad actual, sino contra todos en bloque. Ni tampoco es sólo contra la sociedad, sino que también, y hondamente, contra muchos de los que la combaten. Hasta contra sus propios compañeros de ideal, cuando los juzga equivocados, se dirigen estas críticas encendidas en pasión humana limpia y pura. De aquí que sea crítica revolucionaria en el más exacto sentido de la palabra, puesto que lo revolucionario todo, ideas y opiniones, estados de ánimo y errores, posiciones espirituales y luchas interiores. Por todo el libro corre un viento libre, fuerte, de escritor que arde en la llama que le anima en su lucha por la libertad.—Un tomo cuidadosamente impreso, en rústica, 2 pesetas.

**El calvario**, por Octavio Mirbeau. — Hay muchos críticos notables que juzgan *El Calvario* como la mejor novela de Mirbeau. Que es una de las mejores novelas que se han escrito en los últimos tiempos, es indudable. Los extremos a que puede llevar a un hombre la pasión amorosa, pocas veces han sido mejor analizados, más hondamente desentrañados y expuestos, sin el menor esfuerzo aparente. Hasta el lector menos atento se da cuenta en seguida de que tiene en las manos un libro singular, raro, profundo, interesante hasta lo extraordinario. Las críticas de muchas cosas actuales que Mirbeau intercala en el curso de su novela, son, como suyas, hirientes, luminosas, henchidas de su gran capacidad satírica, famosa mercedamente. El autor de *Los malos pastores* es en toda ocasión uno de los más formidables críticos del orden actual de cosas.—Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía, 2 pesetas.

**¿Qué hacer?**, por León Tolstoi. — *¿Qué hacer?* es la más famosa obra social de Tolstoi. Quien no la ha leído desconoce uno de los aspectos más admirables de este gran hombre, gran artista y gran novelista. Un sentimiento de humanidad sin límites circula por las páginas de este libro admirable. Nadie se había planteado, ante las miserias humanas, problemas morales tan importantes. Con ser terrible la pregunta "¿Qué hacer?", que en muchas ocasiones parece que no puede tener respuesta, Tolstoi la desentraña y responde con un acento de sinceridad tan claro y tan humano, que conmueve y convence. Es imperdonable que este libro no se haya puesto en manos de todas las gentes para que meditaran, ante él, en el más grave problema que tienen que resolver los hombres de nuestro tiempo.—Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía, 2 pesetas.

**El imperio de la muerte**, por Vladimiro Korolenko.—*El imperio de la muerte* es uno de los más grandes libros que se han escrito contra el régimen que antes de 1914 imperaba en Rusia. Leyendo esta obra inmortal, se tienen los antecedentes más verídicos de lo que en Rusia ha sucedido. Se explica entonces el lector las cosas más oscuras. Este libro, además, es un rosario de dolores que emociona hasta lo más profundo. Korolenko, que era un hombre bueno como ha habido pocos, pone en las páginas de esta obra toda su bondad infinita, con un

fervor y un color de humanidad tan densos y avasalladores, que no es posible dejar de leerle, no ya con interés y entusiasmo, sino con verdadera admiración emocionada.—Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía, 2 pesetas.

**La que supo vivir su amor**, por Higinio Noja Ruiz. — Novela altamente sugestiva e interesante, de asunto hondamente simpático y de intensa emoción. La heroína de esta novela, mujer perfecta física y moralmente, libre de prejuicios, sirve a su autor para plantear una tesis racional y lógica en pugna con la moral corriente (de profunda inmoralidad) que sirve de base a la compra-venta en muchos matrimonios actuales. Es un canto de dignificación para la mujer íntegra que ofrece su amor siguiendo los dictados de su corazón, enalteciendo la maternidad consciente.—Precio, 4 pesetas.

**El subjetivismo**, por Han Ryner. — Es este un libro de alto valor filosófico por las elevadas concepciones en él expuestas; pero al mismo tiempo, y ello es una cualidad de este genial pensador, su lectura es por demás sugestiva y amena. Su lógica racional, al tratar de la individualidad humana, conquista al lector y le conforta incitándole a la busca de la verdad que se desprende de sus apreciaciones deductivas, razonadas, serenamente expuestas. Se ve el espíritu inquieto e investigador, profundamente analítico de su prestigioso autor, cada vez más admirado.—Precio, 1 peseta.

**Rejas adentro**, por Ramón Magre. — En rústica, 2 pesetas.

**Pequeño manual individualista**, por Han Ryner.—Precio, 2 pesetas.

**La educación sexual**, por Jean Marestán. — En poco tiempo se han agotado de esta obra diez numerosas ediciones. Es un libro que se ha hecho indispensable en todo hogar, pues en él se hallan descritos en forma sencilla y clara provechosos conocimientos sobre Anatomía, Fisiología e Higiene de los órganos genitales; preservación y curación de las enfermedades venéreas; medios científicos y prácticos de evitar el embarazo; razones morales y sociales del neo-malthusianismo; el amor libre y la libre maternidad; la procreación consciente y limitada.—Precio, 3'50 pesetas.

**Socialismo y Federalismo**, por Bakunin. — Precio, 1'10 pesetas.

**Filosofía de un ideal**, por Carlos Malato. — Precio, 1 peseta.

**Historia del movimiento machnovista**, por Pedro Archinof.—Precio, 3'50 pesetas.

**La mancebia**, por Maupassant.—Precio, 1'10 pesetas.

**El mundo nuevo**, por Luisa Michel.—Precio, 1'50 pesetas.

**Kyra Kyralina**, por Panait Istrati. — Las obras de Panait Istrati han sido una revelación para el mundo literario. *Kyra Kyralina* sorprendió por su originalidad y su sabor oriental a todos los más encumbrados novelistas de fama mundial, que no titubearon, como el maestro de novelistas Blasco Ibáñez, en decir de él que era un "bohémio inspirado y genial, de la misma familia que Gorki y Jack London".—Precio, 3 pesetas.

**Mi tío Anghel**, por Panait Istrati. — "Conozco tres o cuatro de sus novelas—decía el insigne Romain Rolland de Istrati—y puedo afirmar que son dignas de los maestros rusos." Estas tres o cuatro novelas a que aludía el gran escritor francés no eran otras que *Kyra Kyralina*, *Mi tío Anghel*, *Los Aiducs*, *Nerránsula* y alguna otra

no traducida aún al español, y que apenas aparecidas dieron fama universal a su autor. En efecto; esta obra confirmó a su autor como a uno de los mejores escritores de nuestro siglo, que ya se vislumbró con la aparición de su primera obra.—Precio, 3 pesetas.

**Los aiducs**, por Panait Istrati. — Esta obra, como las dos anteriores, transportan al lector a un mundo de emocionantes y sugestivas aventuras. El oriente europeo, con sus misteriosas costumbres y sus hombres de rebeldía indómita atraen al lector desde las primeras páginas.—Precio, 3 pesetas.

(En breve aparecerán de este mismo autor *Mis andanzas* y *Los cardos del Baragán*.)

**Domniza de Snagov**, por Panait Istrati. — En esta obra continúa Istrati las emocionantes narraciones de Adrián Zografli. "Estoy contento de morir, de no saber nada de este mundo. Horrible rebaño que pega o se deja pegar, pero que no conoce nada mejor que estas dos ignominias."—Precio, 3 pesetas.

**La maternidad consciente**, *Papel de la mujer en el mejoramiento de la raza*, por Manuel Devaldés. — El mundo científico dedica cada día mayor atención a los problemas de orden sexual y biológico. Problemas altamente interesantísimos, transcendentales, que ganan la simpatía de toda persona culta, pues que en ellos se ventila la superación mental y física de la especie humana por medio de la maternidad consciente y limitada.

Educar a la mujer en los conocimientos necesarios para cumplir racionalmente y por su voluntad la más importante misión de la vida, es fomentar y decidir el porvenir y la felicidad en las generaciones futuras; es atacar y cauterizar en su origen las miserias sociales, por donde sangra el mundo con todas sus purulencias de prostitución y pauperismo.

La obra de Manuel Devaldés, consagrada a tan importante labor eugénica, merece ser leída y divulgada por todos; vibra en sus páginas la lógica del razonamiento incontrovertible, la exposición juiciosa, serena, basada en una moral muy humana y muy digna. — Precio, 2 pesetas.

**El arroyo**, por Eliseo Reclus. — Hacia ya bastante tiempo que se había agotado este primoroso libro del sabio geógrafo y librerario insigne. Los que lo habían leído lamentaban no poderlo encontrar de nuevo para leerlo una y otra vez, y darlo luego a leer a sus amigos más íntimos. Cosa perfectamente explicable. El placer que se tiene leyendo *El Arroyo* no tiene nada de egoísta. Más bien, al contrario, ese mismo placer enseña a no ser egoísta. Así, después de haber sentido el intenso gozo interior de dicha lectura, se siente el deseo de que participen del mismo placer las personas que nos son más allegadas. Y no sólo es un poema maravilloso este libro célebre con sobrada justicia, sino también un arsenal de donde extraer sin fin de argumentos de orden social. Compañero de "La Montaña" en belleza, también lo es en el caudal inagotable de ideas que encierra. Quien no ha leído *El Arroyo* desconoce uno de los libros más bellos que han salido de mente humana, como asimismo de los más sugeridores de ímpetu y de serenidad para las contiendas sociales. — Un volumen de más de 200 páginas, en rústica, 2 pesetas.

**La educación sexual y la diferenciación sexual**, por el doctor Gregorio Marañón. — Sensacional estudio que descubre la magnitud de uno de los más transcendentales problemas de orden biológico. El

merecido prestigio científico de su autor es garantía de la utilidad y el valor indiscutible de este librito. — Segunda edición. 0'50 pesetas.

**Apología socrática**, por Platon. — Precio 1'10 pesetas.

**Medicina natural**, por el Dr. Adr. Vander.—Nuevo sistema de curación natural. Gran enciclopedia práctica para el tratamiento de las enfermedades al alcance de todos. Con 600 ilustraciones originales intercaladas en el texto y varias láminas en color. Séptima edición. Un volumen de 688 páginas en rico papel satinado. Lujosamente encuadernado en tela y oro.—Precio, 25 pesetas.

**La calvicie**, *Cómo se evita y cómo se cura*, por Koheler. — Precio, 4 pesetas.

**El Abogado del Obrero**, por José Sánchez Rosa. Verdadera Enciclopedia de leyes referentes a la clase obrera. Novena edición, notablemente reformada, corregida y aumentada con las nuevas disposiciones y decretos vigentes. Contiene formularios para toda clase de trámites legales que facilitan, en forma clara y sencilla, el ejercicio de los derechos del obrero ante el patrono y las autoridades. Leyes de Reunión, Asociación, Registro civil, Imprenta, Registros domiciliarios, Orden público, Contrato de Trabajo, Accidentes de Trabajo, Huelgas y Coligaciones, Ley contra la usura, Constitución del Estado, Sobre la Jornada de ocho horas, Inquilinato, Retiro obrero, Organización Corporativa, Comités Paritarios, etc., etc. — Precio, 3'50 pesetas.

**Los habitantes de Marte**, por C. Flammarion. Precio, 1'10 pesetas.

**La Gramática del Obrero**, por José Sánchez Rosa. — Con más de 300 demostraciones prácticas con las que, muy fácilmente, se aprende a pronunciar las letras, cómo se forman los diptongos y triptongos, las sílabas; a conocer las nueve partes de la oración, la ortografía de cada letra, el oportuno empleo de las mayúsculas, la acertada colocación de los acentos, la coma, punto y coma, los dos puntos, el punto final, los signos de interrogación y admiración, puntos suspensivos, entreparéntesis, diéresis, comillas, guión corto y largo; en una palabra: escribir con toda corrección y ortografía.— Precio, 2 pesetas.

**La Aritmética del Obrero**, por José Sánchez Rosa. — Décimatercera edición. Con más de 200 demostraciones prácticas y sencillas al alcance de todos y relación detallada de todas las equivalencias y modo de resolverlas para los efectos de la reducción. — Precio, 1'50 pesetas.

**Sobre el pasado y el porvenir del pueblo**, por Lamennais. — Precio, 1'10 pesetas.

**La tisis**. (*Cómo se evita y cómo se cura*), por el doctor Bjancaj.—Precio, 2 pesetas.

**El estómago y la salud**. (*Cómo se cura sin médico*), por el Dr. Bjancaj.—Precio, 3 pesetas.

**Ideario**, por Ricardo Mella. — Este libro de Mella no es sólo recomendable a los libertarios. Todas las personas que se preocupen de los problemas más agudos en que la humanidad se debate, deben leerlo. Encontrarán en él esfuerzos admirables por hallar una salida para esos problemas. Esfuerzos trabajados, ponderados, apasionados. Nunca superficiales. En todo momento, una seriedad filosófica preside su labor. El tono literario es, también constantemente, digno, de expresión feliz y certera. Unos granos de escepticismo, atravesados hasta en





REVISTA ECLÉCTICA

PUBLICACIÓN MENSUAL

## INDEPENDENCIA

Cuando se haga en el futuro la historia de los movimientos sociales de nuestro tiempo, es decir, de últimos del siglo XIX y primeros del XX, causará asombro la falta de independencia en que durante todos esos años se han desenvuelto los hombres afiliados a los partidos más radicales: socialistas, sindicalistas, comunistas y anarquistas.

Cosa, ciertamente, en extremo paradójica: los hombres afiliados a los partidos que proclaman una mayor independencia para el hombre son los que, en general, menos gozan de ella.

Olvidando que lo más simpático y mejor que han dejado en herencia todas las religiones y todos los partidos han sido los herejes, los partidos radicales no admiten en su seno la herejía.

Se destierra de esos partidos al hereje; éste es, al parecer, el mayor enemigo imaginable. Hasta tal punto ha llegado la incompreensión de la necesidad del hereje, es decir, del hombre independiente, del hombre de certero juicio crítico, que en el mismo momento en que un hombre de estos surge, queda sin tardanza excluido del partido, cualesquiera que éste sea.

Así se ha ido matando poco a poco la independencia, esto es, la personalidad, lo que más fuerza puede dar a una colectividad.

Una colectividad en la cual no haya en cada uno de sus componentes, o en el mayor número posible de ellos, una personalidad propia e independiente de la que tengan los que con él conviven y luchan con un mismo

propósito, es una colectividad sin valor alguno para cualquier tarea grande.

En términos desgraciadamente bastante generales, a eso han quedado reducidas actualmente en la mayor parte de los países, y desde el punto de vista intelectual en todos, las cuatro colectividades radicales mencionadas.

Un socialista, animado de cierta inquietud, comprueba, gracias a sus investigaciones, que el partido a que pertenece sigue, en uno u otro sentido, una ruta desdichada. Con todo entusiasmo y buena fe, diría sus opiniones particulares sobre el asunto, lo cual, además de ser prueba evidente de su independencia, sería también, sin duda alguna, un gran servicio para el partido, puesto que el partido donde no hay contradicción es un partido muerto. Un hombre mismo, cuando en su ser íntimo no hay lucha continua, es decir, cuando no existen en él contradicciones hondas, significa bien poca cosa. Con mucha más razón un partido, reunión de muchos hombres, y al cual cada uno de sus componentes lleva, además de sus propias contradicciones, los valores de su temperamento y de su inteligencia.

El socialista inquieto, sin embargo, se calla su disconformidad, oculta la nota de su independencia, acepta, silenciosamente, la ruta desdichada que sigue su partido.

Sacrifica, en aras de la disciplina, lo que vale más que todo: la sinceridad, y con ella la independencia intelectual.

Si por caso pueden más sus impulsos; si

da la nota de herejía, enseguida queda fuera de la colectividad de que formaba parte. Se hace el vacío a su alrededor. No se le perdona su independencia.

El ejemplo de los muchos que han pasado por este trance ha ido, poco a poco, acallando las voces de los que pudieran mostrar disconformidad. Y con este silencio ha ido muriendo la independencia, es decir, el valor de más rango.

Un sindicalista estudioso y observador advierte que la huelga, como arma para la lucha económica, salvo en circunstancias ajenas a ella misma, carece de poder. Ejemplos múltiples y diversos se lo han mostrado con claridad de sol de mediodía. Quisiera, con todo el entusiasmo que siente por las verdaderas posibilidades del sindicalismo, decir lo que puede y debe esperarse de la huelga y lo que, por las lecciones de la experiencia, no debe ni puede esperarse de ella; quisiera ofrecer los frutos que han cosechado con su estudio. Pero ve que el sindicalismo, como colectividad, continúa creyendo en las virtudes singulares y mágicas de la huelga; que sigue haciendo su propaganda, presentándola como arma insustituible. ¿Dirá sus pensamientos, prueba de su independencia intelectual? Si los dice, inmediatamente quedará excluido de la organización a que pertenecía. La disciplina sindical no puede transigir con la herejía. La huelga es artículo de fe que no puede ser atacado. El que da prueba de independencia, atacándola, no puede continuar en la comunidad para la cual la huelga sigue siendo un principio fundamental.

Sin embargo, para el interés verdadero del sindicalismo, tiene mucha más importancia real cualquier demostración de independencia de uno de sus defensores que todas las normas de disciplina de los demás, hijos de la falta de personalidad, de la carencia de inquietud, del no preocuparse por ahondar en los problemas todos hasta penetrar en su entraña.

Un comunista, conocedor de su país, recibe, con uno u otro motivo, una de esas a modo de reales órdenes que parten de Moscú. Cualesquiera que sea el significado de la real orden debe aprestarse a propagarla. Es una orden, y no está permitido eludir su cumplimiento. La orden, a lo mejor, como emanada de un país lejano y dictada por unos hombres que no conocen de las otras naciones ni el temperamento, ni las costumbres, ni la psicología, ni otras muchas cosas que son distintas en cada pueblo, es absoluta-

mente absurda. El comunista, que conoce su país, lo comprende. Pero ¿cómo modificarla y adaptarla a las condiciones sociales e intelectuales de su pueblo? Hacer eso sería una herejía; sería dar prueba fehaciente de independencia. Y esto no es posible a no ser que se quiera dejar de pertenecer al partido. Finalmente, de la lucha entre la independencia y la disciplina, sale vencida la primera.

Cuanto más personalidad tenga el comunista que reciba y haya de propagar la orden, más reñida es la lucha que sostiene consigo mismo. Su independencia de juicio, naturalmente, se siente molesta de tener que propagar algo que le parece absurdo; mas su disciplina al partido le dice que no debe rebelarse, que no puede, si desea continuar dentro del partido, dar su opinión particular. La disciplina, pues, se impone a la independencia. Sería mucho más conveniente para los verdaderos intereses del partido, sin embargo, que sucediera lo contrario.

Un anarquista, atento siempre a las aportaciones que para sus teorías traen los nuevos descubrimientos, ya sean adversas o favorables, se percató de que Bakunin, por ejemplo, demasiado ocupado en las luchas de su época, escribió cosas que deben ser rectificadas; o de que Kropotkin, de acuerdo con las investigaciones de su tiempo, pero no profeta para lo que hubieran de decir las posteriores —aunque hubiera sido profeta, hay que tener en cuenta que la profecía es con harta sujeta a rectificaciones—, sentó hipótesis que han llegado a no ser admisibles. Quisiera, pues, con toda la simpatía que guarda en el fondo de su ser para Bakunin, gran luchador, y para Kropotkin, pensador eminente, decir lo que, como fruto de su estudio, ha ido madurando en su mente. Pero ve que la colectividad anarquista suele decir: «Eso lo dijo Bakunin y no puede ser rectificado.» O: «Eso lo afirmó Kropotkin, y no hay por qué enmendarle la plana.» Y que nadie quiere comprender que no se trata de enmendar ninguna plana ni de hacer rectificaciones caprichosas, sino de aportar, a lo que esos y otros hombres dejaron hecho para el anarquismo, nuevas comprobaciones que antes eran desconocidas y que, siendo desconocidas, claro está que no pudieron hacer mención de ellas.

El anarquista, colocado entre lo que le dicta su juicio crítico y los resultados de su estudio, y lo que en la colectividad de que forma parte se sostiene como inmovible, no sabe qué partido tomar. Está seguro de



que si pretende decir lo que piensa inmediatamente se dirá que ya no es anarquista, es decir, de que se le excluirá del partido.

Sin querer admitirlo advierte que hay una disciplina entre los que sostienen las mismas teorías que él. Y si tiene fuerza para vencer su impulso, su deseo de rectificación de lo que le parece falso, callará, ahogará su juicio, que habría sido demostración valiosa de independencia, sometándose de este modo, sin lucha exterior, a la disciplina. Entre una cosa viva y otra muerta, optará por la última.

Para el valor real de las teorías anarquistas, no obstante, habría sido mucho mejor que optara por lo vivo, por lo vital: por la independencia.

De esta manera, los hombres que sienten inquietudes respecto a los problemas fundamentales de los cuatro partidos radicales, es decir, respecto al porvenir reservado a esos partidos, dejan, en holocausto a la disciplina colectiva, de ser independientes, de dar la nota de independencia que su juicio crítico les aconseja.

Todo lo más que ocurre es que el comunista, si es un poco inteligente, se burle de los absurdos en que incurran los socialistas, los sindicalistas y los anarquistas; que el anarquista haga lo propio respecto a la desdichada ruta de los socialistas, a la huelga como artículo de fe de los sindicalistas y a la obediencia a la real orden de los comunistas; que el socialista ponga en evidencia lo que los otros dejaron a merced de fácil crítica, y que el sindicalista siga, por lo que a los demás se refiere, la misma táctica.

En el fondo, simulación de independencia al censurar a los demás. Respecto al propio partido, disciplina. Lo cual, en último análisis, no demuestra nada más que una cosa: que ninguno es independiente; que ninguno puede dar su juicio sobre los errores del propio partido, la particular opinión que sobre esos errores tenga.

La paradoja, extraña y absurda, es patente: los cuatro partidos que más se preocupan de la independencia del hombre no dejan a sus componentes que den pruebas de su independencia. Se dijera que les place contar, no con un conglomerado de hombres con personalidad, sino con un rebaño de adeptos. Un hombre sin inquietud, sin capacidad de independencia, ¿para qué sirve? ¿Qué puede esperarse de él?

Un socialista, un sindicalista, un comunista, un anarquista que sólo se dedique a comprobar las partes flacas de los otros parti-

dos, sin hacer constar nunca las que en su propio partido pueden observarse, es un hombre, además de falto de independencia, inferior. Hay que comenzar por combatir los errores del propio partido antes de señalar las que haya en los demás. Quien no está ajeno de absurdos, mal puede señalar aquellos de que adolecen quien esté junto a él.

Será muy humano no reconocer las faltas propias; pero es ridículo, por eso mismo, no tener un poco de comprensión para las ajenas.

La propia independencia de juicio, tén-gase en cuenta, es mucho más valiosa, para cualquier propósito que se persiga, que guardar silencio ante el error por no desentonar de lo que imponga una disciplina estúpida.

No me digas que soy tuerto si tú eres ciego. Reconoce primero tu ceguera, y habla luego de mi único ojo. Entonces comprenderé tus razones.

Para que cada cual reconozca su ceguera, sólo hay un camino: exaltar la independencia.

La independencia intelectual ahorrando el dolor de tener que callar ciertos pensamientos, despierta el deseo de conocerse. El hombre que salta por encima de la disciplina, es porque tiene algo interesante que decir. Debe ser escuchado. El simple adepto quieto e inerte no dirá nunca nada. Tampoco sirve para nada. Los hombres que por interés de la disciplina acallan su independencia, se convierten también en simples adeptos inútiles.

Cada cual, en la medida de sus fuerzas, debe procurar que cese ya ese largo período de tiempo que la historia futura señalará con asombro justificado, como bien característico de la falta de independencia de los hombres afiliados a los partidos más radicales, es decir, a los partidos que más se envanecen de luchar por la independencia de todos los seres humanos.

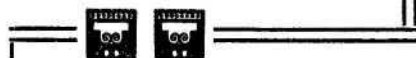
#### DIONYSIOS

*Las experiencias de utilidad organizadas y consolidadas a través de todas las generaciones pasadas de la raza humana, han producido modificaciones nerviosas correspondientes, de donde derivan ciertas intuiciones morales, ciertas emociones respondiendo a una conducta justa o falsa, no existiendo ninguna base aparente de las experiencias de utilidad individual.*

STUART MILL

Rellejos de los días

## Demasiada realidad



Otra vez Cambó, durante este mes, ha hecho su aparición en Madrid. Su estancia ha coincidido con un terrible descenso de la temperatura. Bajo las heladas han muerto de hambre y de frío varias personas. Pero estas son contingencias naturales para el confortado capitalismo. Huelga, por lo tanto, el consignarlos. No vaya a decir alguien que el relacionar al representante mágico del capitalismo nacional con los óbitos por hambre y frío se nos desmande la imaginación.

¿Qué inquietud anima al conocido trapi-sondista de las finanzas para que con tanto ardor se entregue a este azacaneo de consultas, visitas y declaraciones? Cambó viene una vez más a hablar de sus inquietudes de siempre: su «política de realidades». El genio de la Banca catalana se ha proclamado adalid esforzado de esta clase de política.

Evidentemente, a pesar de sus trabajos, no ha logrado concitar con sus prédicas y notas grandes y desinteresadas simpatías ni aun entre las gentes llamadas conservadoras, esas que según propia confesión «tienen algo que perder».

Rompe el fuego contra Cambó Gabino Bugallal, el sedicente jefe del partido conservador. En realidad es una evocación arqueológica del caciquismo gallego, digna del honor de una vitrina en un museo de antediluviana zoología. No parece muy abierto de mollera para la comprensión de la camboniana política de realidades esta sombra parlante y superviviente de negras y remotas edades. Así lo hizo constar en un discurso, gigante pieza de mamostería de tópicos, lanzada contra un escaso grupo de cerebros anquilosados, cuyas luces de razón — seamos espléndidos en las concesiones — ha hecho opacas y turbias el frío miedo a los cambios de temperatura política. Evidente que para la impenetrabilidad de las mentalidades conservadoras, la política que Cambó preconiza y ampara figura entre los tóxicos perniciosos e inasimilables. Bien es verdad también que la razón más despierta y vigilante no llega a alcanzar el fundamento de las elucubraciones político-económicas del financiero catalán.

Pensará toda persona en uso de razón que una política de realidades debe tener como base específica el conocimiento estricto, por parte de quien la propugna, de la realidad auténtica del momento en que vivimos.

«Vivimos momentos difíciles» — reza el *leader* del catalanismo mesurado y contemporizador—. He aquí un lugar común de los más socorridos, susceptible de aplicación a las más varias actividades y principios.

¡Tiempos difíciles y heroicos! Pero ¿no hay otra realidad más eficiente y concreta que la vaga afirmación de las dificultades de los presentes tiempos?

Cambó habla con estudiado barullo dialéctico de lo que se ha dado en la flor de llamar intereses nacionales. Baraja las vicisitudes del honrado comercio y de la Banca con las progresivas depresiones hacia la agravación actual de la valuta, la crisis del trabajo, con la plaga del analfabetismo, el marasmo que aqueja al principio de autoridad con la necesidad de un Gobierno fuerte; la necesidad de la unión de las fuerzas productoras del país (desde luego las fuerzas productoras son siempre el capitalismo y la burguesía), con unas elecciones sinceramente idóneas y gubernamentales. Las cuestiones internacionales tienen nota aparte.

Aparecen en las manifestaciones de Cambó con honores de suplemento. Todo este muestrario ofrece al país esta neutralidad avispada del viajante catalán como panacea salvadora y neutralizadora de las hondas fiebres que consumen las conciencias españolas.

Pero el muestrario en cuestión no llena en lo más mínimo las apetencias e inquietudes nacionales.

Como animador de la política de realidades, Cambó debería partir de un principio, sin consideración al cual la afirmación de esa famosa política constituye una oprobiosa ofensa para los españoles. Ciertamente que hartos motivos ofrece la historia para llegar a una conclusión optimista acerca de la magnífica disposición de determinados sectores nacionales para vivir felices en plena esclavitud espiritual y material bajo el látigo de una casta. Pero hay que reconocer en justicia que



no a todos se les puede clasificar como conformistas representantes del rebaño de Panurgo. Un recio sentimiento de civilidad y un ansia de justicia, de siglos insatisfecha, se han generalizado entre la masa. Se han volatilizado muchas supersticiones de la conciencia colectiva y espíritus limpios y heroicos han despertado muchas energías dormidas en el cuerpo social.

Con Cambó se agitan estos días otros antiguos rabadanes. Hablan y vociferan, lanzando a los cuatro vientos toda suerte de diagnósticos sobre los males que nos afligen y proponiendo remedios. Cada uno se cree asistido de un extraordinario don mesiánico. ¿Creerán estas sombras de la prevaricación política y ciudadana que el país ve en ellos y en sus actitudes el más nimio atisbo de garantía para sus derechos y el triunfo del imperativo de su voluntad? España no es un rebaño lanar y sumiso, integrado por más de veinte millones de cabezas, satisfecho de agonizar de hambre y sed de justicia bajo la protección de los cayados del consabido grupo de rabadanes. La realidad es muy distinta. Y ésta es la que no quiere ver Cambó, el paladín de la política de realidades. No creo que por ceguera. La cuquería del viajante de finanzas catalanas, no ahora, sino en toda ocasión, se ha perdido más allá de lo ponderable. Los caricaturistas han representado a Cambó como tipo de una familia de aves necrófagas: el cuervo. Difícil es que un cuervo, ante un cadáver, no se lance a consumir el exterminio del mismo. Cambó se apresta, sin embargo, a la ardua empresa de insuflar una vida real a un cadáver descompuesto y putrefacto. ¿Qué interés habrá calculado para acometer tal prestación? Muy alto debe ser para que el cuervo no dé rienda suelta a los instintos de necrofagia que por naturaleza le adornan.

Entre las realidades de la política camboniana, la de mantener en pie este cadáver parece fundamental. Esta posición de Cambó ante el país difiere bastante de la sostenida hasta ahora.

Recordaremos su antigua fórmula: ¿Monarquía? ¿República? Cataluña. Ahora la plantea en otros términos. «Por encima de todo las realidades.» Defensa del capitalismo, sometimiento a mano armada, del trabajo a la esclavitud de las caprichosas conveniencias del capital, todos los privilegios feudales en pie: los históricos y los arrebatados por el capitalismo rampante. Ni la Monarquía ni la República pueden considerarse,

según Cambó, como realidades auténticas, como principios sobre los cuales han de sostenerse uno u otro régimen social y político. El problema del régimen es cosa puramente adjetiva. Claro que la monarquía, si no consubstancial con el espíritu del país, ofrece mayores garantías y posibilidades para el mayor esplendor de la política de realidades.

Este es el diagnóstico camboniano sobre España. No se puede negar que ha auscultado bien al paciente. Pero la realidad está llena de impurezas.

Cambó eleva su informe a la opinión pública. Al otro día se producen los sucesos de Jaca. Realidad sin importancia para Cambó. Da un apéndice a la nota, de espléndido optimismo acerca del brillante destino de España en el concierto europeo. Cuatro Vientos. Cambó huye a París, sin duda contristado por tan amargas realidades.

Ahora ha vuelto, a dar la gran lanzada a Bagallal, moro bien muerto y hediente.

Y otra vez cabildeos, consultas, notas y declaraciones... ¡Realidades! ¡Realidades! Demasiada realidad... ¡Y ella nos salve!

ALARDO PRATS Y BELTRAN

Madrid.

---

ACABA DE APARECER

## EL MARXISMO

ORIGEN, DESARROLLO Y TRANSFORMACION

Por

MARIN CIVERA

Precursores:

El marxismo. Su significación histórico-filosófica. La concepción materialista o dialéctica. Los impugnadores del materialismo histórico.

Economía marxista. La formación del marxismo económico. El valor de las cosas. La formación del capital. Valor de la fuerza del trabajo. La plus-valía. El salario.

La ganancia capitalista. La renta de la tierra. La acumulación. Las crisis económicas. El imperialismo económico.

Marxismo y Derecho.

Post-marxismo. La rectificación. La influencia ética. El racionalismo. El reformismo. La síntesis.

El neo-marxismo. Sorel. El neo-socialismo. El marxismo realista.

Precio, 5 pesetas.

Pedidos a esta Administración.

## El parto

Los fenómenos de la Naturaleza no son insólitos. Por el contrario, se repiten con sumo parecido en distintos aspectos. Lo político y lo social suelen ser copia de lo biológico. Así el fenómeno del parto no es un hecho aislado, ni siquiera exclusivo de la reproducción de los animales superiores.

Es el acto final de la gestación, por el cual toma nacimiento y vida independiente un ser nuevo. Adquiere el máximo significado, la máxima complejidad y el máximo dramatismo en los mamíferos placentarios, entre los cuales está catalogada nuestra especie.

Dentro del organismo materno se gesta en creciente incremento y desarrollo el ser nuevo, que para salir a luz ha de vencer resistencias muchas veces insuperables. Durante la gestación hay una influencia recíproca del organismo materno sobre el feto, y del feto sobre el cuerpo de la madre. De esta mutua influencia depende que el hijo se parezca a la madre y que la madre se prepare para hacer viable la vida ulterior del hijo.

Pero el parto es el suceso culminante y violento en el que el nuevo ser franquea la distancia que lo separa del mundo exterior y nace a la vida libre. Momento igualmente peligroso para madre e hijo, ya que ambos corren riesgo inminente de morir o de quedar malparados. Este hecho está determinado por el estado avanzado de la gestación, que tiene un límite fijo para cada especie y por las modificaciones sobrevenidas en el organismo de la madre. Entre estas últimas la más destacada es la acumulación en la sangre de una sustancia segregada por una pequeña glándula, la hipófisis, sustancia que determina las contracciones expulsivas de la matriz.

Las dificultades y peligros del parto son dependientes unas veces de las condiciones físicas del organismo materno, como son los diámetros pélvicos, la edad y el estado de los genitales entre algunos otros. El parto peor es el primero. Su reiteración facilita el acto. Otras veces son dependientes del feto, del tamaño de la cabeza principalmente, y de la posición en que se presenta. Hay otras variadas causas de anormalidad que no nos interesan aquí.

Un feto insuficientemente desarrollado o

una pelvis amplia suponen un parto fácil y feliz. Y al revés, una pelvis estrecha o un feto robusto y demasiado hecho, crean serias dificultades y agravan el pronóstico del parto. Si el parto es prematuro, el niño nace menos preparado para la vida, pero el parto es más sencillo. Si el parto es tardío, madre e hijo corren más riesgos de perecer en la prueba.

Todo parto presupone esfuerzos, dolor y hemorragia; a veces desgarros, roturas y mutilaciones irreparables. Pero no siempre le es aplicable el refrán de que «lo que cuesta vale». En la fábula «El parto de los montes» toda la Naturaleza tiembla y se estremece para dar nacimiento a un ridículo ratón.

Lo que tranquiliza a la madre, lo que la colma de satisfacciones y le hace dar por bien sufridos sus dolores no es la facilidad del parto, sino el fruto del mismo. Que el niño nazca robusto, sano y bien conformado, prometiendo una buena crianza sin el continuo sobresalto de una infancia enfermiza. Los sufrimientos y violencias que el parto supone se aceptan con la resignación de lo inevitable en la Naturaleza.

No obstante esto, está comprobado por la experiencia que el embarazo no deseado, el clandestino y el que se ha procurado destruir por repetidas maniobras abortivas, terminan en partos sorprendentemente fáciles. Esto parece demostrar qué lejos de perjudicar al feto el odio y desgana de la madre, sirven de lubricantes para su venida al mundo.

UN MEDICO RURAL

---

## IMPORTANTE.

Sentimos manifestar a cuantos correspondientes nos solicitan ejemplares del número extraordinario del mes pasado que nos es imposible servir un solo ejemplar por estar totalmente agotado.

Al mismo tiempo rogamos a los correspondientes que tengan ejemplares sobrantes del referido extraordinario nos los devuelvan inmediatamente para abonarles en cuenta su importe.



## Los mercaderes del templo

# Toque de atención

*Para el publicista Isaac Puentes, verdadero amante de los niños.*

No es el templo —de ojivas espigadas, cristalería de colores, torres de capiteles como bayonetas que retan a las nubes, luces artificiales— en cuyo interior se arrodilla el hombre disminuyendo de talla. Nuestro templo —la escuela— sólo pliega solícito sus puertas para que pase la infancia triunfante. No hay más luz que la que viene de Oriente; más torres que la obra educativa; otros cristales que los pechos de los niños y las conciencias de sus maestros. No más altares que los corazones ni otro oficiante que el profesor. En este templo, como no gimotean cirios, se puede hablar en voz alta, agotar todas las gamas del reír, cantar hasta resquebrajar el cielo, y sobre todo jugar, jugar mucho.

En nuestro templo, como en el poemático de la Biblia, han acampado unos mercaderes. Lo han sitiado maldecidos charlatanes que adulteran con falsa palabrería la obra sublime de la educación.

Jesús apareció látego en mano, y enérgico los arrojó, haciéndoles ver la imposibilidad de sus negocios en un sitio de oración y espiritual recogimiento.

Al desmoronamiento de la decencia pedagógica, contribuyeron amorosos una pléyade de maestros improvisados a cambio de que les dejaran tranquilos, no obligándoles a estudiar. Oirían (¿?) que Pestalozzi —el genio de la enseñanza— no sabía muy bien leer y enseñó admirablemente, y creyeron imitarle. Escapaba a los ojos de estos ilusos —miopes a todo progreso— una diferencia notable: Pestalozzi amaba a la humanidad en los niños, derrochando, hasta arruinarse, el dinero para educarlos; y los maestros que nos ocupan ven rizos de duros en la cabeza de cada alumno, y en aras de los «treinta dineros» matan en flor cualidades insuperables.

Una ligera idea explicando el detalle capital del plan de estudios en las escuelas privadas, servirá al lector de toque de atención.

Desde un principio, y apenas el niño ha ingresado en un colegio —de estos colegios—, ya le tiene el maestro preparada su profesión. Con «genial golpe de vista» ha resumido en el acto las posibilidades del recién ma-

triculado. Mirando a esa profesión, que el director parece acariciar cuando se frota las manos, camina todo el aprendizaje —nosotros lo denominamos entrenamiento, sin dar a esta palabra el respetuoso sentido de Claparede, sino el que pudiera dar un profesional del deporte. Con incuidad y descaro —conscientes— se margina la idea de toda sincera orientación profesional. No hay más orientaciones que éstas: meritorio, meritorio, meritorio... y así hasta el infinito.

Se da —cuando ello es— un sentido anecdótico a todas las ramas del saber y un carácter utilitario a la ciencia matemática. ¿Para qué necesita el muchacho desentrañar el alma de un teorema aritmético, embelesarse con la poemática belleza de la geometría poliédrica, saltar airoso por todos los vericuetos de un gracioso polinomio o por el campo de fútbol de una coquetísima ecuación, si le basta con resolver determinada colección de problemas, teclear en la «Remington», trazar en el papel caminos de mosca por los sistemas Garriga o Martí y apuntarse en la memoria cuatro modelos de correspondencia francesa?

La ausencia de bellezas científicas —de artísticas no hablemos— se debe al deseo de que el alumno, a los doce años —cuando no a los diez— ingrese en la clase de Teneduría, que es lo que podríamos llamar el Eldorado de todo maestro privado. Es la clase que más rinde. Por tal, esa obsesión de entrenar a los niños con la vista clavada en el libro Mayor.

He aquí, casi por arte de birlirloque, supeñada la educación ciudadana al negocio de cualquier desertor —no dice director— del mostrador, que con el mismo sentido moral que pudo abrir una taberna estableció un colegio. Sin competencia y sin corazón. El tabernero proporciona las bebidas contando con la consciencia del bebedor; pero aun espero —tras de algunos años de inquirir— que haya quien me demuestre el derecho de un maestro a emborrachar de «Debe» y «Haber» el alma de todos sus escolares.

El vivero de la torcida educación, cuyos perjuicios múltiples —sin regatear la palabra múltiples— se reseñarán, tiene su abono en Barcelona. Dirán que esta ciudad, por ser eminentemente industrial, necesita una ins-

trucción adecuada. Se encontrarán al volver la esquina quienes tal cosa aseguren con la legión de contables sin ocupación, inservibles para ningún otro trabajo que no sea el de calcular intereses y descuentos.

La instrucción mercantil —y mercantilizada— exige para el apenas adolescente un procedimiento de enseñanza brutal, de imposición, y trae aparejado una serie de castigos interminable, y perjudica inmediatamente:

1.º Al Estado, que contempla desiertas las Escuelas de Comercio.

2.º A los contables, que estudian y pagan sus derechos oficiales.

3.º A los padres de familia, que quedan cesantes, porque en los despachos no sustituyen al despedido por su equivalente, sino que corren en ascenso los cargos y buscan un meritorio. Y

4.º A las familias humildes, que ignoran que los estudios mercantiles son más económicos y eficaces en la Escuela de Comercio que en el colegio particular.

Nada más benéfica la desorientación a la burguesía, que así dispone siempre de un personal adicto, incondicional, pues por llegar a ser contable de una casa, en el meritorio que aun no tenía personalidad definida, comienza a brotar una terrible psicología de esclavo, adulador y confidente.

La protesta contra el desbarajuste reinante podría partir de los estudiantes de Comercio, que se ven suplantados por la plaga de meritorios. Y la solución nacer de las Comisiones mixtas, rechazando a todo el que por lo menos no poseyere un título o unos estudios académicos. Que probasen que se habían duchado con un agua de cultura. Porque, desengañémonos: la masa neutra de la sociedad española, la que engrosa esas filas de manifestaciones insignificantes y sociedades sin contenido humano; esa masa que no tiene emoción social, la constituyen los hombres del tipo que como podemos tratamos de delinear. ¡Y pensar que se forjan en la escuela, da grima!

Los intelectuales barceloneses, los verdaderos amantes de España y Cataluña, han de considerar que si no ponen coto a estos desmanes, seguirá creándose el alma del covachuelo, que se comprende en la corte, pero que da asco en una ciudad obrera. Ya que Barcelona da la sensación —mejor: seguridad— de esplendor, con su reforma y creación abundante de escuelas, deben los barceloneses exigir la reforma también de la enseñanza privada. Obligar a que todos orien-

ten las clases con un sentido pedagógico y no mercenario, arrojando a los mercaderes del templo.

Hablar de la manera que lo hacemos, despertará los recelos de algún mal pensado, y más de los aludidos. Opinarán que el despedido traza estas líneas. De polo a polo se equivocan. El que firma este artículo sería incapaz de mezclar sus personalismos —si los tuviera— con la seriedad pedagógica. Y no reparará en perjuicios parciales, siempre que se trate de hacer un servicio a la sociedad y al niño. A su majestad el niño, como le llama Escipión Sighele. Majestad que todo temperamento libre puede aceptar sin reservas. Porque el niño es el rey de la creación.

ISIDORO ENRIQUE CALLEJA

---

*En las mujeres, los hombres encuentran seres que no se han alejado tanto como ellos de la vida típica de las criaturas de esta tierra; las mujeres son, para los hombres, las personificaciones humanas de la simpatía tranquila de la Naturaleza. Para cada hombre, como ha dicho Michelet, la mujer a quien ama es como la tierra era para su hijo legendario; no ha de hacer sino caer y besar su seno, para sentirse fuerte otra vez. La mujer está más en armonía con la Naturaleza que el hombre, y ella conduce al hombre a armonizarse con la Naturaleza. Esta naturaleza orgánicamente primitiva de las mujeres, en forma y función e instinto, es siempre un sosiego para los hombres torturados por sus energías dispersas. Con verdadera satisfacción el tierno y dulce Diderot escribía de las mujeres que «son verdaderos salvajes por dentro». Por esta razón, los ascéticos, esos mismos casos errantes y anormales de la tendencia hacia la variación, han odiado a las mujeres con odio tan amargo e intenso que no han podido encontrar lenguaje bastante exacto para expresar su aversión. Sabían que cada impulso natural de una mujer es la condenación del ascetismo. Todos los verdaderos amantes de lo artificial y de lo perverso, encuentran repulsivas a las mujeres. «La mujer es natural —se lee en los escritos de Baudelaire—, y por ende abominable.» Pero para la mayoría de hombres y mujeres esta diferencia sexual ha añadido algo al encanto de la vida; también ha contribuido, en parte, a su eterna dificultad.*

AVELOCK ELLIS

## (CONCLUSIÓN)

Después de lo expuesto creemos no será preciso esforzarse mucho para comprender que el matrimonio no puede reformarse en serio sin destruirle y que tal y como se halla constituido, por no labrar la dicha del individuo ni responder a lo que de él esperan los altos intereses de la especie, no puede continuar mucho tiempo.

El problema de la familia no se resuelve con paliativos ni la regeneración de la raza se obtendrá por real decreto. Es preciso atacarle a fondo y plantearle de una forma lógica y clara si deseamos llegar a una solución racional y, por lo tanto, viable.

En la vida, como en la Naturaleza, nada se produce con carácter definitivo y nada permanece inalterable. Se halla todo sujeto a eterna mudanza, en perpetuo devenir. El matrimonio que respondió un día a una necesidad social imperiosa y fué heraldo de dignificación humana, ha llenado ya su cometido y cumplido su rol histórico debe desaparecer de la escena reemplazado por nuevas modalidades que se hallen más en armonía con el progreso social de la humanidad, con las corrientes modernas, con las exigencias de nuestros tiempos y con las aspiraciones del hombre. Ninguna persona sensata, nadie que sea capaz de razonar serenamente volviendo la espalda al enorme farrago de prejuicios sociales, morales y religiosos que nos inducen a cerrar los ojos a la razón y a silenciar cobardemente la verdad, sostendrá que esta institución es perfecta, o que puede siquiera soportarse retocándola y corrigiéndola. Todos sabemos que la más ínfima reforma la herirá de muerte. Como sabemos también que si no se la transforma se hundirá por sí misma y es posible que se hunda la raza con ella. Por lo menos es seguro que no quedará bien parada.

De otra parte, cuanto hasta la presente se ha ideado para salvar la familia y mejorar la especie dentro del marco estre-

cho del matrimonio, o se ha desvirtuado no bien iniciada su práctica, o ha resultado impracticable. Y fuera de él los resultados no han sido tampoco muy halagüeños. Siempre hemos tropezado contra el mismo escollo: la sociedad.

Bien pensado no podía resultar de otra manera. No se crían peces en un lodazal ni se produce trigo en los peñascales. En una sociedad imperfecta y plagada de vicios es cándido esperar se desarrollen y concreten en realidad proyectos nobles de perfección y pureza. Las ideas más sublimes y generosas se bastardean a su contacto con la impureza ambiente. Cuanto de bueno ha ideado el hombre, al chocar con la realidad se ha esterilizado, o lo que es peor, se ha falseado hasta el extremo que donde debieron abrirse como sonrisas de luz los pétalos sedientos de las rosas han florecido las agresivas asperezas del cardo borriquero, y donde esperábamos encontrar los esplendores y las delicias de un paraíso, apenas si hemos hallado un páramo desolado y desierto. Y no es que el hombre sea un buen proyectista y un pésimo ejecutante. Es que la sociedad se basta a sí misma para mixtificarlo, prostituirlo y emporcarlo todo. Entre las teorías de más elevado rango no harían un papel desairado los postulados del Cristianismo y, no obstante, han transcurrido veinte siglos desde que esa doctrina triunfara sin que ninguna de sus partes haya llegado a concretarse real y verdaderamente en su estricto sentido. Y, lo que es más doloroso, el que se atreviera a practicar al pie de la letra lo que Jesús predicara, saldría bien librado si sólo le recluyeran en un manicomio como loco de atar. Lo más probable es que diera con sus huesos en la cárcel y terminara su aventura en el cadalso. Es que la sociedad posee el triste privilegio de convertir los diamantes en pedruscos o en cantos rodados.

Se comprende fácilmente que para acabar en el orden de la familia con la degeneración y la vileza, es preciso dirigir los tiros con certera puntería contra los



defectos sociales. En ellos se parapeta el enemigo.

Eugenésia, matrimonio reformado ampliamente, unión libre, libertad de amar, sexualismo subversivo, todo ello significará bien poca cosa en lo que a resultados prácticos se refiere, mientras exista el actual desorden, las actuales injusticias, la inequidad imperante. Toda obra de verdadera y auténtica valía es obra del amor, y en la sociedad que soportamos, en la cual el feroz antagonismo de intereses hace de cada individuo un combatiente y un rival de su vecino, invocar el amor nos parece tan inadecuado y tan grotesco como vestir a un cerdo de *smoking*.

No. No se puede amar. El amor se halla desterrado y permanecerá en el exilio en tanto el hombre se vea obligado, por imperativo del instinto de la propia conservación, a pelear contra el hombre. Sostener otra cosa acusa una ingenuidad desconcertante o una gran majadería. Lo primero es conquistar y afirmar nuestro derecho a vivir.

A tal conclusión nos conducen nuestras reflexiones acerca del problema sexual.

No es suficiente para regenerar la especie la buena educación sexual, la rigurosa observancia de las leyes sanitarias y de higiene, la adecuada legislación y el establecimiento con carácter obligatorio del escrupuloso examen médico y la presentación del certificado prenupcial de aptitud genética. Como no es suficiente para evitar la miseria en los hogares proletarios, limitar prudentemente la procreación. Todo ello es andarse por las ramas, es apenas rozar la superficie del problema sin penetrar en su hondura, en lo íntimo de su esencia recóndita.

Para regenerar la especie se necesita algo de mayor enjundia, de más honda significación y alcance.

Hay que transformar de alto a bajo, radicalmente, cuanto nos rodea. Mientras exista la vergüenza y el horror de las casucas obreras en las cuales la miseria sórdida pone su nota sombría y clava su garra implacable en la carne del pueblo y eleva a un nivel aterrador las cifras de la mortalidad infantil, no se puede hablar del delito sanitario si no es para im-

putarlo a la sociedad, que es la única responsable. Mientras para mal comer tenga el hombre que desarrollar jornadas extenuadoras, no se puede confiar gran cosa en las virtudes regeneradoras de la eugenésia. Mientras los humanos se hacen en ciudades que son focos de infección y se vean precisados a pasar la mayor y mejor parte de su tiempo sudando el kilo en esas cárceles industriales que llamamos fábricas, talleres y obradores, resultarán inútiles cuantas medidas y precauciones adoptemos para engendrar hijos sanos que están fatalmente destinados a malograrse en el medio infernal y las condiciones insoportables en que han de vivir. Mientras el vicio nos aceche detrás de cada esquina, la miseria detrás de cada puerta y la injusticia en todas partes, esperar que la raza mejore es un absurdo, y laborar en ese sentido será equivalente a predicar en desierto.

No, amigos. En la sociedad actual ni la regeneración ni la dicha humanas son realizables. Hace falta sanear y purificar el ambiente. Dar a la colectividad normas nuevas de convivencia. Acabar con la irritante desigualdad imperante. Hacer imposible la miseria. Concluir con la violencia del hombre contra el hombre. Convertir el espantoso campo de batalla que es el mundo, en mansión de concordia y paz efectivas. Borrar de la faz de la tierra todo lo que directa o indirectamente nos empuje al odio. Crear un ambiente propicio al desarrollo de la bondad y la belleza. Concretar en realidad el ensueño de la fraternidad humana. Lograr que la existencia del hombre cese de ser una angustia permanente, un eterno fluctuar entre el hambre, el miedo, el odio y la codicia.

Labor inmensa es esta que espera paladines y obreros que la acometan sin demora, sin debilidad y sin titubeos. Mediten acerca de ello los eugenistas, los educadores, los hombres de vanguardia, los pensadores, los higienistas, todos los individuos cuya sensibilidad les incite a indagar la mejor manera de acabar con tanto dolor inútil y verán cómo tenemos razón. Y si sinceramente les preocupan el porvenir y los altos destinos de la especie, no vacilarán en poner manos a la faena que, si bien reserva sinsabores y no está exenta de peligros, es la más no-

ble y elevada de cuantas podamos desarrollar.

Después, cuando limpiemos de abrojos y malezas los senderos por los cuales la humanidad camina sangrando, con los pies descalzos y gimiendo e imprecaando; cuando hayamos purificado el ambiente y preparado a generaciones futuras una existencia sana y confortable, los torrentes de luz de la educación, las maravillas de la ciencia, la alegría y la felicidad de vivir, nos guiarán por el mejor camino hacia la regeneración por el amor y hacia la bondad por la dicha.

Todo lo que no sea orientar nuestras actividades en ese o en otro sentido análogo, carecerá de valor positivo y resultará de una lamentable ineficacia.

Antes de procrear bien es necesario

asegurarse una vida sana y conveniente que valga la pena de ser vivida, y antes de amar, sin aditamentos es preciso acabar con las causas generadoras del odio.

Los principios de la eugenesia tendrán su cabal realización cuando el hombre sea de hecho miembro de una familia constituida por la humanidad toda, y el amor se manifestará con verdadera amplitud cuando extirpada la miseria y la ignorancia y establecida la sociedad sobre una base de equidad y justicia, el individuo alcance su plenitud y no vea en sus semejantes competidores a quienes combatir y eliminar y sí hermanos a quienes amar y con quienes colaborar en la obra magna de superar la Vida.

H. NOJA RUIZ



## La pensadora María Lacerda de Moura

Teniendo que publicar la revista ESTUDIOS una serie de artículos originales de la cultísima escritora María Lacerda de Moura, mi amigo J. Elizalde, de acuerdo con los redactores de esta publicación, ha creído conveniente que yo hiciese una presentación de dicha pensadora, presentación que fuese como un inicio de su pensamiento y de sus postulados y al mismo tiempo una exposición de sus actividades.

El reducido espacio de un artículo no es suficiente, ni mucho menos, para dar exacta idea de la calidad y envergadura de María Lacerda. En mi libro *Las reivindicaciones femeninas* estudio con algún detalle más la personalidad de esta maravillosa productora. Sin embargo procuraré reunir sintéticamente los rasgos más salientes de tan ilustre literata.

No existe en el Brasil, por lo menos que lo sepamos nosotros, una institución docente ni entidad alguna que haya realizado una labor de tanto alcance en la esfera psicológica y en el orden normativo que pueda compararse a la obra notabilísima llevada a cabo por la egregia pensadora María Lacerda de Moura, que encarna el tipo de la mentalidad

femenina evolucionada, cultísima, discreta y ponderada, audaz e inaudita.

Es indudable que la producción filosófica y pedagógica debida a la gran ideóloga, tiene un extraordinario valor intelectual; pero desde el punto de vista ético acaso su personalidad se destaque de modo superlativo. Aun en los países en los que la literatura feminista logró mayor esplendor, escritoras del temple de María Lacerda no abundan.

Destácase esta dama como adalid de las reivindicaciones femeninas en su patria. Es un alma soñadora, cuyo corazón, pletórico de ternura, se ve palpar en cada párrafo de su libro *Religido do Amor e da Belleza* (Sao Paulo, 1926). Su entusiasmo y admiración hacia Elena Key, a la que en el volumen citado dedica un capítulo demostrando coincidencia en la libertad del amor y combatiendo el falso y desacreditado tópico del *amor libre* enérgicamente, sugiérenos la idea de llamarla «la Elena Key brasileña»; pues, como la gran innovadora sueca, poetiza admirablemente al tratar los problemas más áridos, más hondos y, como la inmortal *reina sin corona*, expresa las ideas con toda emotividad, sin rodeos y con inusitada y asom-

brosa valentía. Son almas gemelas, porque, como dice ella, «los espíritus selectos se reconocen al primer encuentro, y no se separan sino transitoriamente para aprender mucho más en las largas caminatas por las veredas sin fin de las vidas infinitas», y por esto es imposible negar su parentesco espiritual con la autora excelsa de *Amor y Matrimonio*.

La obra de María Lacerda de Moura es la más hermosa exaltación de una escritora «ávida de santa libertad». Su *Religião* es como el libro de sus confesiones, en el que refleja su temperamento de gran mujer, en el que prueba que es *mulher en la mais ampla accepção da palavra*.

Como todos los espíritus libérrimos y altruistas hace el bien por el bien mismo (*en aconchego a mim ideia precursora, contento-me com o presentir*); es inagotable su manantial de nobilísimas aspiraciones, y tal la profusión de ideas contenidas en los trabajos de la gran educadora, que sintiéndolo en el alma me veo precisado a condensarlas brevemente, aunque mi intención sería ir desglosando una a una las cuentas de este precioso rosario.

La inquietan problemas trascendentales, como el de la psicología sexual, que diseña con acierto y sólida e irrefutable argumentación para abogar en definitiva para que la mujer sea menos «servil, menos sumisa y menos acomodativa», única manera de que pueda realizar y alcanzar un gran progreso moral dentro de este mismo siglo de Barba Azul.

¡Qué bravura y sensatez revela cuando, ocupándose de la independencia femenina, exclama: *O espirito non tem sexo!*

Con exuberante imaginación parangona en otro lugar los átomos con el hombre y viene a demostrar diáfananamente que si la ciencia prueba que aquéllos se atraen o repelen por *afinidad electiva*, lo mismo se atraen o repelen el hombre y la mujer en el matrimonio o fuera de él. Y si una descarga eléctrica —dice— por cualquier agente químico los separa, cada uno va a vivir independientemente su vida, hasta que de nuevo encuentra su *afinidad electiva*. *¡Que admiraveis licees nos da a Natureza e que estreiteza nas sociedades!* ¿Cómo dudar del talento de una mujer que sabe presentarnos el contraste entre la insensible armonía de los átomos y la consciente irregularidad del género humano que por fuerzas ancestrales conserva el odioso prejuicio del matrimonio indisoluble?... «Todo aquello que grabamos con el sello de

la conciencia se purifica, se hace bueno», ha dicho Oscar Wilde. «Pues entonces — prorrumpo la moralista brasileña — todo lo demás es moral de cretinos, moral de hipócritas, moral de cobardes...»

Declárase absolutamente adversaria de la investigación de la paternidad, por creer que la madre ha de bastarse sola en la educación de su hijo, y porque, para éste, es preferible sea registrado como de «padre desconocido» que haber de avergonzarse de un progenitor que renunció al más noble deber de los hombres en la selección de la especie humana. *A investigação da paternidades é depressivamente para a nobresa dos sentimentos femininos*, dice con mucho acierto. Coincidimos en un todo con el criterio defendido por esta escritora, pulcra y libérrima — libertaria diríamos —, que en sus afirmaciones acierta a sustraerse a los convencionalismos de la ley y lucha bravamente en el terreno de las ideas para desvanecer prejuicios absurdos y falsos preceptos éticos.

En síntesis, una frase magnífica condensa el sentimiento de esta teorizante cuando refiriéndose al feminismo, mejor dicho, a la trayectoria de la mujer en la sociedad actual, dice:

*Só o Amor vive o misterio da vida.*

*Só o Amor realizará tão grande objectivo.*

Colofón digno de una mujer de alma grandiosa y generosísima, y que tiene noción exacta de cuáles son los derroteros que han de seguir las mujeres para liberarse de toda opresión y ser dignas de regular libremente a la propia existencia, ya que ésta es la única forma de independizarse de la férula masculina.

Los lectores de ESTUDIOS saborearán con deleite inesperado los sabrosos artículos de esta ilustre pensadora y tendrán ocasión de comprobar cuán pálido resulta este estudio frente a la realidad.

Sería de desear, es más, sería preciso hacer lo posible para que los sustanciosos libros de María Lacerda fuesen muy pronto vertidos a nuestro idioma, en vez de traducirse cosas manidas y sin ninguna originalidad.

Al divulgar en español los libros de esta escritora brasileña prestaríamos un servicio enorme a la humanidad y al mismo tiempo haríamos una obra de justicia para con esta autora vibrante y magnífica, casi desconocida hoy por el público hispano.

SANTIAGO VALENTI CAMP



## ¿Un programa? ¿Declaración de principios?

Al empezar mi colaboración en la simpática revista ESTUDIOS me ha parecido oportuno hacer una exposición de mi actitud ideológica. Muéveme a ello tanto el deseo de que los lectores me conozcan ya tal cual soy desde el primer momento cuanto la necesidad de puntualizar ante incomprensiones y ataques de indiferentes y enemigos.

Los críticos, entre las muchas objeciones que me hacen y entre sus ataques sistemáticos e infundados, acostumbran a decir:

«María Lacerda de Moura aun no se ha encontrado a sí misma.» «Me parece que esta señora no sabe todavía lo que quiere...» «¿Qué desea, en fin de cuentas? ¿Qué reformas propone esta publicista? ¿Cuál es su programa?»

Y como tales preguntas y semejantes conceptos van multiplicándose en mi camino, contesto, de manera general, a esos señores, quizá oscureciendo aún más su mala voluntad de comprensión o su impotencia de llegar a otra armonía distinta de la suya.

Al mismo tiempo abro mi corazón a mis nuevos lectores.

Generalmente los que me atacan no me leen. Y si me leen no me comprenden. Algunos de los agresores cometieron incluso la ingenuidad de confesar que no habían leído el libro atacado. Fué el título lo que les impresionó desagradablemente. Otros retroceden valientemente y confesando su falta tornanse amigos míos y hasta fervientes admiradores.

Todos me conocen por lo que oyeron decir. Hay quien aseguró haberme visto con una tea encendida, capitaneando la multitud que incendió el edificio del periódico *Il Piccolo*, desgredada, gritando como una energúmena, incitando al pueblo... Sin embargo, algunos amigos saben que en aquella ocasión me hallaba en Guararema, a dos horas de la capital, y que me enteré de lo ocurrido a la mañana siguiente por los periódicos de la noche...

Unos son enemigos sistemáticos que nunca me han visto, no me conocen, ni han leído una sola página de mis libros, ni ninguno de mis artículos. Otros me elogian si han leído

alabanzas o me atacan agresivamente si soy agredida...

Mas dejemos esta pequeña divagación y vayamos al motivo fundamental de estas líneas.

Dicen que no me encontré a mí misma. Pero, pregunto yo: ¿hay alguien bajo el sol que se haya encontrado a sí mismo? ¿Quién podrá decir: «yo soy el camino, la verdad y la vida? Creo que nadie.

Las palabras de Cristo fueron falseadas por los sacerdotes. Cristo debió pronunciar esta verdad profunda: «Que cada cual siga su camino, su verdad y su vida tal como yo tengo mi camino, mi verdad y mi vida.»

Cuando yo me encuentre a mí misma seré un dios realizado. Y sólo creen haberse encontrado a sí mismos, en la Tierra, los sacerdotes, los políticos, los pensadores de rebañ, los repletos de vanidad, desbordantes de orgullo, henchidos de presunción intelectual, que se doblan al peso de los dogmas y de las afirmaciones categóricas, seguros de sí mismos, infalibles y jactanciosos.

Todas esas causas y toda esa gente tienen un plano trazado en el papel o en el *ring*, siempre *versus*...

Mensajes, programas, apostolados ingeniosos o engañosos, reformadores, manifiestos, cornucopias de esperanzas, de liberalidades, promesas de felicidad y bienestar social, sólo saben presentarlo y divulgarlo los partidos políticos o religiosos, los demagogos, los oradores populares, las casas de lotería, los adivinos y los cartomancios.

No es de ahora el exigir de mí un programa o el ingreso en un partido.

Muchísimas veces hanme conminado a que me definiese. ¡Definirme! Quieren que selle mi nombre con determinado rótulo, a fin de que pueda tener «autoridad»... Que cargue con el peso de un cartel y con el indispensable auxilio de dos muletas sociales. Y que, finalmente, me bautice. Necesito completarme. Formar parte de un partido es tener amigos y defensores incondicionales. Es estar dócilmente, servilmente, domésticamente al lado de alguien. Es, por lo tanto, *tener un valor y una autoridad*...

Despreciar las muletas y los partidos sig-

nifica ser atacado por todos, significa ser la voz aislada que clama en el desierto, la voz única, la voz desapercibida por el rebaño social acarnerado en el redil de la imbecilidad y de la cobardía.

El individualista *de la voluntad de armonía* no fabrica programas ni para sí ni para los demás.

Pero con relación a la propia vida interior, cada uno sabe — y por tanto yo lo sé — lo que desea y lo que quiere.

Con relación a la vida social soy esencialmente antisocial, no sé nada de ella, ni me interesa saber. Sólo destaco a los individuos del bloque social para estudiarlos o prestarles mi concurso. Pero, con relación a la sociedad sí que *sé lo que no quiero*.

Mi ética repele los partidos, los programas y toda la moral social. No soy abogado, ni político; por esta causa no me interesa ni el populacho de abajo ni el populacho de arriba.

Observo, analizo, crítico, exalto, pero no mando, no dirijo, no tengo exigencias ni siquiera me preocupo ni me interesa persuadir a nadie. Las soluciones de ciertos problemas tampoco me atormentan. Las soluciones están adecuadas para los matemáticos, para los sentimientos de los sacerdotes y de las beatas, para la profesión de los abogados y leguleyos y para los mensajes prometedores de los políticos. En resumen: las soluciones son necesarias para los programas sectarios, fuera de los cuales no hay salvación posible — al decir de sus respectivos panegiristas — y también para las novelas que lee la «gente honrada», en las que son castigados los vicios y sale premiada la virtud. Pero para el individualista armónico nada de todo eso le hace falta porque halla todos los recursos en su propia individualidad.

No soy revolucionaria, en el sentido que generalmente se da a esa palabra. No soy partidaria de la adopción de la violencia para crear una organización social más equitativa. Aunque antes me parecía que esta última era la única salvación, debo manifestar que, tras mucho reflexionar, llegué al convencimiento de que la violencia no es una solución. Aprendí a tiempo que los hombres, en nombre del Amor y de la Justicia, en nombre de la Solidaridad Humana, en nombre de la Fraternidad Universal, de la Libertad y de la Igualdad, en nombre de Dios, en el de las Cruzadas religiosas y en nombre de otros postulados, se destrozan mutuamente como animales feroces.

Predicando el advenimiento de la Paz se han hecho las guerras de la civilización.

Pero por los resultados obtenidos convénzome cada vez más de que «el odio no mata al odio y que éste sólo muere con el amor». La violencia es madre e hija, a un tiempo, de la violencia. La guerra sólo produce guerra y la revolución no es más que la siembra de nuevas revoluciones.

Nada de violencias, pues; opongamos a ésta la «suprema resistencia» a las negras fuerzas del pasado reaccionario.

Esto sería posible en todos los seres si no existiera tanta cobardía...

El único programa que puedo formular es que procuro encontrar mi armonía interior. Pero es tan vasto el programa que se encierra en estas palabras, tan complejo, tan elevado, tan noble, que deja de ser programa para desdoblarse en lo infinito y en la eternidad, más allá del tiempo y del espacio.

La Vida no cabe dentro de un programa escrito por la imbecilidad social; no puede encerrarse en Universidades, Academias literarias, científicas o filosóficas; no puede rotularse en un partido, en una doctrina, en un sistema religioso ni en la moral social.

Las necesidades humanas tienen su origen en las profundidades ignoradas del YO y no son en modo alguno las leyes mezquinas escritas por los hombres, ni sus teorías, ni sus doctrinas, ni sus partidos, ni sus programas que, según ellos, han de solucionar, o por lo menos definir, el problema de la Vida.

Y los hombres, con su impotencia, con su limitación sensorial, su pequeñez, su insignificancia sectarista; con su miopía, con su maravillosa inconsciencia, su formidable ignorancia y su ambición desmedida, tejen un pendón de glorias. Y fabrican el heroísmo de los partidos, de las sectas, de las banderas y de los programas.

Todo el que se deja encerrar dentro de estos límites, está destinado a la domesticidad dentro de los innumerables rediles, sistemáticamente divididos en rebaños para obedecer a determinados señores o programas.

Pero mi programa — que no es tal, repito —, es la busca incesante de mi armonía interior, es la «voluntad de armonía», y si alguna vez una nota de esta armonía canta dentro del equilibrio armonioso de otra criatura, realizo una belleza mayor, diviso un sueño más elevado.

Si no consigo esta realización, por lo menos canto dentro de mí misma este bello y generoso individualismo, delicado y fuerte,

de mi acuerdo interior para realizar una sinfonía siempre mejor...

«Una voz fué hecha para hablar», como el sol para dar luz y calor. Si mi armonía choca con la brutalidad del odio o con el sarcasmo de la aspereza o si roza otra línea de evolución que no es la mía, ¿qué culpa tengo yo?

También el sol, si bien es cierto que produce el iris magnífico al atravesar una gota de agua o calienta la vejez enferma del hombre; si ilumina el rostro fresco de una criatura, las flores de la primavera o si brilla en la mirada llena de fe del idealista o en los rosados colores de un semblante penetrado de juventud y exaltación, también es cierto que vivifica a la fiera, hace viscosa la planta que mata, alimenta el silbido de la serpiente y sostiene la virulencia del microbio de la peste.

Esta es, en definitiva, la conclusión ryneciana del individualismo de la *voluntad de armonía*.

Si digo que soy humana, describo ya—esbozo, mejor dicho— todo un programa. El programa universal de solidaridad biocómica, programa eterno e infinito.

Prefiero disolverme en el vasto programa de la Vida antes que limitarme para ser agradable a las ambiciones y vanidades de los hombres, que quieren ver sofocadas mis aspiraciones de Libertad en los programas insignificantes de los partidos, de las sectas, de las religiones o de la concurrencia social bajo cualquier aspecto.

Me repugna tanto el crimen de mandar como el servilismo de obedecer.

Sólo la insuficiencia mental puede limitar el horizonte de visión de la Vida.

Pero si la finita mente humana, la razón o la ciencia tienen limitado el campo de tan portentoso radio visual, en compensación, podemos basar nuestros sueños en hipótesis acariciadoras e imaginar todo cuanto pueda sugerirnos nuestra mente en busca de lo infinito y de lo eterno, más allá del tiempo y del espacio, a través de la sabiduría subjetiva, libertadora y humana, a la que damos el nombre de divinidad interior.

A la fatalidad social oponemos el estoicismo armónico — ese positivismo de la voluntad, según la expresión de Han Ryner.

La tiranía social no depende de mí. No puedo, por lo tanto, formular ningún programa ante una fatalidad «inevitable como la muerte».

Pero las cosas que dependen de mí, las que pueden evitar mi parte o complicidad en esta tiranía; todo cuanto puede aumentar

mi capacidad de Amor — ley máxima de la gravitación universal, concebida por nuestra mente y por la piedad humana—; todo lo que depende de mi voluntad, según la clasificación de Epicteto: mis opiniones, mis deseos, mis acciones, mi carácter; en suma, todos mis sentimientos y todo lo que me puede ayudar a conocerme para realizarme, a *realizarme para aprender a amar*, es lo que constituye mi programa.

No puedo, no debo ni quiero perturbar la libertad de otras evoluciones, de otros deseos, de otras acciones. Mi derecho a la libertad termina precisamente allí donde empieza el derecho de otras libertades.

Procurar iluminarme a mí misma a fin de contribuir al despertar de otras conciencias para que cada cual solucione por sí mismo su problema, no es exigir la sumisión ni pretender imponer las propias ideas ni los propios sueños a los demás.

Mi individualismo no es el de los super- elefantes nietszcheanos, no es, en manera alguna, el demonismo de la *voluntad de poder*.

Porque, ¿hasta qué grado las desigualdades naturales justifican las desigualdades sociales?

El programa de uno o de una minoría cercena la evolución de muchos, y si comete el crimen de impedir la evolución de uno solo, ya se ha cometido un atentado contra la libertad individual, contra el derecho humano y las necesidades naturales del hombre.

El único programa digno del hombre libre es la divisa inscrita en el templo de Delfos, la que, con la sabiduría profunda y amorosa de Han Ryner, ha alcanzado un significado de plenitud al completarlas: «...para aprender a amar».

Los partidos políticos, religiosos o sociales excitan las pasiones, atizan el incendio del odio y adormecen y sofocan las conciencias.

En el programa de la evolución interior, encuéntrase en el primer capítulo la protesta consciente, fuerte y heroica, en cualquier circunstancia, contra las guerras y el engaño de las fronteras, contra la paz armada y los pactos Kellog. Hállase, digo, el deber de protestar, con todas las fuerzas de la conciencia, contra todas las causas de conflictos entre los hombres.

Por esta causa repito que no soy abogado ni capitalista; no soy sacerdote, ni político, ni académico; no soy comunista, ni socialista; no pertenezco a ninguna grey; rechazo todos los nombres bautismales con que quieren favorecerme los críticos. No tengo



programas para reformas sociales, literarias ni religiosas.

Vivir con la mente en armonía con el corazón y procurar realizar, en la Vida, el ser ideal que el cerebro concibe y el corazón siente en una sociedad mejor; vivir lo que la imaginación generosa es capaz de soñar en el individuo superior, netamente humano, es el programa mío, incomprensible para los que fabrican programas... para los otros.

Mi mente finita busca en lo Eterno y en lo Infinito de mi vida subjetiva el calor de la Verdad. Procura extraer de las profundidades inexploradas de mi superconsciencia

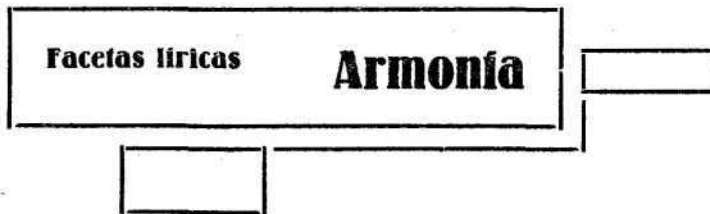
esa nota de Armonía Universal perdida en los abismos de luz y sombra del alma humana.

El programa de la Vida en toda su plenitud es el programa de la Libertad integral, es el programa del Derecho Humano, de los que acarician, cantan y aspiran a un sueño más elevado de Amor y de Belleza.

Es el programa de la Solidaridad Humana, para la realización de la Armonía Bio-cósmica.

MARIA LÁCERDA DE MOURA

Traducción: J. Elizalde.



Notas graves del arpa.  
 Notas vibrantes y serenas.  
 He sentido en el parque sevillano  
 llegar la primavera;  
 los pájaros trinando melodiosos  
 llenaban toda mi alma de cadencias,  
 y el ritmo incomparable de su música  
 portaba canciones nuevas  
 de una vida pletórica de dicha,  
 de paz y de belleza.  
 Los tiernos arbolitos y los arbustos viejos  
 anhelaban jugar entre la fronda espesa  
 y las nacientes hojas  
 cuchicheaban trémulas.  
 Grandiosa sinfonía primaveral,  
 cuyos sonos penetran  
 como inmortal caricia  
 en el oculto corazón de la arboleda.  
 ¡Oh, dicha de vivir!  
 ¡Ansia suprema  
 de amarse con las cosas!  
 ¡Plétora! ¡Plétora!

No se puede volar mientras  
 no se conoce el secreto de las  
 alturas.

¿Por qué miras, mujer, a esa estrella?  
 ¿Porque marcha al azar  
 y quisieras  
 ser cual ella? ¿Es verdad?  
 Sí; quisieras ser estrella-mujer;  
 ser estrella fugaz  
 y marcharte, marcharte  
 de esta podre social  
 para ir... ¿hacia dónde?;  
 para ir... ¿hacia allá?  
 Se ha marchado la estrella  
 de su imperio estelar  
 y tu alma se queda  
 en su funda carnal.  
 Para ser una estrella  
 hace falta ideal.

M. MEDINA GONZALEZ

**Especulaciones naturistas**

## **Fisiología del pensamiento**

El pensamiento, parcialmente analizado, resulta ser algo imperceptible para nuestras limitadas facultades; pero desde que éste se nos descubre como un compuesto de energías de fácil transmisión, los caracteres que lo revisten son inmensamente dilatados, y el lugar que ocupa en nuestros medios es tan amplio y luminoso, como luminosos y amplios son los vastos dominios atmosféricos donde accionan todas las fuerzas magnéticas que nos circundan. Las flúidas emanaciones de nuestro pensamiento, empezamos a comprenderlas inseparablemente asociadas al curso irradiativo de las ondas etéreas, y sólo concebimos la limitación de su trayectoria, según las fuerzas centrífugas y centrípetas del emisor y receptor actuantes.

En este plano nuestras especulaciones, se nos muestra el pensamiento —como todo lo susceptible de ser transportado—, dotado de un cuerpo energético con precisas facultades, en cuyo área nos proponemos fundamentar el original principio de cuantas enseñanzas nos sirven de motivo. (Conste, también, para mayor claridad, que la energía es concebida por nosotros como una fase de la materia, dentro del sutil conjuncionismo que establece la sustancia cósmica en sus múltiples formas de relación con los elementos radicados en el espacio.)

Es, por considerar a nuestro pensamiento provisto de facultades energéticas de constante radiación, y por comprender en él además el más estrecho vínculo que intima la colaboración del medio con las ingénitas cualidades de nuestros sentidos, que queremos simplificar el prodigioso raudal de racionales enseñanzas que fluyen del análisis minucioso de nuestro mental mecanismo. Las energías que generan las vibraciones de nuestros sensorios, gradualmente transmutadas en pensamientos y condensadas en magnéticas irradiaciones, como circunstancial finalidad, implican, para nuestro estudio, el fundamental motivo que aquilata y prestigia el metódico resultado de nuestras conclusiones, las cuales, a su vez, constituyen lo que nosotros intitulamos fisiología del pensamiento.

La elaboración del pensamiento, fruto sazonado del armonioso dinamismo que impera en nuestras inherentes facultades, constituye una necesidad fisiológica de nuestra textura, similar a la que produce el metabolismo que prosigue a la ingestión de sustancias nutritivas. Ambas necesidades exigen una previa y cumplida satisfacción, para que el equilibrio funcional de nuestros órganos no sufra la menor alteración de índole patógena.

Al igual que nuestro estómago percibe, digiere y transmuta los alimentos ingeridos, para proporcionar a los restantes órganos su específica nutrición, hasta completar el metabolismo que regula el mecanismo de los diferentes sistemas que forman nuestro cuerpo, el cerebro, con sus facultades intuitivas y de percepción, digiere y transmuta las impresiones de nuestros sentidos, hasta llegar también a la culminación de sus facultades generadoras del pensamiento, que, como hemos podido apreciar al comienzo de nuestras especulaciones, es un compuesto de magnéticas energías que fluyen en incesantes irradiaciones, hasta alcanzar la plenitud de su ciclo, reintegrándose, por ley de continuidad, a las sustancias etéreas que pululan en el espacio.

El mismo proceso de asimilación y desasimilación que se opera en la integridad de nuestras orgánicas funciones, podemos observarlo en las relaciones que nos asocian con el medio cósmico que nos vitaliza. Un ininterrumpido intercambio de energías asegura la indispensable compensación que repone el proporcional desgaste producido por la acción dinámica de nuestras características funciones.

En consecuencia, si uno de los elementos actuantes (individuo o medio cósmico) deja de cumplir el rigorismo condicional para corresponder o compensar al íntimo colaborador, la irregularidad funcional hace su aparición, y los gérmenes patógenos, o sea la enfermedad, sinónimo de desequilibrio, empiezan su depurador cometido hasta lograr una reparadora armonía, o la desaparición

del elemento más débil, que, en este caso, sin lugar a la menor duda, es el individuo.

Sigamos la ruta ascendente que nos conduce al conocimiento de nuestras pensantes facultades, que ella nos conducirá al punto de salvación que, como individuos, nos compete aceptar.

Los receptores, que a su vez transmiten sin interrupción los primeros materiales que forjan el pensamiento, son los sentidos, que mantienen en relativo vigor el equilibrio de nuestros instintos, de acuerdo con el medio cósmico y generatriz que sirve de plano accional a nuestra especie. Estos sentidos, como lógicamente comprenderá el lector, no pueden ser otros que los ya conocidos por la generalidad a fuer de ser repetidos y catalogados en todos los métodos docentes, cuyos son: la vista, el oído, el olfato, el paladar y el tacto.

La infinita grandiosidad emotiva de los citados sentidos llegan a percibir las más sutiles sensaciones, internas o externas, agradables o desagradables, y seguidamente son interesadas las neuronas y ganglios sensoriales que los integran, los que, por medio de las cualidades vibratorias de sus múltiples y ramificadas fibras, establecen un íntimo consorcio con el gran simpático, centro motor que regula y activa las funciones del cerebro, actuando sobre la materia gris o esencia medular que fecundiza al pensamiento, de consuno con la intensidad que permitan las más o menos desarrolladas facultades del individuo.

El cerebro, como zona transmutativa y receptora de cuantas sensaciones perciben y transmiten nuestros sentidos, posee la ilimitada facultad del intuitivo contraste que inquiere y deduce con imponderable sutileza, en torno al emocional cortejo de cuantas causas y concausas constituyen el ritmo funcional de todas nuestras necesidades. Esta facultad intuitiva de nuestro cerebro ha sido catalogada por algunos fisiólogos como la manifestación de un sexto sentido, al cual se le confiere el poder que limita los rasgos impulsores de nuestra voluntad y demás facultades instintivas.

Admitamos la precedente conclusión, que en nada modifica nuestros propósitos y conceptos, y continuemos las deducciones que muestran a nuestro pensamiento englobado a las energías circundantes, tomando parte activa en la constante renovación magnética de la sustancia etérea, que gravita sobre todos los seres y cosas, y, henos aquí, que por ley de contigüidad evolutiva, llegamos a des-

cubrirnos poseedores de unas influencias que, conscientemente aprovechadas en su racional significación, nos dará la clave de cuantos vínculos nos identifican con los principios que rigen a Natura.

Encadenados por la acción de nuestro pensamiento y demás necesidades fisiológicas a las fuerzas que nos rigen y laten en las entrañas de la Naturaleza, de la cual resultamos ser un obligado colaborador, toma pábulo ante nuestra inteligencia la trascendental participación de nuestras conscientes facultades, y el concepto de responsabilidad surge como corolario, adquiriendo toda la magnitud de la conciencia individual o colectiva, según el plano de las capacidades físicas, intelectuales y morales de cada cual.

Continuemos desentrañando los fundamentos básicos de nuestro objetivo, hasta llegar al minucioso desmenuzamiento de los primeros principios que hicieron germinar en nuestros medios el cúmulo de aberraciones que nos distancia de la pureza y bondad de nuestras ingénitas cualidades.

Después de cuanto dejamos expuesto en torno al pensamiento como germinación de las impresiones percibidas por nuestros sensorios, no estará de más el completar nuestro estudio, evidenciando la acción gradual del proceso trófico de nuestros sentidos en su más pristina pureza y amplitud de percepción, por las enseñanzas que ello pudiese aportar para la exactitud de nuestros conocimientos.

Las disposiciones autónomas de nuestras facultades sensitivas, nos evidencian a cada sentido en posesión de una zona específica, donde cada uno elabora y retiene cuantos elementos le son necesarios para mantener en equilibrio sus peculiaridades receptoras y de transmisión, generadoras de la acción vibratoria y psicotrónicas que culminan en la conjunción de todas las energías concentradas en el área mental.

Es, en virtud de estas cualidades que vamos a encauzar nuestras especulaciones analíticas, hacia el específico desenvolvimiento de uno de nuestros sentidos, para, en su mayor simplificación, poder justipreciar las causas fundamentales de cuantas influencias contribuyen de una manera contundente a la formación gradual del proceso fisiológico que genera y activa las facultades de nuestro radio cerebral.

Daremos preferencia electiva al paladar, por ser en su zona donde con más elocuencia y profusión se nos muestra el efecto pro-



ducido por lo que nosotros consideramos como primordiales causas de mixtificación.

El paladar, al igual que los restantes sentidos —y sin que por ello sufra el menor quebranto su específica autonomía—, cuenta con la ineludible colaboración de todo nuestro sistema orgánico, el cual actúa por instintiva impulsión reguladora, para evitar en lo posible cuantas alteraciones pudieran lesionar el ritmo vital, que, como previamente dejamos demostrado, fluye en virtud del normal intercambio seguido por las elementales energías de nuestro interno y externo radio de acción.

Cada sentido posee caracteres inconfundibles para manifestar su protesta ante la intromisión de elementos ajenos a su consustancial trofismo. En el paladar se acentúa con un gesto de repulsión más o menos violento hacia el furtivo agente que pugna con el peculiar funcionalismo de sus cualidades.

A base de comprobación, citaremos un caso de los de mayor dominio.

El gesto de repulsión espontánea que todo fumador ha experimentado al dar sus primeras fumadas de tabaco, es una elocuente demostración de la instintiva protesta de nuestros órganos. Esta protesta, que en un principio surge con toda la impulsión de las fuerzas acumuladas en las reservas de nuestras energías defensivas, suele ser atenuada, incluso hasta llegar a una parcial anulación, como resultante de la hipertrofia producida a las mencionadas defensas con la continuidad del uso del tabaco.

Todas nuestras defensas orgánicas, concentradas en la acción fagocitaria, al ser mantenidas en un constante estado de superestensión, son esforzadas a la reducción de sus aptitudes reactivas, y sólo pueden resurgir al cumplimiento de su ya mixtificado cometido, ante la invasión tóxica de superiores actividades. De aquí nace la necesidad de buscar más fuertes excitaciones, a fin de no dejar progresar la depresiva atonía circulatoria que surge como inminente amenaza frente a la prolongada acumulación de nocivas sustancias.

La sustancial quimificación operada en el dinamismo de nuestro interno laboratorio, sufre una ostensible adulteración, cuya es pretendida neutralizar por medio de la acción artificiosa de un sin fin de tóxicos, mal llamados estimulantes.

Emprendido el proceso degenerativo tal y como hemos podido apreciar en las precedentes líneas, y, llegados a la perniciosa en-

tronización del vicio, en su más simplificada interpretación, por el ascendente y prolongado aumento de los agentes mixtificadores, una segunda naturaleza, engendro espúreo que cumple no obstante los dictados de la ley de adaptación, lucha por anular los últimos vestigios de nuestras facultades instintivas, hasta tomar posesión predominante en el ciclo de nuestra íntima contextura, y el germen de las aberraciones, génesis de todos nuestros equívocos, adultera como consecuencia las nobles facultades que confiere la exactitud perceptiva de nuestros sensores.

La estrecha vinculación que solidariza a todas las partículas de nuestro sistema fisiológico, nos hace comprender de manera indubitable la influyente desarmonía que ejerce en nuestro conjunto emotivo, generador del pensamiento, la más mínima mixtificación introducida en el quimismo indiosincrítico de uno de nuestros sentidos.

Son las consideraciones que surgen de nuestra sucinta y somera especulación lo que nos interesa hacer resaltar, resumiendo en nuestro depurador objetivo cuanto dejamos expuesto acerca de la fisiología del pensamiento y de la influencia que ejercen en su gestación todas las alteraciones que hicieron degenerar en viciosa manifestación el funcionalismo de nuestras facultades. Una de las que merece toda nuestra mayor atención por la magnitud de su trascendencia es la de activar una campaña contra todos los vicios, donde todos los que sentimos la responsabilidad moral de nuestros actos hagamos repercutir en el seno de nuestros diferentes medios esta imperiosa y humana necesidad. Ello aportaría un inconmensurable raudal de fuerzas combativas en pro de una positiva emancipación integral del individuo ya que éste jamás será verdaderamente libre, mientras gravite sobre él la tiranía de un solo vicio.

Sólo por medio de una previa regeneración física y moral llegaremos a concebir una clarividente compenetración con el lugar que ocupa nuestra especie dentro de la grandiosidad infinita de Natura.

#### AMADOR DEL CAMPO

---

Si en la localidad en donde reside no hay corresponsal de esta Revista, facilítenos una persona solvente que se encargue de su venta, o conviértase usted mismo en corresponsal, recomendándola a todas las personas amantes del estudio.

## Tarde de invierno

Las flechas del templo se afliguran atrevidas en el espacio azul. Hay un arco ojival en la fachada, cuya tristeza tiene esa infinita expresión de cansancio que vierten los saucos sobre las tumbas. La felicidad — nos dice — es como una certeza de poder dormir.

En el interior resuenan los pasos de los visitantes con un ruido cóncavo que va a quebrarse en las aristas del techo en sombras. Yérguese en su camarín la Virgen de los Dolores. El ensanche fastuoso de sus ropas la transforma en triángulo. Con gesto triste muestra su miseria entre tantas galas posando la mirada en el cuerpo de aquel Cristo muerto caído en sus brazos. E intóvil e inmutable simboliza el más agudo de los dolores.

Contemplando esta imagen y los rostros de los que a ella van, he pensado yo hoy : nunca un dios risueño y feliz atraerá a los desdichados.

Pero en el mundo no hay sólo desdichados. Los que cometen el pecado de sentirse felices, ¿dónde van a orar? Las divinidades de Grecia eran alegres. La risa de Baco, los alardes deportivos de Diana... ¿En qué altar hallaremos ahora eso? ¿Será preciso molestar a Luzbel una vez más?

Este pensamiento tiene la facultad de galvanizarme. Salgo a la calle y la obsesión martillea tenaz en el yunque de mi espíritu. Luzbel —me dijo— debe recoger en sus cabellos rojos todo el fuego del infierno y de la vida. ¿Por qué no conocerle?

La noche es como inmenso pergamino que aguardase mi firma. Y en el ascensor de una estación del Metro, descendiendo a las habitaciones privadas de Satán.

—¿Se puede?

—Adelante.

Una pieza rectangular me acoge. Una sombra negrísima se alza en su centro. A la línea esbelta de su figura da contorno de fuego una ígnea cinta. En el óvalo armónico de su fisonomía están los ojos hirientes de todos los rebeldes, los labios falaces de todos los inquietos de espíritu. Se parece a Dante, a Cleopatra, a Santa Teresa, a Napoleón. Se parece también a los caballeros prodigiosamente inteligentes que el Greco abandonara

clavado en la cruz de sus dudas sobre fondos de hollín.

—¿Qué deseas?

—Hacerte una entrevista.

El negro personaje no se sorprende demasiado. Sonríe. Despliega sus alas, membranosas como las de los murciélagos. Bajo ellas, las bóvedas de la catedral donde poco antes resonaban mis pasos, acuden a mi memoria.

—Haz el favor de sentarte. Estoy a tu disposición —ha dicho cortésmente el maldito.

Y al serenarme para sonreír y aceptar el asiento, reparo en una enorme percha de la que penden infinidad de vestidos usados. Son mentiras.

Respondiendo a mis tímidas preguntas, habla Luzbel. Y tiene su voz inflexiones aterciopeladas. Y evoca su acento paisajes levantinos a orillas de una mar tan azul que parece desteñir azul.

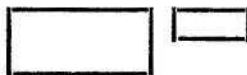
—Tengo una hija. Se llama Vida. Cuando los árboles estremen vestido, cuando la hierba invita a la pereza como un lecho, es que ella ha transitado por allí. Cuando brinca en el aire la catarata rítmica de una danza regional, ella sabe poner anhelos en las mozas que escuchan; mozas que tal vez tejen bolsillos o renuevan las rosas del retablo casero o confitan las frutas de sus huertos; mozas cuyas orejas florecen en arracadas que son racimos de bolas de oro bajo un pámpano menudo. Porque la Vida es jocunda, y hay en ella movimientos de serpiente y ansias de Salomé. Y sus brazos se dibujan audaces, dignos de figurar abiertos entre nubes como están en los escudos de las naciones jóvenes.

Tengo, además, un amigo que se llama Amor. Sin ser pecado, sabe servirme muy bien. Y yo juré respetarlo siempre. ¿Notaste cómo ninguna otra pasión domina a los hombres que tendieron a las plantas de mi amigo?

Al llegar a este punto se interrumpe Satán. Ha llegado a su oído sutilísimo una risa lejana o una increpación. Y con la rápida presteza de los fuertes se va volando. Y yo me veo precisada a guardarme muchas preguntas que aun pensara clavar una a una en el acerico de su rebeldía.

MERCEDES RUBIO

## Un libro de Luis di Filippo



Luis Di Filippo es un joven periodista argentino. Pero no uno de esos periodistas que se contentan con escribir sobre los temas dados por el jefe de Redacción y en la forma que se le impone, sino un periodista con personalidad propia, honda, jugosa, múltiple en sus recursos, que se impone paso a paso y llegará a imponerse cada vez más.

Le conocemos hace tiempo y nos preciamos de ser su amigo. Ha pasado por el ambiente anarquista y lo ha dejado. Está en un momento de su vida en que se busca qué camino debe tomarse. En el medio nuestro acaso se hubiese quedado Luis Di Filippo. Pero difícilmente un espíritu repleto de cultura y de sensibilidad moral puede hacerlo. Sólo quedan los que están contaminados en la enconada lucha fratricida. Los otros trabajan al margen. Tal es la realidad del anarquismo en la República Argentina. Y algunos se van. Yo declaro que la culpa no es toda de ellos, ni mucho menos. Y arrójeme piedras quienes quieran.

Dentro del periodismo es un caso en la República Argentina. Un caso como hay pocos en todas las naciones. Di Filippo es un comentarista de primera fuerza. Un comentarista que une la vena satírica, el manejo agudo de la paradoja de un Julio Camba a la profundidad, a la sensibilidad, al calor de humanidad de un Rafael Barret. ¿Qué mayor elogio podríamos hacerle?

Ha estado en otros periódicos capitalistas y no ha podido quedarse. Porque dentro de la sutil ironía, dentro de la dúctil y envolvente paradoja — más dúctil que la del mismo Camba, porque sobre decir tanto sugiere mucho más —, es un demolidor de eficacia contundente.

Desde hace unos dos años publica diariamente su *Comentario del día* en la primera página de un pequeño diario de Santa Fe. Es un diario vulgar, de tendencias políticas netamente marcadas. Pero allí campea libremente, respetado por lo mucho que vale, por el saber y la enjundia de sus escritos, que se leen con fruición.

Y tomando como punto de partida los hechos de la diaria vida, una noticia, un dato, comenta. Su tribuna periodística es una cá-

tedra permanente; la ha elevado a un rango que muy pocos han sabido alcanzar en el mundo. La posición independiente en que se ha colocado hace que no mueva su pluma un sentido negador, destructor y corrosivo. No nace una tribuna de odio, sino de amor. Y no combate por el placer de destruir, sino por el placer de libertar y de elevar.

Su fondo es siempre revolucionario. Revolucionario, puesto que es un pensamiento libre, puesto que combate la guerra y ataca los sinsinas del pensamiento burgués, todas las acciones nefandas de los Gobiernos, todas las tiranías, sin olvidar las de la vida privada. Leyes o costumbres, de origen divino, gubernamental o particular, todo cae bajo su diatética, todo es ridiculizado o zarrandeado a la luz del sentido común, aun cuando lo envuelve la gracia sonriente de los antiguos sofistas.

En este país, que se cree muy libre, los comentaristas como él están condenados a vegetar. En ningún periódico medianamente honrado, dentro de los que forman la gran prensa, podrían publicarse las caricaturas de Bagaria. Un Luis Bonafoux, un Julio Camba, un Wenceslao Fernández Florez han podido y pueden publicar sus crónicas en periódicos a veces archiconservadores de España. Aquí no hay prensa libre. Aquí no hay periódico que se atreva a tomar una actitud antirreligiosa o anticlerical, sea por convicción o por interés. Fuera de la República Argentina en muchos países donde la mentalidad social ha evolucionado mejor, un Di Filippo sería retribuido como lo merece y podría darnos, para mucho tiempo, frutos muy buenos de su pluma admirable.

Ejemplo de eso es el tomo *Nuestro Tiempo*, en que ha recopilado cierto número de sus crónicas. Quien lo lea verá cómo la sensibilidad individual, la cultura filosófica, social, estética del querido amigo saca con facilidad asombrosa y certera lógica deducciones generales del pequeño hecho que tan a menudo pasa desapercibido. Y esto se debe no sólo a la agilidad de su pluma, sino a su vasto caudal intelectual, que bebe de continuo en todas las fuentes nuevas, y a la ac-



tividad incesante de un pensamiento privilegiado.

Deseo con todo corazón que Di Filippo pueda seguir escribiendo libremente para muchos años y en tribunas que den más difusión a sus escritos, porque lo merecen y por

la buena obra que realizan y pueden realizar, pues si comenta hechos fugaces las deducciones son aplicables generalmente a todos los tiempos y a todas las latitudes.

GASTÓN LEVAL

## GACETILLA

Las películas mudas eran generalmente estúpidas. Las sonoras van a hacer que las recordemos con nostalgia.

El otro día entré en uno de los pocos cines silenciosos que quedan, sin mirar siquiera el programa. Tuve una agradable sorpresa. Se proyectó una adaptación cinematográfica, por lo visto bastante antigua, de la *Salomé* de Oscar Wilde. Aconsejo a los que tengan posibilidad de ello, sea donde sea, que vayan a verla.

De las muchas interpretaciones literarias que se han hecho del célebre episodio bíblico, las que más se conocen en España son la de Gustavo Flaubert — la novelita titulada *Herodías* y la de Oscar Wilde — la tragedia *Salomé*, verdadera obra maestra en la que el genio del gran escritor inglés llegó a su cumbre.

La tragedia de Wilde como obra teatral es más conocida que la novelita de Flaubert.

Pocas actrices han resistido a la tentación de probar sus condiciones, llevando a las tablas su propia interpretación de la *Salomé* wildeana, de ese extraño, excepcional tipo femenino. *Salomé* es una mujer que ama de modo tan absoluto que su pasión amorosa se confunde, desde el principio, con el odio. Tan aunados están en ella el odio y el amor que acaba dando muerte al único hombre a quien ha amado. Saber reflejar de modo perfecto a un mismo tiempo y con igual maestría esos dos sentimientos tan diversos, tan comunes en el fondo, es cosa verdaderamente extraordinaria. Cuando se logra se realiza una maravilla.

Pocas han sido las actrices que lograron crear la maravilla. No obstante, tan grande es la obra, que aun no interpretada de modo

perfecto, produce una impresión imborrable. Hasta las actrices más medianas han conseguido lucirse interpretándola.

La *Salomé* wildeana, pues, es una obra de la que casi todos tienen alguna noticia: bien por haberla visto representar, bien por haberla leído, bien por los comentarios que de ella se hacen frecuentemente en los periódicos y revistas.

Por otra parte, los aficionados a la ópera, aunque no conozcan la obra, tienen alguna noción de ella por haberla musicado uno de los grandes músicos contemporáneos: Ricardo Straus. De modo que tanto los amantes de la lectura como los del teatro y los de la música, tienen conocimiento de la célebre heroína de la tragedia de Oscar Wilde.

Pues bien; a pesar de todo esto, la adaptación cinematográfica habrá sido una revelación para cuantos la hayan visto y lo será para cuantos la vean.

Tan bien realizada está, tal suma de arte se ha puesto para llevarla a cabo, que siendo la misma *Salomé* de Wilde es diferente a la de su tragedia, a la que han creado las actrices en los escenarios y a la de la ópera. Es una *Salomé* autónoma, con vida propia, que no conserva ninguna semejanza con las otras *Salomé*s. De aquí el acierto de esta película, por muchos conceptos notabilísima. Es, no cabe dudarlo, la *Salomé* de Wilde, sin mixtificar, pero también es, al propio tiempo, una creación original, sugestiva y emocionante, lograda de modo feliz, porque los adaptadores han puesto al servicio de esta obra de arte todo lo que el cine puede dar de sí: complejidad y sencillez, gracia natural y refinamiento, medida y nada de cursi-

lería, que es lo que, con frecuencia, malogra muchas películas.

Han sabido, con medios muy modernos, resucitar una época: la época inconfundible en que sucedió el hecho. Y todo de una manera adecuada, sin atenerse a las muchas sugerencias literarias que existen en torno al personaje; de un modo personal, con criterio sólo atento al deseo, plenamente conseguido, de crear algo de valor artístico. Así, siendo la *Salomé* wildeana que conocemos, es al mismo tiempo una *Salomé* distinta, nueva, grata al gusto moderno, proporcionadora de impresiones duraderas, diferentes de las otras, también duraderas, recibidas con la lectura o asistiendo a la representación del drama y de la ópera.

En cuanto al trabajo de la actriz, de la creadora de la *Salomé* cinematográfica, Alla Nazimova, a la que no recuerdo haber visto interpretar ninguna otra película, difícilmente podrá ser superado. Por otra parte, nada mejor que su tipo para encarnar este personaje: una elegancia suma, sin rebuscar; un cuerpo gentil, como el de una adolescente, sin curvas pronunciadas; un rostro capaz de todas las transformaciones; una boca en la que se ve, palpitante, el amor y el odio, que no todas las bocas podrían reflejar de manera tan acabada; y unos ojos profundos y expresivos, susceptibles de dar idea cabal de todas las pasiones íntimas; unos movimientos rítmicos, pasionales, y unos gestos mesurados, oportunos, sin ninguna reminiscencia melodramática, llenos de intimidad y henchidos del sentido dramático que la obra requiere. Todo esto, que se ve que es natural en Alla Nazimova, gran actriz, realizado por una comprensión absoluta de su papel por una compenetración total con la obra, por un conocimiento perfecto de su arte y de todos los recursos que este arte tiene para hacer de una obra famosa una creación original, llena de hechizo.

En fin, tuve, como digo, una verdadera sorpresa, una sorpresa que no me reservará, indudablemente, ninguno de los escándalos musicales que ahora imperan en los cines.

---

El noventa y nueve por cien de los periodistas de todo el mundo son perros amaestrados. Sólo ladran cuando el amo los azuza. ¿Hacen falta pruebas, por lo que a los españoles se refiere?

---

A propósito de periodistas. Los carcas de *El Debate* y de otras sacristías, que no Redacciones, harían bien en que se revisara de vez en cuando el santoral. San Crispín y San Crispiano, los dos hermanos zapateros, por ejemplo, deben inspirarles mucha desconfianza. Según parece fueron los primeros sindicalistas.

---

Siempre que un escritor de talento habla de alguna obra suya ya publicada, se advierte que está descontento de ella, que tiene dudas acerca de si acertó a decir en sus páginas lo que quería decir.

El ininteligente, por el contrario, cuando habla de cualquiera de sus engendros—engendros que ningún hombre que tenga algo en la cabeza lamentará bastante haber leído—se muestra por completo satisfecho.

JULIO BARCO

---

*Con repetir que el amor es tan antiguo como la humanidad, no se explica cómo nace en las personas que se enamoran. Sabemos que es diversamente sentido y pensado por cada uno, que no existe «un amor», sino tantos «modos de amar» como personas. Los que disertan sobre «el amor» abstraen en un puro concepto los atributos comunes a los sentimientos de todos los que aman; los «enamorados», distintos por su temperamento y por su educación, son la única realidad que interesa a los psicólogos. El sentimiento amoroso es una experiencia individual, formada sobre tendencias instintivas; tibio en éste; en aquél, vehementemente; en uno corre en lágrimas, en otro asoma en sonrisas. Ora a flor de piel, ora incistivo y hondo, dentro de la unidad del género cada amor que nace tiene una individualidad inconfundible. No hay amor, sino amantes; y en cada uno de éstos, los amores que pueden sucederle son distintos.*

INGENIEROS

*De todas las pasiones, el amor es la pasión dominante, el dispensador de las alegrías más puras, el estimulante del altruismo, de los actos de sacrificio y de esplendor. Creador por excelencia, es la selección natural, la belleza y la bondad absolutas, respecto al individuo, porque es la felicidad.*

STACKELBERG

## Breves comentarios



La Sociedad Francesa de Eugénica, en una de sus últimas reuniones, ha adoptado por unanimidad unas conclusiones que, por si no fueran de todos conocidas, vamos a insertar a continuación:

1.<sup>a</sup> La Sociedad Francesa de Eugénica estima que el examen médico prenupcial es indispensable, y emite el voto de que una ley haga este examen obligatorio.

2.<sup>a</sup> Emite el voto de que en adelante sea remitido a los interesados un prospecto en que se señale el interés primordial del examen médico prenupcial para los futuros cónyuges y su descendencia, con ocasión de las diligencias en vista de publicaciones legales.

3.<sup>a</sup> Estima que este examen debería comportar la libre elección del médico.

4.<sup>a</sup> Considera que el examen médico prenupcial constituye un examen sanitario destinado a informar a los interesados sobre su estado de salud. Permite, en último caso, ponerlos en guardia contra los peligros eventuales de un matrimonio que puede ser preferible evitar.

5.<sup>a</sup> Estima que este examen deberá dar lugar a la redacción de un certificado en que se establezca simplemente que tal médico, en tal fecha, ha examinado a la señorita o al señor X o Y y que ha declarado debe casarse en tal fecha.

Este examen, así comprendido, en ningún caso podría autorizar o prohibir ningún matrimonio. Deja a los interesados libres de decidir.

6.<sup>a</sup> La Sociedad Francesa de Eugénica emite el voto de que el «carnet» de salud individual sea ampliamente difundido, y que comprenda un capítulo especial concerniente al examen médico prenupcial.»

No vamos a hacer un detallado estudio que nos llevaría muy lejos; pero sí, modestamente (pues a este respecto hay otras plumas mejor afiladas que la mía), nos permitiremos algunas consideraciones.

Las cláusulas anteriormente expuestas tienden, en conjunto, a la conveniencia de un examen médico prematrimonial, y a la implantación de un «carnet» de salud individual. Estos dos propósitos son al fin y al cabo aceptables; pero creemos que tal como

los reglamenta la S. F. E. son algún tanto incompletos.

En efecto —¿qué conseguiremos con la implantación de un certificado prenupcial, si este documento no *autoriza* ni *prohíbe* el enlace proyectado?—. Frecuentemente, por otra parte, los futuros cónyuges conocen sus respectivas dolencias, y hasta uno de ellos las del otro, y sin embargo el Amor se antepone siempre a los más sanos consejos, y es más venemente aún el deseo que tienen en unirse, pues hacen gustosos ese sacrificio, por decirlo así, como demostración palpable del cariño que se profesan.

Con estos razonamientos (por muchos comprobados), creemos es fácil percatarse de la ineficacia de las cláusulas cuarta y quinta.

Respecto a la conveniencia de advertir a los interesados los peligros de una unión poco saludable, por medio de un prospecto, etcétera, hemos de decir que los *interesados* son totalmente desconocidos hasta que tratan de formalizar su situación y empiezan a solicitar la documentación que les permita el enlace; estos trámites tienen lugar por regla general uno o dos meses antes de la fecha acordada para celebrar éste.

Se comprende fácilmente, que la tuberculosis, la sífilis, etc., no se curan en dos ni tres meses, sino, por el contrario, requieren un tratamiento concienzudo, eficaz, prolongado.

Así que la fecha de la unión sería preciso retardarla bastante o quizá indefinidamente (1); estamos plenamente convencidos de que sólo con consejos nada se consigue (Bum!), pues los futuros contrayentes, como no haya nada que les obligue (excepto su conciencia) a retardar o incluso renunciar al matrimonio, celebrarían éste haciendo caso omiso de la ciencia eugénica.

Y para las personas conscientes de sus actos y con un elevado sentido moral, huelga

(1) Recordamos aquí el aforismo de Andvar referente al matrimonio de tuberculosos, «Jeunne fille — pas de mariage...», recogida también por Petter con respecto a las cardiópatas.

toda recomendación, puesto que basados en sus ideales, se pondrán a tratamiento la enfermedad que padezcan.

Nos parece útil la esterilización que en Norteamérica se practica a los degenerados, imbéciles, etc., aunque también apuntamos la responsabilidad de un Estado que tan directamente interviene en la vida de sus súbditos.

Es curioso anotar, además, que no por eso ha disminuído la delincuencia en este país, sino todo lo contrario (Jiménez Asúa); aunque también es cierto que los «yankees», con apariencias de favorecer la higiene pública y privada, muchas veces dictan medidas exclusivamente destinadas a nivelar su economía, de cuyo aserto buen ejemplo es la ley seca.

La implantación de un «carnet» o cartilla personal de salud sería una cosa conveniente, y la idea fué lanzada hace más de 50 años (creo que por el sabio doctor Letamendi);

pero aun se halla en embrión por ser prácticamente irrealizable — a lo más en los niños es posible hacer las anotaciones con alguna veracidad; pero en los adultos no creo preciso señalar las dificultades.

Así, pues, con las conclusiones adoptadas por la Sociedad Francesa de Eugénica, a pesar de la buena intención con que van encaminadas, lo más probable es que los resultados, caso de implantarse, fueran poco halagüeños.

Todo lo que a Eugenesia se refiere, se basa fundamentalmente en inculcar a los jóvenes de ambos sexos una racional *educación sexual*, que mostrándoles los peligros les sirva de norma de conducta a posteriori.

Únicamente así, tratando claramente este tema, en todo momento, se obtendrán generaciones sanas de cuerpo y espíritu, constituidas por jóvenes conscientes de sus actos, y entonces el certificado médico prenupcial pasará a ocupar un lugar menos preeminente dentro del campo eugénico.

A. BOX

## Eugenesia y Pedagogía

El mundo se debate en el espasmo de nuevas concepciones: los problemas sociales se multiplican, y la mano de hierro, que trata de ahogar la nueva concepción, aprieta sin piedad, temerosa de ser arrollada por la expansión de vida que trae el nuevo ser.

Después de la gran guerra, la sociedad, horrorizada de la carnicería, quiso sacudir el yugo que la tenía sujeta a las múltiples causas que la sujetaban a la tiranía y a la explotación capitalista, y ante la imaginación de muchos pasó la visión de una organización social más libre. Parecía que se esfumaban muchos tronos y otros tantos privilegios, como si los hombres regresasen de las trincheras y de las alambradas con el espanto de la dantesca idea de la muerte y la destrucción que lleva en su seno el maldito monstruo de la guerra, y quisieran airear al planeta con frondas de amor y fraternidad.

Pronto se desvanecieron estas esperanzas; los esclavos no habían aprendido todavía a ser libres, y cuando quisieron suplantarlo a sus antiguos verdugos, no supieron otros medios

que emplear el látigo, que antaño azotaba sus espaldas de parias y ogaño deshonra sus manos de dictadores proletarios.

Mi excelente amiga Montseny, en su bien escrito artículo *Las enseñanzas de una dictadura*, comenta la situación argentina, y compara la trinidad América, Italia, Rusia, sacando la provechosa enseñanza de lo fácilmente que ha sido barrida la organización proletaria y la democracia mundial por los dictadores, preguntándose: ¿Qué sucederá si el mundo se ve abocado a otra gran guerra?

Ante problema tan hondo y tan arduo, la reflexión se detiene temerosa de descubrir motivos para un pesimismo desconsolador, aunque el optimismo nos diga que el hombre evoluciona, y no puede seguir siempre ennegandose en la charca pestilente de sus claudicaciones, y que un día u otro dejará de ser víctima o victimario, división que hoy los hombres han hecho, por su mal, de la humanidad, sin comprender que en el pecado llevan la penitencia, y que esta división es causa del dolor universal.



Pero no basta lamentarse, como el rey moro ante la pérdida del último baluarte de su dominio; es preciso encontrar el remedio y aplicarlo, ya que la causa no se esconde a casi ninguno de los que queremos para el hombre algo más que una fábrica para ganarse la vida y un presidio para ahogar sus rebeldías.

La gran organización argentina americana, lo mismo que cualquiera otra, puede ser hoy barrida por un dictador, siempre que sus componentes estén en la inferioridad moral que supone el ser sojuzgados los muchos por los pocos, porque se da el caso curioso de que todas las represiones son llevadas a cabo por menor número de victimarios que de víctimas, y en este caso, tenemos que deducir forzosamente que las últimas están supeditadas, más por *atavismo* e incultura que por fuerza insuperable. Los millones de parados de la libre Inglaterra, en número tan considerable, son dirigidos por una ínfima parte de autoridad, que opera sobre ellos más por la coacción moral, que ejerce la autoridad actualmente sobre el individuo, que por la fuerza bruta.

La organización argentina es la que más influenciada estaba por el comunismo libertario, y ha desaparecido como castillo de naipes al soplo del militarismo, cosa absurda examinada de ligero; pero muy real si se llega a la comprensión de que estas potentes organizaciones, más aparentes que reales, contienen un núcleo de hombres conscientes, que luchan por determinada idealidad, y un gran número de simpatizantes y otro de indiferentes, que inician la desbandada en cuanto trató de aplastarlos la bota de un tirano.

Ante la perspectiva de una nueva guerra, se tiene la visión del apocalipsis de la humanidad; ya no es suficiente el cañón y la ametralladora; no es bastante tampoco la bomba que cae y destroza edificios y mutila miembros: es preciso los gases que asfixian, no sólo a los combatientes, sino a ciudades enteras, que destruyan los hogares y aniquilen a mujeres y niños, y este horror de horrores podrá cumplirse si las tres potencias se disputan un punto comercial o una supremacía militar.

¿Qué cohesión tiene esto con la Eugenesia y la Pedagogía? La natural y lógica de que, no es la cultura sólo la que encauzará a la humanidad por el verdadero camino, sino la generación consciente y la pedagogía racional. La cultura, en el sentido corriente que hoy se toma, no resuelve el problema: culto

y sabio se llama a quien perfecciona un arma de guerra o al profesor que inculca, juntamente con grandes conocimientos científicos, grandes prejuicios, que contribuyen a perpetuar la división entre los humanos.

La Eugenesia, preocupándose de la especie, tiene que convertir a la madre inculta y a la muñeca de labios pintados en mujer y madre educadora, y la Pedagogía, deshaciéndose de dogmas y prejuicios, debe de ser el mentor de niños y grandes, de educadores y educandos, para ser ariete demoledor y excelente constructor, arrancando de la humanidad cuanto impide su normal desarrollo, e inculcándole las necesarias enseñanzas para su mejoramiento.

La sociedad actual engendra necesariamente la rebeldía; la injusticia incita necesariamente al hombre a rechazar el ataque diario que todos sufrimos, y la dignidad humana exige un respeto ausente de este vivir cotidiano tan denigrante; pero si por encima de todos estos inconvenientes puestos a la libertad individual no anteponeamos la verdadera cultura, la conciencia del individuo y la selección de la especie, seguiremos escribiendo la historia con sangre de unos y lágrimas de otros, con rebeldías ahogadas en cruentas represiones y con grandes organizaciones devastadas por el eterno caballo de Atila.

El niño, engendrado en el vientre siempre fecundo de la mujer, ayuna de otra misión que la procreadora, y educado por el dómone de enseñanzas rutinarias y atávicas, sólo por un esfuerzo de su voluntad autoeducándose podrá salir de este atolladero intelectual y sentimental en que lo han metido. Las grandes masas de hombres que quieran hacer una labor provechosa de reivindicación social, sólo perdiendo antes los prejuicios adquiridos y haciéndose una cultura provechosa podrán resistir a la avalancha de represión y esclavitud que se les viene encima.

ANTONIA MAYMÓN

---

*Si hubiera un hombre que no pudiese morir, si fuera real la leyenda del judío errante, ¿cómo habríamos de titubear en declararlo el más infeliz? Así podría explicarse el vacío de la tumba; significaría que el más infeliz es aquel que no puede morir, que no puede refugiarse en una tumba.*

KIERKEGAARD

## COMO EVITAR LAS ENFERMEDADES VENEREAS

Sin reglamentación de la prostitución ni policía sanitaria

Seguido de unas reflexiones sobre la mentalidad de las prostitutas y la vida sexual del porvenir

(Continuación)

Como ya queda indicado, la policía de Dinamarca, así como la del resto del mundo, dominada por la clase de explotadores-parásitos, su objetivo no es precisamente proteger a la sociedad de los criminales, sino que mayormente se dedican a importunar, a perseguir a las personas que poseen un ideal de progreso y que laboran por la transformación de esta sociedad capitalista actual, tan injusta y vil, en un medio armónico en donde reinarán la equidad y será eliminado todo parasitismo.

Nada de extraño, pues, que me viera espiado de día y de noche. La policía alquiló un piso frente a mi casa y lo ocuparon algunos de sus agentes, quienes seguían todos mis pasos, todos mis gestos. Niñas de corta edad irrumpían ante mí en todo momento, a veces en bandas numerosas, buscando llamar mi atención; hombres y mujeres venían misteriosamente a proponerme que interviniera en asuntos abortivos. (Hasta el momento, únicamente en la Rusia de los Soviets la mujer es libre de decidir por sí sola el ser o no madre.)

El gobierno hizo todo lo imaginable a fin de que cayera en sus redes, mas todo fué en vano. En vista de ello recurrieron a una villanía digna de pertenecer a la historia de la medicina, junto con la negativa de publicar mis estudios sobre la prevención de las enfermedades venéreas. Los cuestionarios de que he hablado referente a la impotencia sexual y en los cuales no es posible hallar una sola línea que se salga del terreno científico, en el sentido más riguroso de la palabra, ni nada que se parezca a un reclamo personal, fueron de golpe y porrazo confiscados por la policía. Esta decisión policíaca se apoyó en una declaración del Consejo Supremo de Salud (*Sundhedsra-*

*del*), integrado por aquellos mismos omnipotentes médicos que decidieron la no publicación de mis primeros estudios. En esta declaración se afirmaba que mis cuestionarios no eran de la menor utilidad científica, y en cambio debían considerarse como *publicaciones* obscenas, como ultrajes al pudor público... ¿Como podía invocarse esto si las dichas hojas no fueron entregadas sino a las personas que venían a consultarme y a las prostitutas? ¡Solo bastó el hecho de la impresión de los cuestionarios para levantar la acusación!

Pasada ya aquella época de furor en contra mía, son numerosos los impresos de esta naturaleza que los médicos ponen en circulación, porque ello representa una gran ayuda en sus consultas, obteniendo además respuestas concretas, cosa no fácil de conseguir en el curso del restringido tiempo de que disponen para las consultas.

Puesto que en la época de que hago referencia, en Dinamarca la justicia era algo tan rastrero e inquisidor, que ni la defensa se hacía posible en un caso de *delito común* como se calificó el mío, y que uno se hallaba a merced del primer juez de instrucción venido, resolví salir de mi país, en donde no se me permitían los estudios científicos que a mí tanto interesan. Al despedirme hice una declaración publicada en varios diarios, en donde exponía los motivos que me habían tomado tal decisión. No obstante no mencioné la causa principal, que fué la actitud de ingratitude perfecta por parte de mis camaradas, *obrerros todos*, del Comité Director del Partido Socialista danés, que cuando tuvo lugar aquel resonante proceso con el difunto jefe policíaco no me aportaron la menor ayuda, ni siquiera buscaron el más débil testigo en mi favor. Y, sin embargo, eran hijas de trabajadores, mujeres todas de la clase obrera, las

únicas que sufrían las brutalidades de aquella policía y que yo defendía con tesón y energía.

No era la primera vez que en la lucha por la emancipación de la sufrida clase obrera, se constataban los bajos e indignos celos hacia los intelectuales por su actitud libertadora. Entre tanto, no hemos visto ninguna obra sonda si no se ha hecho en colaboración con las personas instruidas y animadas de un noble ideal.

Mi caso, pues, es deplorable, ya que yo jamás he buscado ni obtenido ningún beneficio material o político; muy al contrario. La defensa de mi raza que comenzó en mi primera juventud y que no acabara sino con la muerte, me ha costado muy caro.

\* \* \*

En Inglaterra y en Alemania, se han hecho más tarde serios estudios sobre la vida sexual tanto normal como anormal. En Alemania, el doctor Hirschfeldt, estudió seriamente la homosexualidad. Y, para vergüenza de la ciencia oficial, en todas partes estos estudios se han visto perseguidos. Así vemos como al célebre médico inglés Havelock Ellis, se le confiscó su primer libro.

No obstante, pudo seguir sus estudios sobre todas las fases de la vida sexual, llegando a ser los de este doctor, los más importantes que hasta hoy en día se conocen.

Yo creo que es algo difícil que en nuestros días se toleren las persecuciones de que antaño eran víctimas los hombres de ciencia, persecuciones que tenían su origen en la miopía de las autoridades médicas. Si alguna vez se da el caso, actualmente ha de tener como base, sin duda alguna, motivos de envidia inconfesables, de hipócrita puritanismo y de antipatías personales.

Ya se habrá notado que me he visto obligado a servirme a menudo de los términos "prostitución" y "prostituta", cuyos términos son pronunciados siempre con desprecio; pero he de advertir que todo hombre, por escrupuloso que sea y que se haya servido de la prostitución de una mujer, aunque no sea más que por una sola vez en toda su vida, ha perdido, si cree tenerlo, todo derecho a semejante desprecio. Mas el hombre

que goza constantemente de estas mujeres y a la par expresa su desprecio hacia ellas, es un hipócrita y un cobarde, porque si tan despreciable encuentra la vida de la prostituta que le vende las gracias de su cuerpo, lo mejor que puede hacer es abstenerse de aprovecharse de ellas, ya que la prostitución exige siempre dos personas para consumarse: la mujer y el hombre.

La prostitución, además, no se produce solamente fuera del matrimonio, sino que también penetra en el seno de "nonorables" y "distinguidas" familias, constituidas según rezan las leyes del Estado y de la Iglesia.

Bien es verdad que para el hombre la condición esencial para su contacto sexual es sentir el deseo, por pasajero que sea, ya que siempre sale él con el placer, mientras que la mujer puede muy bien desempeñar un rol absolutamente pasivo. Este es el caso casi general de las mujeres "públicas", ya que de otra forma no podrían soportar una continua excitación nerviosa.

Sabido es que hay prostituta que va con diez y quince hombres al día, y en las casas de tolerancia llegan hasta cincuenta en veinticuatro horas. Y en las casas establecidas en las estaciones militares de Africa del Norte hay mujer que llega a ir con cien hombres en el curso de veinticuatro horas.

Una mujer muy inteligente, muy observadora y muy psicóloga que tuvo un establecimiento de esta naturaleza durante algunos años, me contó una vez que entre las prostitutas existe el siguiente proverbio: "¿Gozar en nuestro oficio? ¡Ya lo creo! tres veces gozamos: una al encontrar al hombre y llevarlo a la habitación, otra cuando nos paga y otra cuando nos vemos libres de él."

¡Qué abyecta e indigna concepción es esta de las relaciones sexuales; pero qué bien se aviene a la sociedad capitalista actual!

Ahora que la prostitución profesional de la mujer no ha sido siempre despreciada. En la antigua Grecia, en donde se divinizaba la estética—no habiendo sido igualado este culto a la belleza por pueblo alguno— y la hipocresía no imperaba en las relaciones sexuales, como ahora es necesario que así sea en todos aquellos

pueblos en donde una religión de ascetismo impone como ideal una vida ensombrecida y sin placer alguno, una vida en contra Natura...

He aquí la inmensa diferencia entre aquella vida tan bella, múltiple en placeres estéticos que fué la vida de los antiguos griegos y esta estúpida y triste de nuestros días.

Mientras que los antiguos griegos respetaban a la mujer y en ella adoraban la belleza, las más inteligentes mujeres de que nos habla la historia de Grecia fueron *hetaires*, es decir, mujeres de una gran belleza y de una elevada inteligencia, que frecuentaban gran número de hombres y ganaban la vida haciendo el don de las bellezas de sus cuerpos.

Pero hay un refrán que dice: "Si ahogas lo natural, con más intensidad se siente la necesidad".

En Grecia, por ejemplo, en donde la hipocresía era desconocida y se daba libre curso a una vida llena de bellezas y placeres sexuales los más intensos que Natura ofrece, contribuyó a la grandeza de aquellos griegos admirados, la libertad más absoluta en todos los órdenes de la vida estética.

Puesto que hablamos de la prostitución, no hemos de terminar este artículo sin decir francamente que todos estamos prostituídos; al menos nos aprovechamos de la prostitución, lo que moralmente viene a ser lo mismo. Además, la mayoría de las prostitutas no se sienten humilladas por su situación; al contrario, algunas, al preguntarles si no preferirían otro trabajo cualquiera mientras les permitiera comer, contestan resueltas: "No, no; en manera alguna. Mi actual oficio es el menos duro de todos y el más libre. Lo prefiero a todos los demás..."

En efecto, la fatiga no es mucha que digamos.

En nuestra actual sociedad capitalista en donde la vida material no está garantizada, viéndonos sujetos en su triturador engranaje social, viéndonos precisados por la ley imperiosa de la vida a la lucha cotidiana para procurarnos el dinero necesario, hacemos cosas que son en contra de nuestra voluntad, en contra de nuestros gustos, en contra de nuestra moral. No exagero, pues, si digo que *la sociedad capitalista es la prostitución universal*.

El artesano hace un trabajo no conforme con lo que él quisiera crear de acuerdo con sus ideas; el artista que crea una obra, no lo hace conforme a su ideal artístico; el escritor escribe lo que jamás escribiría si pudiera expresar libremente sus ideas; todos en fin, están prostituídos. Son seres disminuídos en su personalidad. Y ahora comparemos estos hombres con aquellas mujeres que prefieren ganar su vida ofreciendo sus cuerpos al primer venido, y veremos que su moral no es inferior al medio ambiente. Fácilmente se comprenderá, a la vez, que ellas prefieren esta vida que les permite ganar el pan con más soltura, que un trabajo monótono y mal retribuído.

El célebre médico italiano Lombroso, en sus estudios sobre criminología, ha cometido un grave error atribuyendo a las prostitutas instintos criminales que no poseen. En el fondo la criminalidad no existe más que en aquellas personas que tienden a hacer daño a sus semejantes. En cambio, hay prostitutas que poseen una gran honradez y una singular generosidad, y que nunca causan el menor daño a nadie, cuya honradez se manifiesta escrupulosamente en lo que concierne al comercio de su cuerpo.

A pesar de ello, si detenidamente hacemos un estudio de la mentalidad y el valor moral de la prostituta de nuestros días, se nota en el acto una marcada inferioridad comparadas con las *hetairas* de la antigua Grecia. Y esto se comprende fácilmente, porque la tiranía arbitraria y la brutalidad que se ejerce en contra de estas mujeres por parte de las autoridades y el desprecio que manifiestan hombres que las buscan, a pesar de flagelarles toda clase de caricias en el momento del coito; esta vida de menosprecio degradante les hace imposible poseer la menor dignidad humana, lo que hay que estimar como lo más precioso de la vida. ¡Pero seamos modestos!

Más arriba he escrito que la sociedad capitalista es la prostitución universal y que en esta sociedad nadie puede llevar una vida verdaderamente digna. Más o menos todos sufrimos de este estado de cosas, pero hay seres que prefieren la muerte antes que soportar esta existencia de ignominias y continuas humillaciones.

(Continuará.)





## Arte Forma y Espíritu



En el fondo de todo fondo hay una superficie. Una superficie que refleja exteriores en profundidad. Vernos de fuera adentro es vernos reflejados en reflejos. Lo preciso, lo concreto de nuestra personalidad se nos escapa en su constante hacerse, como si concreto y preciso fuesen esencialmente inaprehensibles. En esa búsqueda incansable de lo que somos, casi siempre el único que es, es el que busca. Pero ¿en qué punto se verifica ese desvío, ese partirse en dos de nuestro ser, que es el lanzarse con aleteo de golondrina herida en pos de una existencia oscura, problemática, pero hermana gemela suya? Da pena vernos caídos en un rinconcillo interior, con gesto de inocente a quien todo acusa, hasta su gesto. Emprendemos un camino de huída y nuestra esencia, parapetándose tras sus más oscuros dominios, deviene inaprehensible aun para sí misma. Nos desconocemos íntimamente, y a veces nuestro buscón tiene ese gesto de irse a encoger de hombros en que es sorprendido por el oscuro delincuente que somos en potencia, que es entonces un bailarín burlesco, de ópera bufa, que hiciese carantoñas a una vieja revieja y pilonga que le buscarse las... pongamos las cosquillas.

Pero siempre hay ese gesto en que predomina... el gesto. No viene a ser una encarnación. Mejor, porque la idea no es esa; no viene a ser una reencarnación. Algo que vuelve a ser — esa idea que arrastra el *re* de repetir —; es algo que trae en la cola otra cosa. Otra cosa que, distintamente expresada, alcanzaría una expresión naturalmente diversa; otra. Y una forma del ser no es ciertamente una forma indiferente, casual y escogida entre otras formas posibles. Todo modo — como en parte, aunque nada más, toda diversificación — es una y podría añadirse que única. Pero precisa hacer la salvedad de que ni modo ni diversificación son estrictamente puras representaciones de un ser o existencia diversas, distintas. Quiere decirse — puesto que el tema se presta a la claridad — que una mano, representación pictórica, no equivale a esa misma mano hecha piedra; y así, ni una ni otra son cabalmente representaciones ni aproximadas de esa misma mano hecha carne y hueso. Cuesta muy poco deducir que por sí solas pueden llegar a bastarse y que, usando de

la redundancia ideológica se bastan a sí mismas, o se representan.

Está claro que un arte que ha pretendido valerse — desesperadamente — de sus propios medios — como si no le perteneciesen — sólo podía aducir en favor suyo ese valor estricto de representación. Pero a partir de aquí, el equívoco había de producirse irremediabilmente. Frente al desarrollo riguroso de sus propias posibilidades — en pintura conviene a este respecto tener en un primer plano de conciencia la experiencia cubista — había de surgir lógicamente — y como de una inmediata deducción — un impulso paralelo — un anhelo, está claro — de expresión interior. Si una borrachera de exteriores — de esencias exteriores — color, esencia del color, vibración — llevaba como una exacta coetilia a la pura contención plástica que era el juego de líneas y de formas — Cézanne, Picasso, romanticismo de la forma y de la línea: Rousseau el aduanero —, y como una justificación ideológica al gesto aséptico, neutralizador del exacto dominio de esa forma y de ese color — conciencia psicológica de la creación — del acto, y fatalmente, técnicamente, sometimiento a veces excesivamente riguroso a la materia plástica — ese recobrase que es siempre una limitación — nunca se es tanto como cuando se está a solas — había naturalmente de llevar a una conciencia sedienta de exactitudes el anhelo — casi doloroso — del rigor de esa misma exactitud. No ser abstractamente, puramente una exasperada realidad plástica, sino ser *algo* exacto, ser *algo* además de ese ser exacto — contenido y límite bastándose a sí mismos.

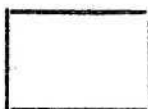
¿Que podía ser algo que saltando airadamente los límites de una representación hipotética, artificiosa — pstrictóricamente: el ejemplo de la mano con relación a la de carne y hueso que provocó la encarnación, simple avatar, de aquélla — encerrase en sí mismo el concepto de su realidad y fuese, no otra, sino esa misma realidad? — Obsérvese — para anécdota que añadiría alguien desdenosamente — el uso y abuso del tema: mano en el superrealismo; sobre este particular hay un sugestivo ensayo a hacer —. La mano que se abre y se cierra en nosotros, dentro de nosotros, no es ciertamente la mano que abofetea a un enemigo fuera de

nosotros. Luego... ¿qué relación existe entre esa realidad interior y ese movimiento, ese *gesto* físico que no es ciertamente la exacta conciencia de nuestra mano? Exactitud por exactitud, no puede haber la vacilación. Nuestra mano interior era, está claro, nuestra mano; lo otro, lo externo — llevado a un extremo equivalente — bien podía ser un almirante...

No es esto. Pero tampoco es rigurosamente otra cosa. El acto plástico como excavación, como un explorar de latitudes vírgenes, podía gallardamente resolverse en un juego de juegos. Pero ¿hasta dónde había de conducirnos si ese acto plástico devenía algo anterior al mismo acto, como una búsqueda, como un trazar constante de un camino sin ruta ni estrella hacia una realidad que sólo resultaba realidad luego de expresada? Ya

Miró emprendía en una de sus últimas exposiciones parisienses como un camino de regreso. Cuando el viaje del azar es una simple exploración, ya no es tan del azar. Flota como una estrella ese propósito, esa exploración, que es como una meta, como una finalidad. Es así que si en un ir ciego en busca de luz hemos de hacer la luz en el camino, ¿vale acaso seguir ese camino cuando la luz está ya en nuestras manos? En ese momento en que se es menos ciego, deliciosamente menos ciego, Miró rompía su puro éxtasis, su pura comunión de mano y alma, su andar y andar haciendo un alto ante sí mismo y viéndose en su obra como ante el más puro espejo. En el fondo, sordo, era un alejarse, un irse más al fondo y un quedarse burlado entre las líneas de una — esta vez sí — exacta arbitrariedad.

JUAN RUIZ



## Para una antología de temas pedagógicos

### De la Enseñanza

La enseñanza no es dada para una *élite*. No se da tampoco para seleccionar una *élite*. Se proporciona para dar a todos una cultura intelectual general. El ejemplo de los niños de la burguesía muestra que esa cultura es accesible, con alguna paciencia, a casi todos los niños. Entendámonos bien. No se trata de hablar a los niños exclusivamente de latín. Se trata de hacerles accesibles las ideas generales y de desarrollar su espíritu crítico, de enseñarles por una parte a analizar, por otra a establecer una síntesis, etc. Para llegar a ese resultado, ¿es preciso emplear las humanidades, o bien servirse de los métodos científicos de observación y de experimentación? Sin tratar de resolver este problema, creo que los métodos pueden ser múltiples y combinarse.

¿Qué pasa actualmente? Se limita uno a enseñar la lectura, la escritura y los primeros elementos del cálculo a los niños de la clase pobre. Muchos más quedan por completo analfabetos. He encontrado de estos últimos en mi escuela de mutilados que eran inteligencias muy por encima del término

medio. Formarán el gran ejército de los obreros manuales.

Se da una enseñanza técnica o profesional sin cultura general a los niños de condición mediana.

La cultura general está reservada a los hijos de la clase burguesa. Estos niños formarán la *élite*.

Se ve que la inteligencia no entra para nada en la clasificación, aunque pueda volver a tener sus ventajas en el interior de cada categoría.

El papel de la sociedad debería consistir en utilizar lo mejor posible todas las inteligencias. Poniendo a un lado los retardados, los atrasados, los anormales, de los que hay que ocuparse, de los que se puede hacer algo, gentes útiles, según el caso, a ellos mismos y a la sociedad, debería darse una instrucción integral a todos los niños y, en la medida de lo posible, una enseñanza «a medida», según las aptitudes.

Yo me sublevo contra el proyecto de detener a los niños ante la enseñanza general a que tienen derecho por exámenes de paso.

«Exámenes y composiciones — me escribe Paul Reclús — han sido inventados por profesores incapaces de formarse una opinión de sus alumnos. Así, pues, adelante la máquina de clasificar. Quedan fuera los que salen de la norma: también los imbéciles; lo admito. Pero el examen no es de ningún modo el medio de juzgar de la inteligencia.» En cuanto al conocimiento más o menos completo de las materias enseñadas, es imposible a causa del recargo de los programas.

La enseñanza primaria se dirige a niños, en los que prevalece sobre todo la memoria. ¿Cómo, al decir de la escuela, se ha de poder juzgar a los que más tarde serán capaces de hacer investigaciones personales? Es imposible saberlo de antemano.

¿Cuántas inteligencias fantaseadoras, artísticas o imaginativas podrán ser echadas por los examinadores, incluso en el curso de la enseñanza secundaria, al campo de los reprobados! Sin embargo, entre estos alumnos es, más bien que entre los obedientes, dotados de buena memoria y sin espontaneidad, donde se descubrirán más tarde las inteligencias creadoras.

Además tenemos la crisis de la pubertad, suficiente para desorientar a los funcionarios de la enseñanza. ¿Qué hacer durante esa crisis?

El *scoutismo* es, a pesar de todo, una derivación saludable donde la responsabilidad y la iniciativa pueden desarrollarse en un ambiente más libre, si no está militarizado. Habría también que transformar la organización disciplinaria de la escuela. A pesar de las ideas de Rabelais, la mayor parte de los pedagogos ha conservado en Francia un régimen casi absolutista, ciertamente más cómodo para los maestros sin valor moral, y por otra parte necesario cuando los alumnos son demasiado numerosos. Habría que introducir la libertad en la escuela. En los Estados Unidos, los alumnos viven, en clase, bajo el régimen del *self-government*; es decir, se administran ellos mismos, y así se desarrolla mucho mejor el sentimiento de la responsabilidad. Ese estatuto escolar ha sido copiado por los soviets.

Yo pienso, con Paul Reclús, que se podría cortar la enseñanza hacia la edad de trece años y durante dos o tres hacer participar a los adolescentes, si no a todos, al menos a una gran mayoría, en la vida de los campos y de los talleres, no poniéndoles en clases profesionales de aprendizaje con enseñanza didáctica, sino organizándolos en grupos de trabajadores con *self-government*, por ejem-

plo en los campos al aire libre. Los jóvenes aprenderían allí las realidades técnicas a las que se somete la actividad humana y a darse cuenta de una disciplina impuesta por las cosas y a darse cuenta también de la necesidad del esfuerzo y la cooperación en el esfuerzo. Los campos serían internacionales, quiero decir que se podría aprovechar ese período para el cambio de los adolescentes entre las naciones. Los estudios se iniciarían luego con una orientación ya más o menos consciente, una curiosidad más precisa, una inteligencia más avisada y tal vez con un espíritu de iniciativa que no podría dar una instrucción puramente libresca.

Se objetará que tal programa conduce bien lejos en el tiempo y mucho más allá de la edad de dieciséis años. Pero justamente después de esa edad es cuando el espíritu puede abrirse a la cultura general. Antes los alumnos carecen de madurez.

La escuela única hasta los trece años, incluso llevada hasta los dieciséis, no basta para dar a los niños la posibilidad de un desarrollo provechoso para ellos mismos y en realidad para todos. En esas condiciones la cultura general es un monopolio de clase, y la escuela única me causa el efecto de un simple *bluff* electoral.

Se objetará también la pérdida de tiempo escolar, sobre todo si se tiene en cuenta la masa enorme de los conocimientos humanos, que se acrecienta cada día y que los pedagogos amontonan en sus programas. Ahora bien: no se trata de hacer del cerebro del niño una enciclopedia completa, sino de enseñarle el método de cada ciencia y la marcha de sus progresos, aun haciéndole comprobar por la experiencia tal o cual conocimiento, tal o cual descubrimiento, sin tener la pretensión de hacerle renovar todos los tanteos del espíritu humano. «Los alumnos — ha dicho J. O. Grandjouan —, no aprendiendo ninguna nomenclatura de memoria, no cargándose de ningún conocimiento enciclopédico, recurrirán constantemente a los diccionarios, a los atlas, a las cronologías...»

M. PIERROT

---

*De hecho, es absolutamente imposible establecer con perfecta certidumbre un solo caso en que la máxima de una acción, conforme con el deber, no haya tenido otra base que principios morales y la representación del deber.*

KANT

## Preguntas y Respuestas

*Pregunta.*—¿Cuál es el mejor tratamiento para combatir la debilidad del hueso? ¿Y cuándo es una parte del cuerpo sólo la atacada?—*Rafael Yagüe.*

*Respuesta.*—La debilidad de los huesos obedece muy principal y casi exclusivamente a la falta de sales de cal y elementos mineralizados en el organismo, bien porque el régimen sea pobre en ellos o bien porque el organismo no los asimile debidamente.

Siendo esto así, se comprende que la base principal del tratamiento es proporcionar al organismo un régimen rico en elementos minerales (sales de cal fosforadas) y procurar su más perfecta asimilación. Lo primero es fácil, pues incluso puede añadirse a un régimen particularmente rico en sales de cal compuestos calcáreos preparados adecuadamente. Pero, en cambio, no es tan sencillo el problema de la fijación del calcio en el organismo. La mayor parte de los compuestos recomendados para la recalcificación orgánica no se asimilan sino de una manera incompleta y deficiente. Parece ser que los compuestos calcio-fosforados naturales (polvo de conchas de ostras, por ejemplo) que preconizaban nuestros abuelos y que ahora están en desuso, tienen, sin embargo, mucho más valor por ser mejor asimilados por el organismo.

A este régimen, en que se escogerán los elementos más ricos en sales minerales vitalizadas, debe añadirse la recomendación de una vida higiénica, de mucho aire puro, etc. En ocasiones, la Helioterapia, bien manejada, prestará inestimables servicios.

Todo en el caso de que la pregunta haya lugar, porque es extraña su segunda parte, referente a que sea un sólo punto donde se manifieste esa debilidad. Le aconsejo consulte a un médico.

*Pregunta.*—Deseo saber causas y tratamiento de una progresiva destrucción de los dientes.—*Pedro Barrabeig.*

*Respuesta.*—Las causas, muchas: Falta de higiene dental, raquitismo, régimen pobre en cal y vitaminas, infecciones, artritis, sífilis, intoxicaciones, etc., etc.

El tratamiento que yo puedo indicarle se limita al cuidado de la boca. Lo mejor es observar los más elementales preceptos de higiene de la alimentación. Cuide su régimen alimenticio. Evite ácidos y excitantes, comidas muy calientes o muy frías y menos unas a continuación

de las otras. Enjuáguese con agua clara después de cada comida. Límpiense sus dientes mañana y noche con un cepillo (manejado de arriba a abajo para los dientes superiores y de abajo a arriba para los inferiores, nunca lateralmente) y un buen dentífrico. Le recomiendo mucho una mezcla de carbón vegetal en polvo impalpable y quina, asimismo pulverizada. Esta mezcla blanquea mucho, es antipútrida y aún tiene cierto poder tónico sobre las encías.

No obstante debe hacerse mirar su boca por un buen dentista y que entre éste y el médico sepan la causa de su mal. Al primero incumbe luego arreglarle la boca con las piezas artificiales que precise, pues sin buena dentadura no hay masticación posible ni por ende digestión perfecta.

*Pregunta.*—Un naturista, Bilbao. Sobre su consulta.

*Respuesta.*—Si el diagnóstico que de su mal han hecho los médicos es exacto, no creo indispensable ese cambio de clima como condición PRECISA a su curación. Puede ser un factor conveniente, pero no imprescindible.

Existen, desde luego, puntos cuyas condiciones climatológicas se ajustan a lo que usted indica, pero entiendo que aun ahí, con un buen tratamiento tras un detenido diagnóstico, sería factible su completa curación. Le aconsejo que consulte otra opinión poniéndose en manos de otro médico naturista y es muy posible que, sin necesidad de cambiar su residencia, con las dificultades e inconvenientes que esto supone siempre, pueda usted curar completamente. Ni la debilidad genital, ni el estreñimiento, ni el catarro gástrico necesitan para curar climas especiales. Claro que, desde luego, es preferible el clima templado del litoral Mediterráneo al de Bilbao, pero le repito que puede curar seguramente ahí.

*Pregunta.*—Deseo saber si existe en Barcelona algún dispensario a cargo del Gobierno en que se visite gratis a los jóvenes que deseen contraer matrimonio, para ver si están sanos.

*Respuesta.*—El reconocimiento previo en las parejas que deseen unirse es una necesidad social y a ello se tiende, pero creo que de momento no funciona aún, ni en Barcelona ni en otra localidad, ningún centro o dispensario dedicado a tal fin. Habrán de someterse, pues, a un reconocimiento por un médico particular.



*Pregunta.*—¿Cuál es el mejor tratamiento para evitar la caída del pelo?—*Aurora Manrique.*

*Respuesta.*—La caída del pelo obedece a múltiples causas, siendo la más principal (aparte las enfermedades especiales del cuero cabelludo) el artritismo, una de cuyas manifestaciones es la seborrea. Todo tratamiento meramente local no acompañado de un tratamiento general de fondo, será prácticamente inútil.

Dada la índole de esta sección y los escasos datos que poseo sobre su caso, sólo puedo aconsejarle en términos generales, siendo necesaria una consulta para un tratamiento más completo y mejor dirigido.

Haga vida activa e higiene. Mucho ejercicio. Aliméntese racionalmente con un régimen vegetariano lo más puro posible, establecido progresivamente; evite todo esfuerzo o fatiga. Cultive asiduamente su piel mediante una hidrotterapia racional, baños de sol, etc. No lleve nada a la cabeza.

Localmente haga lo que sigue: Cada dos días, lavado de cabeza con palo jabón, seguido de fricción con alcohol alcanforado.

Las aplicaciones de radiaciones ultravioletadas (lámpara de cuarzo), suelen ser muy eficaces, pero es tratamiento de clínica a cargo de médico especializado.

*Pregunta.*—El mismo tema de la anterior.—*M. S. Reverter, Mataró.*

*Respuesta.*—Lea la anterior. Sin más detalles que exigirían previa consulta, no puedo indicarle otra cosa. Por lo demás, le aconsejo no recurra a los mil y un preparados que se venden para recuperar el cabello, pues lo general es que no sirvan para nada absolutamente.

*Pregunta.*—Tratamiento del estreñimiento.—*Manuel Manrique.*

*Respuesta.*—Siga un régimen de alimentación vegetariano, con predominio de verduras, ensaladas (aderezadas con aceite crudo y zumo de limón) y, sobre todo, frutas frescas jugosas. Las frutas de mayor virtud laxante son las ciruelas y los higos frescos. Coma pan integral. Beba tres vasos de agua al día, uno una hora antes de cada comida. Haga ejercicio, evitando la vida sedentaria. Reeduque su intestino procurando evacuar todos los días a las mismas horas.

Si con estos sencillos consejos no mejora su estreñimiento, como quiera que es una afección digna de atención, póngase bajo los cuidados del médico para averiguar sus causas, que pueden ser múltiples, y tratarlo en consecuencia.

*Pregunta.*—¿Qué debo hacer para evitar el olor del aliento?—*Tomás Lloréns.*

*Respuesta.*—Ante todo, es preciso cerciorarse de que la causa no sea el mal estado de la dentadura o alguna carie, en cuyo caso el tratamiento sería el de evitar dicha causa. Si por esa parte no aparece origen de su mal, pudiera ser también de alguna afección de las fosas nasales (coriza atrófica), y entonces mi consejo es que cuanto antes se pusiese usted en manos de un médico. Finalmente, la fetidez del aliento puede derivar de malas digestiones y tener su origen en el estómago.

Como usted ve, siendo diversas las causas, no puede indicarse un tratamiento preciso sin saber a qué atenernos respecto a aquéllas. Como reglas generales, sólo le puedo indicar las siguientes: Cuide esmeradamente su boca y mantenga sus dientes limpios y sin caries. Aspire cada día dos o tres veces por la nariz agua tibia salada (para un litro de agua una cucharada de sal y dos de bicarbonato). Cuide sus digestiones, evitando las fermentaciones y el estreñimiento.

Puede disimular el olor con enjuagues anti-sépticos aromatizados, pero le aconsejo que trate de curar las causas.

*Pregunta.*—Sobre unas manchas en la cara.—*Miguel Rando.*

*Respuesta.*—No puedo contestarle en esta sección. Su pregunta implicaría, si se han de hacer bien las cosas, una consulta. Puede pedir cuestionario, si lo desea.

*Pregunta.*—¿Cuáles son los signos exteriores de la sífilis y cómo podría descubrirlos cualquier profano? ¿Idem de la tuberculosis de la piel?—*M. Simón.*

*Respuesta.*—No es fácil lo que usted desea, amigo mío, no ya para cualquier profano, sino ni a veces para el médico, por el simple examen exterior. Ojalá fuese todo tan sencillo en la práctica.

La manifestación primaria de la sífilis, no siempre clara, es el chancro, que suele ser duro, único y poco doloroso. Más adelante aparecen las placas, en la garganta generalmente. En períodos más avanzados pueden presentarse ulceraciones destructivas (gomas), dolores en los huesos, alteraciones del sistema nervioso, etc. Para un diagnóstico seguro hay que acudir muchas veces a reiterados exámenes de la sangre. Le aconsejo que no se fíe de apariencias y se ponga el enfermo en manos del médico, para un tratamiento adecuado en caso positivo.

En cuanto a la tuberculosis de la piel, su

forma más común es el lupus, cuyo diagnóstico tampoco está al alcance de una persona no especializada. Le digo lo mismo, ya que el tratamiento de ambas dolencias es delicado.

*Pregunta.* — ¿Es cierta la creencia de que las mujeres, durante el período menstrual, si tocan una planta ésta se seca y si se acercan a una vasija de licor lo corrompen?—José María Giner.

*Respuesta.* — No, señor. Esto es solamente una superstición que data del terror ancestral que la humanidad primitiva sentía hacia las mujeres durante el período mensual y la sangre, cuya significación desconocían.

De aquí nacieron una porción de tabus y extrañas creencias en que se atribuían a la mujer en este estado o bien al fenómeno en sí una multitud de significados.

Vea, para más detalles si le interesa el asunto, la excelente obra de Enrique Casas *El origen del pudor*.

*Pregunta.* — ¿Hay algún tratamiento del chancro sífilítico que no sea el Salvarsán o derivados?—Jesús Pacheco.

*Respuesta.* — Lo hay; sí, señor. Desde luego uno de los mejores es la chispeación fina de alta frecuencia. También la aplicación de algunas plantas localmente sobre la lesión. Ambos son tratamientos que deben ir acompañados de una terapéutica de fondo contra la causa del mal y que deben ser manejados por el médico.

*Pregunta.* — Plácido Rodríguez. Sobre el defecto que padece de emocionarse al ir a hablar ante gente.

*Respuesta.* — No hay medicamento para eso, pero sí hay remedio. Su trastorno es puramente emotivo de mera sugestión, y por tanto curable con los mismos medios a que obedece su génesis.

Lo primero que debe usted hacer es autosugestionarse enérgicamente en el sentido de decirse a sí mismo seguro de estar curado. Le aconsejo que todas las noches al acostarse piense concentradamente en esta idea: YO ESTOY SEGURO DE MI MISMO Y ME DOMINO PERFECTAMENTE Y NADA PUEDE TURBARME. Si le parece, puede escribir esta frase u otra semejante (siempre en forma afirmativa, positiva y enérgica) en una especie de cartelón que fijará frente a su cama. (Método Coué). Cada noche, antes de dormirse, fijará su atención obstinadamente en las frases escritas. El inconsciente hará lo demás.

Aparte de esto vaya habituándose LENTA-

MENTE a hablar ante gentes cada vez menos familiares. Haga una profunda inspiración lenta antes de empezar un párrafo y hable muy despacio.

Usted curará su defecto si se lo propone.

Si quiere podría recurrir a la sugestión hipnótica (en manos de un médico práctico en estas cosas), pero si hace bien lo anterior no creo sea necesario.

*Pregunta.* — Sobre el origen de las estaciones en la Tierra.—Enrique Vidal.

*Respuesta.* — En efecto, el porqué de los diferentes climas y de las cuatro estaciones en nuestro planeta se debe muy principalmente a la forma elipsoidal de la eclíptica y la inclinación del eje polar. Pero el esquema que usted envía es falso. Cuando la Tierra está más cerca del Sol es en el invierno y más alejada en el verano. Lo que sucede es que en la estación invernal los rayos solares (aun estando el Sol más cerca) hieren la superficie terrestre en forma mucho más oblicua.

Si le interesa ampliar sus conocimientos sobre este asunto y leer algo instructivo y ameno, le recomiendo lea las obras del gran Flammarión, el llamado poeta del cielo. Entre ellas puede ver primero *Las tierras del Cielo*, donde hallará amplia información de su pregunta, grabados, etc.

R. REMARTINEZ

MEDICO

---

*Nuestra muerte física no es más que un retorno vegetal. Poco, muy poco es sólido en esta móvil envoltura de nuestro cuerpo; todo en ella es flúido y se evapora. Disueltos en el espacio en muy corto tiempo, somos ávidamente recogidos por la aspiración poderosa de las hierbas y el follaje. El mundo variado de verdura que nos rodea es la boca, el pulmón absorbente de la Naturaleza que sin cesar tiene necesidad de nosotros y encuentra su renovación en la disolución animal. Ella espera, pero tiene prisa. Ella deja sólo aquello que no necesita. Ella lo atrae todo amorosamente, lo transforma y lo embellece con una perfecta metamorfosis. Ella nos aspira por medio de las hojas y nos respira en forma de flores. Para el cuerpo, así como para el alma, morir es vivir. No hay en este mundo más que la vida. La ignorancia de los tiempos bárbaros hizo de la muerte un espectro. Y la muerte es una flor.*

MICHELET

## El talento y el genio

¿A qué hablar de talento y de genio? Esta superioridad, reclamada con tan ridícula insistencia por vuestras sedicentes capacidades, es una rapiña ejercida sobre el producto del trabajador que, bajo el pretexto de imperiosidad funcional, mantenéis en la sumisión. Desarrollad estas inteligencias, dad forma a estos órganos, emancipad estas almas, mortales agotados y secos por el egoísmo, y veremos a qué se reduce vuestra pretendida superioridad.

¡Talento y genio! Palabras sublimes con que la sociedad gusta recompensar, como a centineas de avanzada en su camino, a estos sus más precoces hijos, pero palabras funestas, que han producido más esclavos que el nombre de libertad ha hecho ciudadanos.

¡Talento y genio! A estos nombres mágicos, como una invocación a la divinidad, el rebaño de los humanos se prosterna; la voluntad muere en las conciencias subyugadas; el espíritu se detiene encadenado por la fascinación del miedo. "Mi genio maravillado tiembla ante el tuyo", decía Nerón hablando de Agripina, y la historia nos enseña que el más cruel de los Césares fué sólo un niño pusilánime.

No audemos ni un solo momento; todos estos viles cortesanos de una grandeza usurpada, todos estos pensadores sin energía, estos escritores sin carácter, estos imitadores serviles son hijos del miedo.

"Todos nacemos originales — dijo el poeta indomable de las noches—. ¿Cómo se comprende, pues, que muramos siendo simples copistas?"

Es que la aparición de una inteligencia nos quita el sentido del valor. Es el miedo que vuelve estériles ciertas épocas, como ciertos estados tributarios; es el miedo de los siglos antiguos el que trae la era de las decadencias, y cuando los tiranos quieren subyugar a las naciones, les infiltran el miedo a la virtud, les di-

cen que no es tiempo ya, que han degenerado sus padres.

He aquí por qué las sociedades han tenido, hasta el presente, periodos de sueño y de renacimiento; he aquí por qué toda manifestación del espíritu, igual que la de la libertad, ha principiado por la rebeldía. El hombre, anulado al principio ante estos idolos que en su imaginación cree terribles, recupera insensiblemente el perdido valor; con el tiempo y el hábito, su miedo y su respeto disminuyen; cansado de obedecer, levántase de improviso, y mucho tiempo antes que su razón, su corazón ha proclamado la igualdad.

Dejad, pues, crecer estas jóvenes inteligencias a las que asustan vuestras demostraciones de genio, y cesad de mendigar para el talento una indigna gaveta, cuando tantas almas vense privadas del espiritual alimento. Quien no ha podido concurrir no merece tampoco que se le hagan cargos por ello, y nadie tiene derecho de llamar cobarde al que la servidumbre ha mutilado. ¡Ah! Desatad esa mano que la miseria tiene atrofiada, dad impulso a ese pensamiento cautivo, colocad a ese hombre en las condiciones que Natura quiera y empujadle en su fuerza y en su juventud; después, si se sonroja ante sus iguales, si el respeto de sus semejantes le humilla, si se aparta de la más noble misión, oid: no es un ciudadano, es un esclavo.

P. J. PROUDHON

*La sociedad progresa por efecto de una extensión de los sentimientos morales, y a menos que el interés se sobreponga, es preciso que la piedad, la generosidad y el amor intervengan constantemente para impulsar a que dé un paso la solidaridad humana. La inteligencia puede abrir la vía, pero no da el impulso; toda virtud es espontaneidad en su raíz.*

ESPINAS

# Bibliografía

ROJO CONTRA ROJO, *novelas*, por José Breitbach. — Editorial Cenit, S. A. — Madrid.

Tres novelas cortas integran este volumen: La que sirve de título general al libro, «El rábano» y «¡Tendría gracia!». Las tres muy bien escritas y muy bien observadas, son otros tantos documentos vivos de nuestra época desordenada y dinámica.

Breitbach no es un literato. O, mejor dicho, es un literato que esgrime la pluma como arma de combate. No escribe por escribir, sino porque tiene algo que decir, porque cree necesario expresar lo que ve y lo que piensa y siente con toda sinceridad, no para deleitar al lector ocioso, sí con la intención de influir beneficiosamente en él y ayudarle a encontrar su camino.

Estas novelas recogen las inquietudes, las aspiraciones, las pasiones y las luchas de la actual juventud alemana, haciéndolas destacar a todo relieve sobre el medio social, admirablemente descrito, que las sirve de escenario y de fondo.

El estilo de Breitbach es sobrio, preciso, objetivo. No por eso es seco, ni pesado, ni inelegante. Al contrario. Al interés creciente de sus relatos únese el encanto supremo de una prosa limpia y ágil, bien matizada; el correcto dibujo de los tipos; y un verdadero derroche de observación y agudeza. No es retórico. Ni sensiblero. Natural, sin estridencias declamatorias ni parrafadas grandilocuentes. Llena su objetivo sencillamente. Y responde a la modalidad literaria que sigue la actual juventud; va al grano, busca el tallo sin cuidarse gran cosa de la pomposa hojarasca que la cubre. Por otra parte, todas sus páginas rebosan una amable ironía, y con frecuencia un humorismo sano que no tiene nada que ver con el payasismo estúpido que cultivan por acá nuestros jóvenes humoristas.

De «Rojo contra rojo» ha dicho Estefan Zweig que es «uno de los documentos más importantes de la nueva generación». La autoridad del crítico eminente es garantía suficiente del valor indudable de esta obra.

CUMBRES DE ESPANTO, *novela*, por C. F. Ramuz.—Editorial Cenit, S. A.—Madrid. Narra muy bien Ramuz. Y con un estilo personalísimo, llano, sereno, bellamente in-

correcto, lleno de color y de vida. Además, observa tan certeramente, y es tan objetivo, que sus creaciones se confunden con la realidad misma y cobran inmediatamente categoría de cosa vivida.

En esta obra describe la vida primitiva, sencilla y casi bárbara, llena de vigor y matizada de leyendas y supersticiones, de un lugarejo montañés. La descripción del medio es asombrosa, extraordinaria, de un interés subido, de una justeza admirable. Pero lo que no puede olvidarse jamás es el supremo arte con que nos muestra el paisaje abrupto y bárbaro, majestuoso e imponente, de las altas cumbres, de los ventisqueros, de los quebrachos y torrenteras, de los agudos picachos de la Naturaleza brava y sublime de las masas montañosas encaperuzadas por blancos casquetes de nieves eternas, o empuñadas por el turbio airón de las nubes tempestuosas o por los contornos suaves y redondeados de los blancos cúmulos.

Están bien la trama, el dibujo de los tipos, el dramatismo de la acción, la perfecta vertebración del relato; mas por encima de todo sobresale la maravillosa evocación de la escena, tan objetiva, tan real, tan bien lograda, que el lector de menos imaginación ve el paisaje en toda su magnífica grandiosidad.

Tiempo hacía que la lectura de una obra literaria no nos producía una impresión tan viva, una emoción tan honda. Obedece esto, quizá, a que Ramuz, sin prejuicios de escuela y sin sujetarse a ninguna modalidad, sabe aproximarse a la Naturaleza, estudiarla con acierto y transmitirnos con exactitud y sencillez lo que en ella ha observado. Hasta su lenguaje se ajusta al género que cultiva. No hallaréis en su obra nada que huela a retórica, a adornos literarios, a palabrería vana y rutinaria. Su léxico es el del lugar en que se desarrolla la acción de sus relatos. Sus giros son los mismos que en su vida corriente emplean los personajes que maneja. Rudeza. Incorrección. Naturalidad. Llaneza. Modismos populares, expresivos y simples. Y sin embargo, ¡cuánta armonía, cuánta belleza, y qué caudal de auténtica poesía en todas sus páginas!

«Cumbres de espanto» es una verdadera obra maestra que justifica el merecido prestigio y el predicamento que, como novelista, goza Ramuz entre las clases populares de to-



dos los sectores sociales y entre los intelectuales de los más opuestos matices de la Francia de nuestros días.

A DIESTRA Y SINIESTRA, *novela*, por José Roth.—Editorial Cénit, S. A.—Madrid.

Constituyen las características principales de este autor la agudeza de visión y una inteligencia fría que examina la realidad objetivándola en un estilo cortante y seco, preciso, de singular pureza, ajeno a toda emotividad, a toda ilusión y a todo sentimentalismo.

No obstante, aunque la preocupación principal de Roth es, o parece ser, la de presentar en su medio adecuado y con toda propiedad los muñecos grotescos o trágicos, casi siempre lamentablemente vacíos, que son los hombres de la Europa de la postguerra, por encima de la realidad tan primorosamente reflejada, fluctúa algo superior a esa realidad, de un valor señero permanente, de un rango elevado.

Entre la turbamulta de febles polichinelas que con tan certeros trazos dibuja Roth en esta novela, se destaca, llenándola toda, la noble figura de Nicolai Brandeis. Figura majestuosa, llena de idealidad y vitalismo, que quizá simboliza al hombre moderno tal y como lo concibe el autor. Hombre que camina hacia el mañana serenamente, que actúa sin descanso y sin prisas, comprensivo, de una comprensión irónica, que trabaja y lleva a todas partes el calor afirmativo de su robusto vitalismo, ly que, aun despreciando a hombre, sabe amarle y prestarle el apoyo de su solidaridad.

Brandeis, hombre sin patria, sin familia, sin hogar, sin nombre y sin creencias, reconoce su vida después de haber pasado por de la revolución rusa. Confusamente comprende que no ha vivido como un hombre de los horrores de la guerra y por los delirios de vivir, y se propone borrar de su mente el pretérito, emprender una ruta nueva, cual si acabara de nacer. Y se orienta hacia la conquista de una posición que le permita desarrollar energías, construir, crear vida por medio del trabajo fecundo y bienhechor. Triunfa. Económicamente es una potencia de primer orden. Promueve, sostiene y vitaliza grandes empresas. Funda publicaciones. Aprovecha todas las actividades para hacerlas revertir en un sentido de utilidad general. Y cuando parece que no puede aspirar a más, cambia de frente. El complicado mecanismo que ha montado y puesto en marcha,

no le necesita. Hay que empezar de nuevo y en otro sitio y lo que sea.

Todo un símbolo este Brandeis, un poco loco. El símbolo del creador jamás fatigado y jamás satisfecho.

Una obra plena de sugerencias «A diestra y siniestra» que sitúa a José Roth entre las primeras figuras de la actual literatura alemana.

JUDIOS SIN DINERO, *novela*, por Michael Gold.—Editorial Cénit, S. A.—Madrid.

Nos ha dejado la lectura de esta obra una vivísima impresión. Libro doloroso, poema desgarrador y sombrío, de la miseria, el vicio y el trabajo, y al mismo tiempo formidable alegato contra la sociedad bestializada que produce y abriga en su seno tanto horror.

«Judfos sin dinero» es la infancia de Gold, admirablemente relatada. En este sentido es una narración que puede parearse sin desventaja con las mejores en su género. Hay primor, abundancia de tipos, emoción, descripciones acabadas, perfecta ilación en el relato, notable gradación de los efectos dramáticos, ponderación y medida. Sólo que, como cosa vivida, tiene el mérito de la originalidad, que únicamente se logra cuando el individuo se consulta a sí mismo y objetiva con sinceridad y sencillez sus sensaciones.

Abunda en méritos destacados esta obra. La pintura del odioso y miserable East Side, donde la lucha por la vida es mucho más implacable y trágica que en ningún otro barrio de Nueva York, es algo plenamente logrado. Es imposible olvidar los cuadros de dolor, de miseria sórdida, de vicio barato, de suciedad repugnante, de cruel injusticia, que la pluma de Gold dibuja con sobrios trazos, sin inútiles adornos, sin cargar las tintas, con simplicidad absoluta y como quien no le da importancia. Mugre, andrajos, hambre crónica. Y trabajo de bestias que se aniquilan porque no comen bastante. Y tremendas iniquidades que gravitando sobre los hombres les empujan al vicio, al odio, a la desesperación y al crimen.

Pero en lo que más destaca Gold es en el dibujo de los tipos, verdaderas reproducciones fotográficas a todo color y rebosando vida. Abundante profusión de ellos desfilan por las páginas del libro animándolas, y todos están trazados con maestría impecable; mas los más notables, los que no pueden ser superados, son los de los padres del autor. Tanta humanidad y tanta verdad hay en ellos.

El estilo de Gold, cortado, nervioso, vivo, lleno de colorido, rebosando emotividad de

la estirpe más noble y legítima. Unido a esto, la rebeldía santa que anima con su soplo todo el libro, dando fe de la nobleza y generosidad del autor, tanto como de la dolorosa existencia que ha arrastrado, igual en un todo a la de tantos millones de parias diseminados por el mundo y sujetos a la miseria y al sufrimiento, como a la cadena del presidencial.

¡Hermoso libro «Judíos sin dinero»! Poema de la miseria que justifica todas las rebeliones y hace comprender que, cuanto se lleve a cabo para transformar la sociedad actual, no sólo es noble y humano, sino de una necesidad que no admite espera.

LOS DESTERRADOS DE LA DICTADURA, *por Francisco Madrid*.—Editorial Española.—Madrid.

Este libro de reportajes y testimonios, como lo subtitula el autor, es algo más que una compilación de datos para la historia.

Interesantísimo por cuanto tiene de anecdotario y por cuanto refleja de la personalidad de hombres del relieve de Unamuno, Blasco Ibáñez, Maciá y Alba, lo es también por la amenidad, claridad y galanura con que está escrito.

Los retratos de Soriano, del ex rector de la Universidad de Salamanca, del ilustre novelista, del líder del separatismo y del célebre político, se hallan dibujados de mano maestra en estas páginas, como asimismo multitud de personajes y personajes que se agitaban en torno y formaban, por decirlo así, el ambiente en que se desenvolvían y actuaban en la capital de Francia los desterrados. Bien dibujado y con toda honradez. El cronista no ha atenuado ni cargado las tintas al trazar estas semblanzas que han resultado verdaderos retratos. Mérito valioso muy digno de tenerse en cuenta.

Además, como cosa vivida, el contenido del libro tiene el acento inconfundible de la verdad, y pone en autos al lector de cosas y casos que llegaron a nuestro conocimiento en los días de la dictadura, incompletos y deformados. En este sentido, en el del restablecimiento de la verdad de los hechos, nos ha prestado F. Madrid un excelente servicio.

Avaloran la obra, interesantísima por más de un concepto, el estilo terso, claro y ágil del autor y su propósito, bien logrado, de no hacer literatura, sino de narrar hechos y evocar figuras, sin quitar ni poner, atando corto a la fantasía, sujetándose en todo momento

a la verdad, no saliéndose de su papel de informador imparcial y bien enterado.

HUSO DE ETERNIDAD, *poemas, por Pla y Beltrán*.

Cada vez que cae en nuestras manos un volumen de poesías de autor joven nos echamos a temblar. No comprendemos la lírica moderna o modernista. Hay, sin duda, en los poetas de ahora una tendencia noble a crear nuevos moldes en que vaciar la belleza, y seguramente se llegará a crear algo de positivo mérito a ese respecto. Pero hasta la presente no conocemos nada o conocemos bien poca cosa que pueda presentarse como tal. Barajar símbolos, dislocar imágenes, hacer juegos malabares con los vocablos, trabajar y retorcer las frases no cuidándose de investir las de significado ni de impregnarlas de belleza, no nos parece poético. Más bien semeja deporte de los locos. Y eso vemos en la inmensa mayoría de las producciones de los poetas modernistas. De ahí que nos echemos a temblar cuando cae en nuestras manos un tomo de poesías.

En este volumen de Pla y Beltrán, amablemente dedicado por su autor, hemos recibido una grata sorpresa.

Hay en las composiciones de este poeta, belleza, delicadezas, elegancia, sencillez, sana emotividad, espiritualidad, es decir, poesía auténtica, lo que no suele hallarse en los renglones cortos de nuestros modernistas.

«Huso de eternidad», además de una obra constelada de encantos, es la revelación de un temperamento poético de primer orden. Todas las poesías que integran el volumen rebosan belleza y ternura. La frase es siempre justa, la imagen apropiada, el ritmo, suelto, bien logrado, fácil. No se advierte la tortura del que se esfuerza en hallar el término adecuado. Facilidad. Inspiración. Galanura. Y todo ello fluyendo naturalmente, como el agua en el manantial.

Agradecemos a Pla y Beltrán el sano deleite que nos ha proporcionado, y le deseamos el éxito franco que su obra merece.

METAFISICA CIENTIFICA, *por el doctor Eugenio Leante*.—Más valor encierra este libro por lo que sugiere que por lo que dice, y no dice poco. Lo primero que salta a la vista, no bien iniciada su lectura, es la enorme preparación científica del autor. Se ve que se ha cuidado de informarse, y de informarse bien, antes de darse por entero a la tarea de escribir. Después, destácase notablemente la particularidad de que el doctor

Leante ha meditado mucho acerca de sus copiosas lecturas, lo que le permite aportar ideas propias que expone con la claridad y fuerza persuasiva que avalora las grandes convicciones.

El doctor Leante es espiritualista y teósofo. A pesar, y quizá a causa de la extensión de sus lecturas científicas, no le basta lo fenomenalista, y recurre a lo trascendente. Sed de saber, de inquirir, de explicarse lo que la ciencia no explica, lo que confusamente entrevemos sin que podamos sujetarlo a experimentación, llamamos nosotros a eso.

De todos modos, independientemente del criterio del señor Leante, que puede ser compartido o rechazado por el lector, en esta obra resalta algo de un valor destacado y permanente, y que ha de satisfacer hasta a los menos inclinados a estudios y especulaciones de orden científico: el esfuerzo supremo de un hombre culto que estudia mucho y piensa más, tendente a disipar las nieblas de la ignorancia que nos circundan. Y esto ya es algo.

El lector podrá o no comulgar en las doctrinas del doctor Leante; pero es indudable que al leer «Metafísica científica» habrá enriquecido el caudal de sus conocimientos, habrá pasado unas horas de honesto deleite, y, lo que es mejor, se sentirá poderosamente estimulado a meditar acerca de muchos problemas de sumo interés e importancia.

EN PLEINE VIE, por *Jeanne Humbert*.—La autora de esta novela ha logrado plenamente el propósito de instruir deleitando, Admirablemente documentada acerca de los problemas más importantes que para el logro del bienestar y la regeneración humanas se debaten actualmente, ha sabido recoger y transmitirnos las mejores teorías puestas en circulación en revistas y tratados acerca del matrimonio y sus reformas, la educación física, el nudismo, la unión libre, el naturismo, la eugenesia, la educación sexual, la procreación razonable y cuanto se refiere a la superación moral y física del ser humano.

Pero no es esto lo que más admiramos en esta obra. Lo más sorprendente y lo más difícil en una novela de tesis, es hacer olvidar al lector que se trata la tesis propuesta, logrando que el interés del relato y la naturalidad de las situaciones den a la ficción categoría de cosa real y verdadera. Y esto es un mérito que debe consignarse en el haber de la autora de «En pleine vie».

La novela, escrita con soltura y claridad, abunda en descripciones de una fuerza ob-

jetiva y de una belleza sorprendentes. Los tipos, muy bien dibujados, rebosan humanidad y simpatía. La trama, sencilla, perfectamente llevada hasta el fin. Y en todas las páginas observaciones certeras, ideas sanas, perfecto dominio del tema.

Jeanne Humbert ha escrito una obra por todos conceptos digna de elogio y plena de un valor señero, y al mismo tiempo de un relevante mérito educativo y humano. Cuantos se preocupan de la regeneración del hombre y de cuanto puede contribuir a su dignificación y dicha, deben estar de enhorabuena con la aparición de esta hermosísima novela precursora.

CODINE, por *Panait Istrati*.—Editorial Cenit, S. A.—Madrid.—De cuantas narraciones hemos leído de Panait Istrati, «Codine» nos parece la mejor.

El protagonista de este relato, Codine, es un espíritu primitivo, hombre de pasiones violentas, con todo el ímpetu del instinto sin desbravar por la garlopa de lo que llamamos civilización y sin ningún freno posible impuesto por consideraciones morales o sociales. Hay, sin embargo, ternura auténtica en este tipo sensible a la amistad, e imbuido de un sentimiento de justicia bárbaro que le induce a proteger a su modo al débil, a vengar toda ofensa y a no abusar de su fuerza y vigor físico excepcionales.

La tragedia de esta vida tan admirablemente narrada por la pluma de Istrati, resulta del choque brusco de Codine contra la incomprensión y la injusticia. Es horriblemente feo, como tallado a golpes de hacha por un escultor primitivo, y esto le concita el odio de sus progenitores, que le tratan peor que a las bestias, y al par espanta e inspira risa a chicos y grandes. Esto hace nacer en su alma amargada un odio inextinguible y feroz contra todo. Apenas traspasado el dintel de la adolescencia, es ya un gigantón de formidable fuerza y comienza su desquite. Empezando por sus padres, devuelve con usura golpe por golpe. Es implacable como el destino. El menor gesto de burla lo subraya con los puños que caen como mazas, tundiendo al imprudente burlón. Mata. Se hace temer. Y aborrecer. No obstante, no es malo ni bueno. Es una criatura humana que responde a las impulsiones del instinto y va adonde las circunstancias le llevan. Es grande en todo, así en el amor como en el odio. Y esa es su mayor desgracia.

La tragedia concluye cuando la madre de

Codine, espoleada por el rencor y por el miedo, le asesina, vertiéndole en la boca, mientras duerme, dos litros de aceite hirviendo...

Harto conocido es el arte de Panait Istrati para que no tengamos necesidad de señalar el acierto en el dibujo de los tipos y en la descripción del ambiente, ni el interés apasionante que emana de la narración, la mejor sin duda alguna de cuantas debemos a este narrador genial.

LES EVENEMENTS DE PALESTINE VUS PAR UN NORD-AFRICAÏN, *por Victor Spielmann*.—En este libro Spielmann recoge cuanto la prensa de todos los matices ha dicho acerca de los acontecimientos y luchas sangrientas que se han producido entre musulmanes y judíos con motivo de la colonización de Palestina por los israelitas.

La documentación es extensa y bien seleccionada, y los comentarios de Spielmann atinadísimos e inspirados en un superior sentido de la justicia.

Es imposible, después de leer este interesantísimo libro, no darse por enterado de los orígenes de las luchas entabladas en Palestina ni de las intenciones de la Gran Bretaña al iniciar y prometer a los descendientes del pueblo de Israel la creación de un hogar nacional judío en Palestina. Spielmann pone los puntos sobre las íes, y hace un llamamiento a todos los oprimidos y a todos los que luchan contra la ola del fascismo imperialista que se extiende por todos los países del mundo, y aboga por la organización de una Asociación internacional potente para entablar una lucha, no de explotados contra explotados, sino de éstos contra los explotadores, sean de la nacionalidad que sean.

La colonización de Palestina por los judíos sólo beneficiará a los potentados, ingleses o judíos, que no exponen nada en la lucha, y en cambio arramblarán con cuanto haya que arramblar en el momento oportuno.

Tal se desprende del documentadísimo y bien ordenado libro de Spielmann, y a tal conclusión llegará sin mucho esfuerzo todo aquel que estudie los hechos y posea un adarme de sentido común.

SOBRE EL DON APACIBLE, *por Miguel Cholokhov*.—Diríase poseen los escritores rusos el raro privilegio de componer obras de raigambre universal, sean cuales fueren los asuntos que les sirvan de motivo.

Decimos esto a cuento de la hermosa novela de Cholokhov, «Sobre el Don apacible»,

cuya versión española nos ofrece hoy, editada con su acostumbrada pulcritud y buen gusto, la Editorial Cénit.

«Sobre el Don Apacible» es una de las obras más interesantes que acerca de la vida campestre se han traducido al castellano en estos últimos tiempos. Es la más acabada pintura de la vida y costumbres de los cosacos del Don, lograda felizmente, con una sencillez admirable y una riqueza de matices, de atisbos psicológicos, de observaciones certeras, verdaderamente magistral.

Cholokhov ha estudiado y vivido el ambiente que describe y observado con acierto los tipos que dibuja, y ha logrado cimentar y erigir con esos elementos, con sobrios trazos y con un procedimiento nada complicado, un verdadero monumento, un primoroso prodigio literario.

La vida, apacible y serena unas veces, trágica y extremecida de pasión, otras; las supersticiones, las costumbres, el complejo psicológico de esa raza impetuosa y bravía, que sueña y ama, odia, pelea y ambiciona y sufre en las márgenes rientes del Don; los misterios de las *isbas*, todo lo que constituye los afares y la vida del cosaco, está tratado y descrito en esta obra, de un modo difícilmente superable.

Novela de costumbres «Sobre el Don apacible» es, sin embargo, de una significación universal, por cuanto la vida que en ella se describe, aparte las características especiales del medio y las peculiaridades del paisaje, del clima, tiene una estrecha analogía con la vida, costumbres, supersticiones y textura moral de todos los campesinos de la tierra.

A tan señalados méritos es justo añadir la limpia sencillez de estilo, que no excluye la elegancia, el interés de la trama que no decae un punto, su fuerza emotiva y la perfecta vertebración y encadenamiento de los hechos que hacen del libro una novela interesante, amena, bien lograda.

ESCRITOS POLITICOS Y SOCIALES, *por Juan Antiga*. (Vol. I.)—Una colección de artículos escritos con sencillez y soltura, en los que se esbozan los temas más varios e interesantes, pero que a nosotros no logran convencernos.

El reformismo político propugnado por el doctor Antiga en esta obra, no nos merece el mayor crédito, por cuanto no creemos en la virtud de las leyes escritas para transformar y hacer feliz al hombre.

Más que la obra, nos ha interesado la per-



sonalidad del autor, cuya semblanza nos sirve al principio del volumen José Antonio Fernández de Castro.

El doctor Antiga ha sido un espíritu inquieto y un batallador muy estimable que ha sabido prodigar su vida en obras de utilidad y belleza. Esto despierta en nosotros un eco de simpatía, ya que no abundan los hombres que sepan y quieran hacer de su existencia un noble combate en pro de algo elevado y digno de ser vivido.

«Escritos políticos y sociales», aun no conociéndonos, vale la pena de ser estudiado. El doctor Antiga escribe bien y tiene la virtud de remover y sugerir en el ánimo del lector una rica floración de ideas. No es esto un mérito corriente, y por ello recomendamos gustosos sus lecturas.

DEL CAUTIVERIO, *por M. Ciges Aparicio*.—Editorial España.—Madrid.—Hemos leído algunas obras maestras describiendo la vida espeluznante de la prisión. Aun conservamos vivo y fresco en nuestra mente el recuerdo de las tristes desventuras que padeció Silvio Pellico, y relató después en el célebre libro «Mis prisiones». Todavía nos conmueve hondamente la rememoración de las páginas que escribiera Dostoiewski en su obra genial «La casa de los muertos». Hace pocas semanas que nos estremeció de horror el relato de sus cinco años de prisión (quince meses de celda y cuarenta y cinco de trabajos forzados) que en el libro recientemente publicado, «Los hombres en la cárcel», nos sirve Víctor Serge. Pues bien; esta obra de Ciges Aparicio, reimpresa ahora por la Editorial España, nos ha llegado más a lo vivo que ninguna otra por su intenso y trágico dramatismo, por su crudeza, por la rebeldía santa que transpira y porque el autor no se inhibe, no atenúa los horrores que ha vivido en horas interminables de suprema angustia, ni aconseja resignación. Al contrario. Ciges Aparicio acusa, vindicativo y rebelde, se insurge en todo momento, abofetea la faz de la sociedad y de los hombres pervertidos y corrompidos, que consuman tales horrores.

Sabido es que Ciges Aparicio sufrió dos años de prisión en la tristemente célebre fortaleza-presidio de la Habana, la Cabaña, adonde le hizo encerrar Weyler para castigarle por su atrevimiento al escribir un artículo censurando a las autoridades españolas cuando la última guerra de Cuba. De aquel cautiverio nació este libro trágico.

Ciges Aparicio no silencia ni disimula na-

da de cuanto viera y viviera en la fatídica fortaleza. Las costumbres depravadas de los presos, sus perversiones, sus vilezas; lo infame del régimen penitenciario, las brutalidades, las sevicias de que se hace víctima al que cae en el terrible antro; la influencia corruptora que ejerce sobre la inmensa mayoría de los presos la obligada convivencia con delincuentes de toda laya; su absoluta incapacidad correctiva; la innoble explotación de que se hace objeto al encarcelado; la eterna infamia que representa el sostenimiento de esos pudrideros de hombres que sólo sirven para vengar por la sociedad las mismas faltas que la sociedad no previno y con sus injusticias y corrupciones incubó; todo lo que de odioso tiene el sistema aparece vivo y pujante en cada página de este libro sin par, y aparece con la fuerza de un torrente embravecido, como una acusación formidable, como un alegato sombrío, contra los que tal iniquidad consienten, sostienen y perpetúan.

Un gran libro, sí. Lo mejor y lo más vigoroso y lo más crudamente sincero que sobre el particular hemos leído. Leer esta obra predispone al ánimo peor dispuesto a luchar por que las cárceles, baldón e ignominia de nuestros tiempos, dejen de recortar su odiosa silueta en las ciudades y sean sustituidas por reformatorios y sanatorios, hasta que la educación y la extinción de la injusticia social, suavizando las costumbres, borren de la faz de la tierra el crimen y la vesania...

H. N. R.

## ESTUDIOS

REVISTA ECLECTICA MENSUAL

PRECIOS DE SUSCRIPCION  
PAGO ANTICIPADO

Para España, Portugal y América: Un año  
(12 números) ..... 6'50  
Para los demás países: Un año (12 números) 8'00

Incluido el número *Almanaque de 1.º de año*.  
La suscripción puede empezarse en cualquier mes.

Número suelto, 50 céntimos

A corresponsales y libreros el 20 % de descuento, libre de gastos de envío.

Se desean corresponsales.

Toda correspondencia, giros, etc., diríjase al Administrador: J. Juan Pastor.—Apartado 158.—VALENCIA (España).

## EL GATO NEGRO



No espero ni quiero que se dé crédito a la historia más extraordinaria, y no obstante, más familiar, que voy a referir. Verdaderamente yo estaría loco si así lo creyera, tratándose de un caso en que mis mismos sentidos rechazan su propio testimonio. Sin embargo, no estoy loco, y positivamente no sueño. Pero puedo morir mañana, y hoy quisiera aliviar mi espíritu. Mi deseo inmediato es mostrar al mundo, clara, sucintamente y sin comentarios, una serie de sencillos acontecimientos domésticos, que por sus consecuencias me han aterrado, me han torturado, me han anonadado. A pesar de todo, no trataré de esclarecerlos. A mí casi no me han producido más que horror; a muchas personas les parecerán menos terribles que extravagantes. Acaso más tarde haya una inteligencia que reduzca mi fantasma al estado de lugar común; alguna inteligencia más serena, más lógica y mucho menos excitable que la mía, que sólo encontrará en las circunstancias que relato con terror una sucesión corriente de causas y de efectos esencialmente naturalísimos.

Desde mi infancia sorprendió la docilidad y humanidad de mi carácter. Mi ternura de corazón era incluso tan notable, que había hecho de mí el juguete de mis camaradas. Sentía una verdadera pasión por los animales, y mis padres me permitieron poseer una gran variedad de favoritos. Yo pasaba con ellos casi todo el tiempo y nunca me consideraba tan feliz como cuando les daba de comer o los acariciaba. Esta particularidad de mi carácter aumentó con los años, y cuando llegué a hombre hice de ella una de mis principales fuentes de gozo. Los que han profesado afecto a un perro fiel y sagaz, no necesitan que se les explique la naturaleza o la intensidad de los goces que ello puede producir. Hay en el amor desinteresado de un animal, en el sacrificio de sí mismo, algo que llega directamente al corazón del que ha tenido frecuentemente ocasión de comprobar la amistad mezquina y la fidelidad frágil del *hombre natural*.

Me casé joven, y tuve la fortuna de descubrir en mi mujer una disposición simpática a la mía. Observando mi gusto por estos favoritos domésticos, no perdió ocasión alguna de proporcionármelos de la especie más agradable. Tuvimos pájaros, un pez dorado, un hermoso perro, conejos, un mono chiquitín y un gato.

Este último era un animal muy robusto y bello, completamente negro y de maravillosa sagacidad. Hablando de su inteligencia, mi mujer, que en el fondo era algo supersticiosa, hacía frecuentes alusiones a la antigua creencia popular, que tomaba a todos los gatos negros por brujas disfrazadas. Ello no quiere decir que hablase siempre en serio sobre este punto, y si lo consigno es sencillamente porque ahora se me viene a la memoria. «Plutón» —así se llamaba el gato— era mi preferido, mi camarada. Sólo yo le daba de comer y él me seguía por la casa adondequiera que fuese. Incluso me costaba trabajo llegar a impedirle que me siguiese por las calles.

Nuestra amistad subsistió así algunos años, durante los cuales el conjunto de mi carácter y de mi temperamento, por obra del demonio de la intemperancia —me sonroja el confesarlo—, sufrió una alteración radicalmente funesta. De día en día fui volviéndome más taciturno, más irritable, más indiferente a los sentimientos ajenos.

Me permití emplear con mi mujer un lenguaje brutal, y, a la larga, llegué a infligirla incluso violencias personales. Mis pobres favoritos, naturalmente, debieron notar el cambio de mi carácter. No solamente no hacía caso de ellos, sino que los maltrataba. En cuanto a «Plutón», no obstante, aún me merecía la consideración suficiente para no pegarle; en cambio, no sentía escrúpulo alguno en maltratar a los conejos, al mono y hasta al perro, cuando por azar o por cariño se cruzaban en mi camino. Pero mi mal iba secuestrándose, porque ¿qué mal puede compararse con el alcohol? Y andando el tiempo, «Plutón» mismo,

que envejecía y, naturalmente, se iba haciendo un poco huraño, comenzó a conocer los efectos de mi perverso carácter.

Una noche, al regresar a casa muy borracho, de vuelta de uno de mis habituales escondrijos del barrio, creí que el gato eludía mi presencia. Lo cogí, pero él, espantado de mi violencia, me hizo en la mano con sus dientes una ligera herida. Repentinamente se apoderó de mí un furor demoníaco. Dejé de conocerme; mi alma original pareció abandonar de pronto mi cuerpo, y una ruindad superdiabólica, saturada de ginebra, se infiltró en cada fibra de mi ser. Saqué del bolsillo del chaleco un cortaplumas, lo abrí, agarré al pobre animal por la garganta y, deliberadamente, le vacié un ojo... Enrojezco, me abraso, me estremezo al escribir esta abominable atrocidad.

Cuando, al amanecer, recuperé la razón; cuando se hubieron disipado los vapores de mi crápula nocturna, experimenté un sentimiento mitad horror, mitad remordimiento, por el crimen de que me había hecho culpable; pero era, todo lo más, un débil y equívoco sentimiento, y el alma no suirió sus acometidas. Torné a sumirme en los excesos, y bien pronto ahogué en el vino todo recuerdo de mi acción.

Entretanto, el gato curó lentamente. La órbita del ojo perdido presentaba, es verdad, un aspecto horroroso; pero después, con el tiempo, no pareció darse cuenta de ello. Iba y venía por la casa según su costumbre; mas, como debí suponerlo, en cuanto veía que me acercaba a él huía atemorizado. Aún me quedaba lo bastante de mi antiguo corazón para que me afligiese aquella ostensible antipatía en una criatura que tanto me había querido en otra época. Pero este sentimiento no tardó en ceder su puesto a la irritación. Y entonces brotó, como para mi caída final e irrevocable, el espíritu de *perversidad*, espíritu del que la filosofía no se cuida ni poco ni mucho. Sin embargo, tan seguro como que existe mi alma, creo que la perversidad es uno de los primitivos impulsos del corazón humano, una de las indivisibles primeras facultades o sentimientos que dan la dirección al carácter del hombre... ¿Quién no se ha sorprendido cien veces cometiendo una acción necia o vil, por la única razón de que le constaba que no debía cometerla? ¿No tenemos una perpetua inclinación, pese a la excelencia de nuestro juicio, a violar lo que es la *Ley*, simplemente porque comprendemos que es la *Ley*? Este espíritu de perversidad, digo, vino a producir mi ruina completa. El deseo ardiente, insondable, del alma de *atormentarse a sí misma*, de violentar su propia naturaleza, de hacer el mal por amor del mal, me impulsaba a proseguir y últimamente a consumir el suplicio que había infligido al inofensivo animal. Una mañana, a sangre fría, ceñí un nudo corredizo alrededor de su cuello y lo ahorqué de una rama de un árbol; lo ahorqué, anegados en lágrimas mis ojos, con el remordimiento más amargo en el corazón; lo ahorqué *porque* yo sabía que él me había querido y *porque* reconocía que no me dió motivo alguno para encolerizarme; lo ahorqué *porque* yo sabía que haciéndolo cometía un pecado, un pecado mortal que comprometía mi alma inmortal, hasta el punto de colocarla, si tal cosa era posible, lejos de la misericordia infinita del muy misericordioso y muy terrible Dios.

En la noche siguiente al día en que fué cometida tan cruel acción, despertóme del sueño el grito de ¡fuego! Las cortinas de mi lecho ardían. Toda la casa era una hoguera. No sin gran dificultad escapamos del incendio mi mujer, un criado y yo. La destrucción fué completa. Quedé arruinado y desde entonces me entregué a la desesperación.

No intento establecer una relación de causa a efecto entre la atrocidad y el desastre: estoy por encima de esta debilidad. Pero doy cuenta de una cadena de hechos, y no quiero omitir ni un solo eslabón. El día que siguió al incendio visité las ruínas. Las paredes se habían derrumbado, excepto una, y esta sola excepción fué un tabique interior poco grueso, situado casi en la mitad de la casa y contra el cual daba la cabecera de mi lecho. La casa había allí en gran parte resistido a la acción del fuego, hecho que atribuí a que recientemente había sido renovada. Alrededor de aquella pared congregábase la multitud, y muchas personas parecían examinar una parte de ella con minuciosa y viva atención. Las palabras análogas «¡extraño!», «¡singular!» y otras expresiones semejantes excitaron mi curiosidad. Me aproximé y vi, semejante a un bajorrelieve esculpido sobre la blanca superficie, la figura de un *gato* gigantesco. La imagen estaba copiada con exactitud verdaderamente maravillosa. Alrededor del cuello del animal veíase una cuerda.

Apenas vi esta aparición, porque yo no podía menos de considerar esto como una aparición, mi asombro y mi temor fueron extraordinarios. Pero, al fin, la reflexión vino en mi

ayuda. El gato —yo lo recordaba— había sido ahorcado en un jardín adyacente a la casa. A los gritos de alarma el jardín fué inmediatamente invadido por la muchedumbre y el animal debió haber sido descolgado del árbol por alguien y arrojado a mi cuarto por alguna ventana abierta. Indudablemente, esto se hizo con el fin de despertarme. La caída de las demás paredes había comprimido a la víctima de mi crueldad en la sustancia del yeso recientemente extendido; la cal del muro, combinada con las llamas y el amoníaco del cadáver, produjo la imagen tal cual yo la veía.

Aunque así satisficé prontamente a mi razón, ya que no por completo a mi conciencia, en cuanto al sorprendente suceso que acabo de referir, no dejó de grabar en mi imaginación una huella profunda. Durante varios meses no pude desembarazarme del fantasma del gato, y en todo este período de tiempo nació en mi alma un semisentimiento que se parecía, aunque no lo era, al remordimiento. Llegué hasta a lamentar la pérdida de la bestezuela y a buscar en torno mío, en los tugurios miserables que a la sazón frecuentaba habitualmente, otro favorito de la misma especie y de facciones parecidas que le supliera.

Una noche, hallándome sentado, medio aturdido, en un figón más que infame, atraído repentinamente mi atención un objeto negro que yacía en lo alto de uno de los inmensos toneles de ginebra o ron que componían el principal moblaje de la sala. Desde hacía algunos momentos miraba hacia lo alto del tonel y lo que me sorprendía era no haber advertido el objeto colocado encima. Acerqueme a él, tocándole con la mano. Era un gato negro; un gato enorme, por lo menos tan gordo como «Plutón», al que se parecía absolutamente, excepto en un detalle: «Plutón» no tenía ni un pelo blanco en todo el cuerpo; éste lucía un rasguño ancho y blanco, pero de forma indecisa, que le cubría casi toda la región del pecho.

Apenas le hube tocado se levantó de súbito roncoteando sonoramente, restregóse contra mi mano y pareció satisfecho de mi atención. Era, pues, el verdadero animal que yo buscaba. Me apresuré a proponer su adquisición al dueño, pero éste no se interesó por el animal: no le conocía ni le había visto nunca hasta entonces.

Continué mis caricias, y cuando me disponía a volver a mi casa, el animal se mostró dispuesto a acompañarme. Permiósele, e inclinándose de vez en cuando, fué acariciándole mientras caminaba.

Cuando llegó a mi casa se encontró como en la suya y convirtiéndose enseguida en el mejor amigo de mi mujer.

Por mi parte, no tardó en engendrarse en mí una antipatía contra él. Era precisamente lo contrario de lo que yo había esperado; pero —no sé ni cómo ni por qué sucedió esto— su evidente ternura me enojaba y casi me fatigaba. Poco a poco estos sentimientos de disgusto y fastidio ascendieron hasta a la amargura del odio. Yo esquivaba su presencia; una especie de sensación de vergüenza y el recuerdo de mi primer acto de crueldad me impidieron maltratarle. Durante algunas semanas me abstuve de pegar al gato o de tratarle violentamente; pero de un modo gradual, insensible, llegué a sentir por él indecible horror y a eludir silenciosamente su odiosa presencia como si huyera de la peste.

Lo que aumentó, sin duda, mi odio contra el animal fué el descubrimiento que hice por la mañana, después de haberlo traído a casa, de que, como «Plutón», él también había sido privado de uno de sus ojos. Semejante circunstancia, empero, contribuyó a hacerle más grato a mi mujer, que, como ya he dicho, poseía en alto grado la ternura de sentimiento que antaño fué mi rasgo característico y el manantial frecuente de mis placeres más sencillos y puros.

Sin embargo, el cariño del gato para conmigo parecía acrecentarse en razón directa de mi aversión contra él. Seguía mis pasos con una tenacidad que sería difícil hacer comprender al lector. Siempre que yo me sentaba, él acurrucábase bajo mi silla o saltaba sobre mis rodillas, cubriéndome con sus caricias horrorosas. Si me levantaba para andar, él se metía entre mis piernas y casi me derribaba a tierra, o bien, clavando sus largas y agudas garras en mis ropas, trepaba de esta manera hasta mi pecho. En aquellos momentos, aunque yo desease matarle de un golpe, me lo impedía, en parte, el recuerdo de mi primer crimen y principalmente —debo apresurarme a confesarlo— el verdadero terror del animal.

Este terror no era positivamente el terror de un mal físico, y, sin embargo, me sería muy difícil definirlo de otra manera. Casi me avergüenza confesarlo, sí; aun en esta celda de malhecho, casi me avergüenza el confesar que el terror y el horror que me inspiraba el animal había aumentado a causa de una de las quimeras más perfectas que es posible con-



cebir. Mi mujer había llamado mi atención no pocas veces sobre el carácter de la mancha blanca de que he hablado y que constituía la única diferencia visible entre el animal extraño y el que yo maté. El lector recordará, sin duda, que esta marca, aunque grande, era primitivamente de forma indefinida; pero lentamente, por grados —por grados imperceptibles, y que mi razón se esforzó largo tiempo en considerar como imaginarios—, había acabado por adquirir una rigurosa nitidez de contorno. A la sazón era la imagen de un objeto que me hace temblar al nombrarlo: era lo que, sobre todo, me hacía mirarle como monstruo de horror y repugnancia, y lo que me habría impulsado a librarme de él *si me hubiera atrevido*; era ahora, digo, la imagen de una abominable, de una siniestra cosa: ¡la imagen de la horca! ¡Oh, lúgubre y terrible máquina, máquina de horror y de crimen, de agonía y de muerte!

Y entonces yo era, en verdad, un miserable, más allá de la miseria posible de la humanidad. ¡Una bestia bruta —cuyo hermano aniquilé con desprecio—, *una bestia bruta* engendrada en mí —en mí, hombre formado a la imagen del Dios Altísimo—, un tan grande e intolerable infortunio! ¡Ay! Yo ya no conocía la beatitud del reposo ni de día ni de noche! Durante el día el animal no me dejaba solo ni un instante, y por la noche, a cada momento, cuando salía de mis sueños llenos de angustia indefinible, era para sentir el tibio aliento de la *cosa* sobre mi rostro y su inmenso peso, encarnación de una pesadilla que yo no podía ahuyentar, eternamente posada en mi corazón.

Bajo la presión de tales tormentos lo poco de bueno que quedaba en mí sucumbió. Pensamientos infames vinieron a ser mis íntimos; los más sombríos y más infames de todos los pensamientos. La tristeza de mi humor habitual acrecentó hasta aborrecer a todas las cosas y a la humanidad entera; sin embargo, mi mujer, que no se quejaba nunca, ¡ay!, era mi paño de lágrimas ordinario, la víctima más paciente de las repentinas, frecuentes e indomables erupciones de una furia a la que ciegamente me abandoné desde entonces.

Un día me acompañó, para un quehacer doméstico, al sótano de un viejo edificio donde nuestra pobreza nos obligaba a vivir. El gato me seguía por los agudos peldaños de la escalera, y habiéndome hecho tropezar de cabeza, me exasperó hasta la locura. Requiriendo un hacha y olvidando en mi ira el temor pueril que hasta entonces había detenido mi mano, dirigí al animal un golpe que hubiera sido mortal si le hubiera alcanzado, como quería; pero el golpe fué detenido por la mano de mi mujer. Esta intervención me produjo una rabia más que diabólica: desembaracé mi brazo del obstáculo y le hundí el hacha en el cráneo. Mi mujer cayó muerta instantáneamente, sin exhalar un gemido.

Realizado tan horrible asesinato, me puse inmediata y resueltamente a tratar de esconder el cuerpo. Comprendí que no podía hacerlo desaparecer de la casa, ni de día ni de noche, sin correr el peligro de que me observasen los vecinos. Varios proyectos asaltaron mi mente. Por un momento pensé en dividir el cadáver en pedazos pequeños y arrojarlos al fuego. Después resolví cavar una fosa en el piso de la cueva. Luego pensé arrojarlo al pozo del patio; luego embalarlo en un cajón, como una mercancía, en la forma de costumbre, y encargar a un mandadero que se lo llevase de casa. Por último, me detuve ante un expediente que consideré el mejor de todos. Determiné emparedarlo en el sótano, como dicese que los monjes de la Edad Media hacían con sus víctimas. La cueva parecía hecha a propósito para semejante designio. Los muros estaban contruídos descuidadamente y hacía poco habían sido cubiertos, en toda su extensión, de una gruesa capa de yeso que la humedad no dejó endurecer. Además, en uno de los muros había un saliente, producido por una chimenea postiza, o especie de hogar, que quedó tapado y arreglado de la misma manera que el resto del sótano. No dudé que me sería fácil quitar los ladrillos de aquel sitio, introducir allí el cadáver y emparedarlo del mismo modo, de suerte que ninguna mirada pudiera descubrir nada sospechoso.

Y no me engañó mi cálculo. Con auxilio de una palanca quité sin la menor dificultad los ladrillos, y habiendo aplicado cuidadosamente el cuerpo contra el muro interior, lo sostuve en esta postura hasta que pudiera restablecer, sin gran trabajo, toda la fábrica en su estado primitivo. Habíendome procurado una argamasa de cal y arena con todas las precauciones imaginables, preparé una capa que no podía distinguirse de la antigua y cubrí con ella escrupulosamente el nuevo tabique. Cuando acabé vi que todo quedaba a maravilla. El muro no presentaba la más ligera señal de arreglo. Recogí todos los escombros

con el mayor cuidado y barrí el suelo. Miré triunfalmente en torno mío y me dije: «Aquí, por lo menos, mi trabajo no ha sido infructuoso.»

Mi primer pensamiento fué buscar al animal que había sido causa de desgracia tan grande, porque, al fin, había resuelto darle muerte. Si hubiera podido encontrarle en aquel momento, su destino era inevitable; pero parecía que el artificioso animal se había alarmado ante la violencia de mi reciente cólera y tenía cuidado de no presentarse, desafiando mi malhumor. Es imposible describir o imaginar la profunda, la apacible sensación de alivio que la ausencia de la detestable criatura trajo a mi corazón. No se presentó en toda la noche, y así fué la primera que gocé desde su entrada en la casa, y dormí tranquila y profundamente; sí, *dormí* con el peso de aquel asesinato sobre el alma.

Transcurrieron el segundo y el tercer día y sin embargo mi verdugo no vino. Una vez más respiré como un hombre libre. ¡El monstruo, en su terror, había abandonado para siempre aquellos lugares! ¡Ya no volvería a verle! Mi dicha era suprema. La criminalidad de mi tenebrosa acción me inquietaba muy poco. Incoóse una especie de sumario, el cual apuró poco las averiguaciones. También se dispuso un reconocimiento; pero, naturalmente, no podía descubrirse nada. Yo daba por asegurada mi felicidad futura.

Al cuarto día de cometido el asesinato, un tropel de agentes de policía se presentó inopinadamente en la casa y procedió de nuevo a una rigurosa investigación del local. Confiado, no obstante, en la impenetrabilidad del escondrijo, no experimenté turbación alguna. Los agentes me hicieron acompañarles en sus pesquisas. Exploraron hasta el último rincón. Al fin, por tercera o cuarta vez, bajaron a la cueva. No me alteré lo más mínimo. Mi corazón palpitaba pacíficamente como el de un hombre que duerme en la inocencia. Recorrí de extremo a extremo el sótano, crucé los brazos sobre el pecho y me paseé indiferente de un lado a otro. La policía, plenamente satisfecha, se disponía a salir de allí. El júbilo de mi corazón era demasiado intenso para reprimirlo. Me abrasaba el deseo de decir una palabra, una palabra nada más, a modo de triunfo, y hacer dos veces evidente su convicción respecto de mi inocencia.

—Señores — dije al fin, cuando aquella gente subía la escalera—, me complace haber desvanecido sus sospechas. A todos ustedes les deseo buena salud y un poco más de cortesía. Y, dicho sea de paso, señores, aquí tienen una casa bien construída de veras (en mi rabioso deseo de decir alguna cosa con aire deliberado, apenas sabía lo que hablaba); puedo asegurar que esta es una casa *admirablemente* construída. Estos muros... ¿Se marchan ustedes, señores? Estos muros están construídos con gran solidez.

Y entonces, por una baladronada frenética, golpeé fuertemente con un bastón que tenía en la mano precisamente sobre la pared del tabique detrás del cual yacía el cadáver de la esposa de mi corazón.

¡Ah, que por lo menos me proteja Dios y me libre de las garras del Archidemonio! Apenas el eco de mis golpes se hundió en el silencio, cuando una voz me respondió desde el fondo de la tumba: una queja, primero, velada y entrecortada como el sollozo de un niño; luego, enseguida, hinchada en un grito prolongado, sonoro y continuo, completamente anormal y antihumano, un alarido, un aullido mitad horror, mitad triunfo, como puede brotar solamente del infierno; horrible armonía que surgiera a la vez de las gargantas de los condenados en sus torturas y de los demonios holgándose en la condenación.

Expresaros mis pensamientos sería una locura. Me sentí desfallecer y caí tambaleando contra el muro opuesto. Durante un momento, los agentes detuviéronse en los escalones, atónitos de terror; un instante después una docena de brazos robustos trajinaban en la pared, que cayó a tierra de un golpe. El cadáver, ya muy desfigurado y cubierto de sangre coagulada, apareció rígido ante los ojos de los circunstantes.

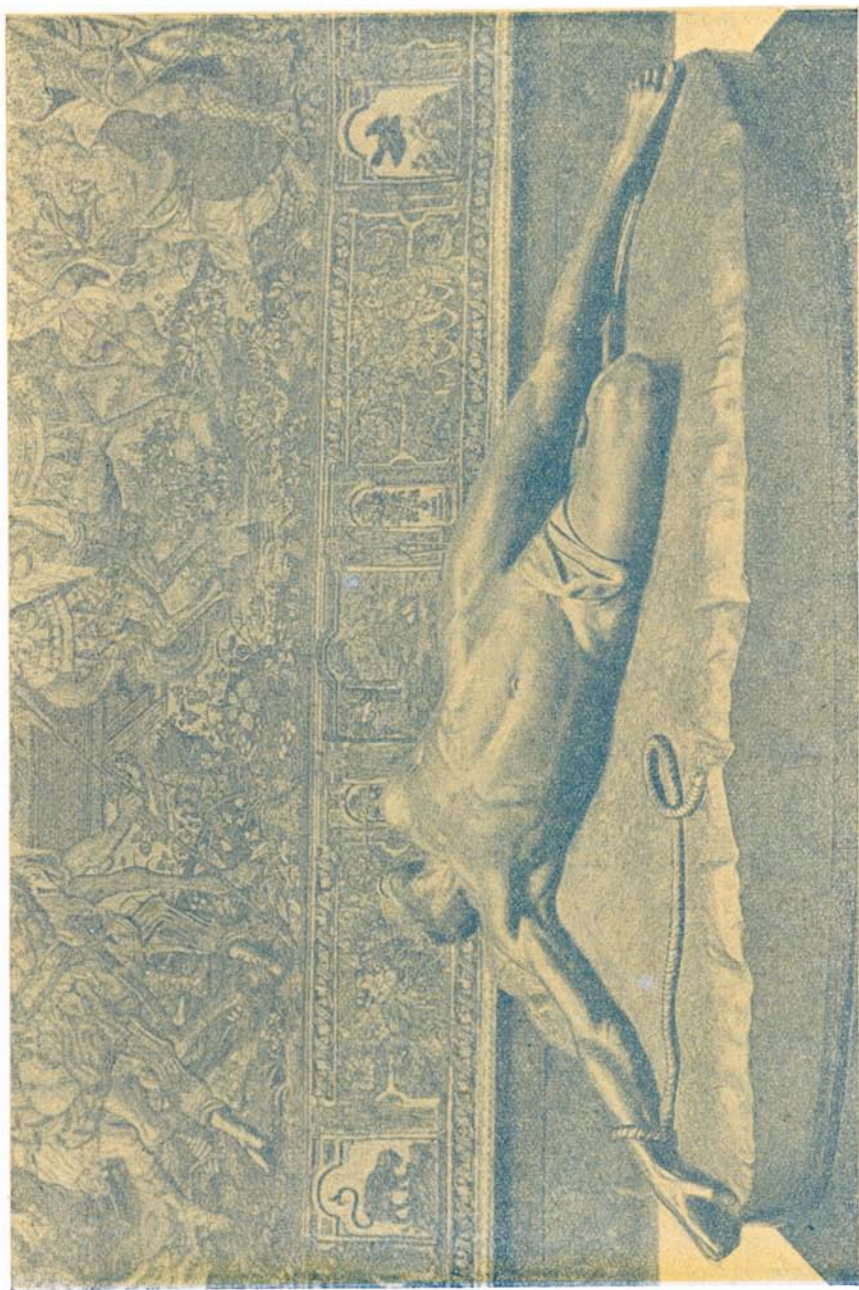
Sobre su cabeza, con las rojas fauces dilatadas y el ojo único llameante, posábase el odioso animal cuya astucia me indujo al asesinato y cuya voz reveladora me entregaba al verdugo. ¡Yo había emparedado al monstruo en la tumba!...

Una página maestra

## De la compasión

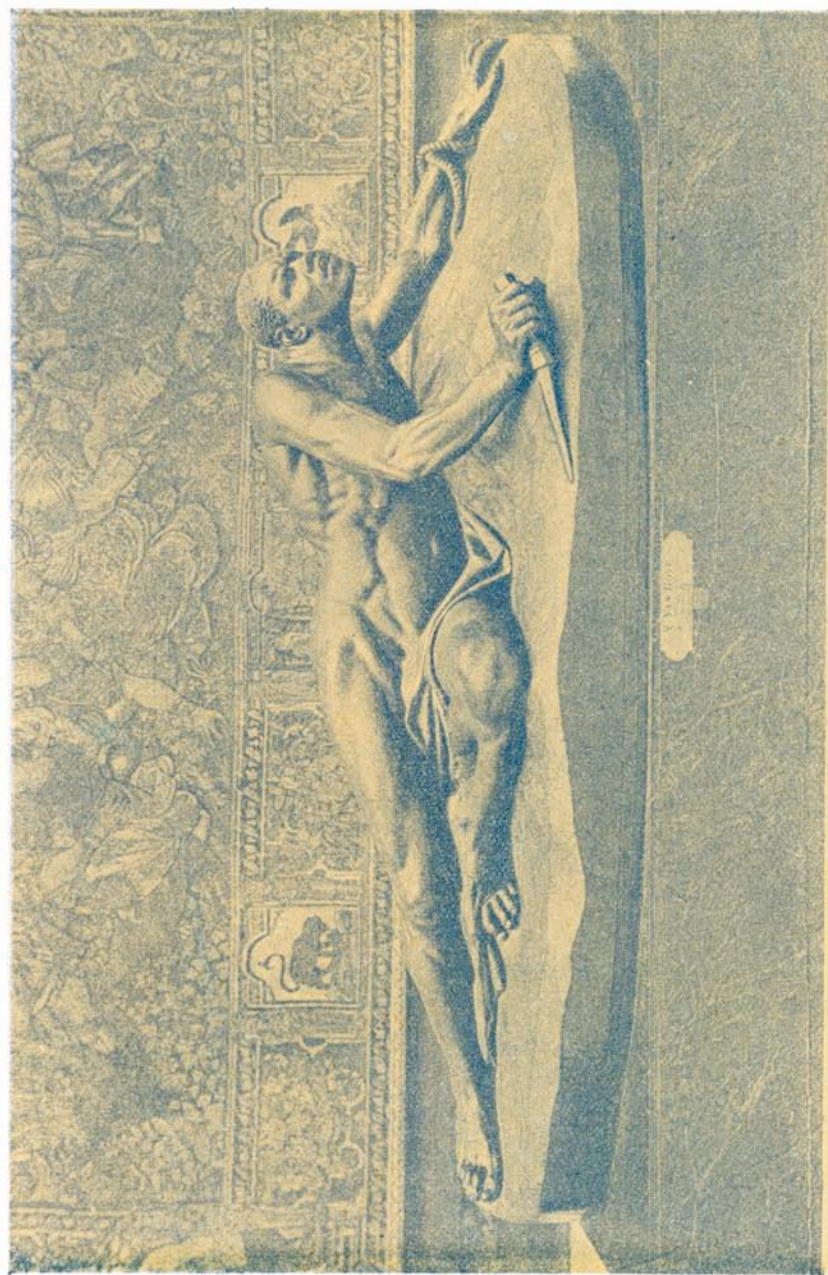
Así como el desear es la más desdichada de todas las artes de solista, el compadecer, en el sentido en que se toma habitualmente, es la más desdichada de todas las virtuosidades y habilidades sociales. La compasión está bien lejos de beneficiar al que sufre; más bien cobijase y cultivase en ella meramente el propio egoísmo. La «compasión» sirve de dispensa para no meditar en un sentido profundo sobre nada semejante. Sólo cuando el compasivo se conduce en su compasión, respecto del que padece, de tal suerte que comprende en el sentido más estricto que es de su causa de la que se trata; sólo cuando sabe identificarse con el padece de tal suerte que, luchando por una explicación, lucha por sí mismo y abjura de toda vaciedad intelectual, flaqueza y cobardía: sólo entonces cobra sentido la compasión, y sólo entonces toma acaso su sentido peculiar, diferenciándose el que compadece del que padece, por padecer el primero de un modo más elevado. Cuando el que compadece se conduce así respecto del que padece, no se trata de un par de palabras de consuelo, de una limosnita, de un encogerse de hombros; pues si alguien se lamenta, es que tiene algún motivo para lamentarse. Si lo demoníaco es un azar del destino, puede alcanzar a todos. Esto es innegable, aunque en nuestra época de cobardía se haga todo lo posible para mantener una idea solitaria, en lontananza, usando de toda clase de medios de distracción, de empresas charlatanescaamente anunciadas con la *marcha de los gentzaros*; como en los bosques de América, se mantiene lejos del campamento a los animales feroces por medio de antorchas, gritos y golpes de platillos. De aquí procede que en nuestro tiempo llegue a saberse tan poco de las supremas luchas espirituales; pero tanto más, en cambio, de todos los frívolos conflictos entre el hombre y la mujer, que trae consigo una refinada vida de sociedad y sa-raos. Cuando la verdadera compasión humana toma al padecer por fiador y deudor subsidiario, sólo se saca en limpio hasta qué punto se halla interesado el destino y hasta qué punto la culpa. Y es menester desarrollar esta distinción con la pasión pesarosa y al par enérgica de la libertad, de suerte que sea lícito sostenerla, aunque se derrumbara el mundo entero, e incluso aunque pareciese que se causaban irreparables daños con semejante impavidez.

KIERKEGAARD



ESCLAVO DESPUES DE LA PALIZA, por V. Van Hove (Museo de Bruselas)





LA VENGANZA, por V. Van Hove (Museo de Brusel'as)

las páginas más optimistas realzan en gran manera el valor de la obra total. La actitud de plena seguridad revelaría ignorancia. No cae nunca Mella en este callejón sin salida. Afirmaciones de hombre de acción, sí, pero con una nota, escondida muchas veces, en la que el pensamiento pone freno a la actitud demasiado segura. No son fáciles de recorrer los caminos de grandes propósitos. Si alguna vez, de un salto, se coloca en el final, luego medita las dificultades de este salto, sólo factible con el pensamiento. Doblemente sugeridores, por esto, sus trabajos. Dan la lección completa. Afirmativos nada más, no darían ninguna lección valedera. Y la lección está preñada de simpatía, que es cómo las lecciones dan fruto.

**Ideario** es el primer volumen de las obras completas del autor. Si el propósito de los editores se cumple, Mella será, por fin, conocido realmente y como se merece.

El libro está editado con gusto y con un criterio de selección digno de elogio. No se habían visto muchos libros, en España, editados por libertarios, como **Ideario**. Ricardo Mella era acreedor a este homenaje, el más íntimo de todos y el más acorde con su vida y su pensamiento.—Precio, 5 pesetas.

**El mundo agonizante**, por Campio Carpio.—Es éste un libro duro como el acero, recio como el roble y rebelde como el cardo; grito de alerta ante el peligro de muerte que amenaza al mundo en este momento de tristeza, de desolación y tedio; ofrenda de un corazón libre, sin más intereses creados que los contraídos consigo mismo y con la humanidad doliente, a un ideal de paz, de libertad y de justicia.—Precio, 3 pesetas.

**También América**, por Campio Carpio.—Este libro es el reflejo de una lucha a vida o muerte entre la violencia y la libertad; grito de guerra contra las bárbaras tiranías, que por medio del terror conmueven al mundo en este momento de cobardías y claudicaciones; anatema contra los enemigos de la libertad.—Precio, 4 pesetas.

**Higiene de la vida sexual**, por el doctor Max Gruber.—Una obra de valor incalculable, de utilidad indiscutible, es el libro de Max Gruber. De las muchas obras conocidas acerca de la vida sexual, pocas podrán igualarse en claridad y sencillez, a la vez que en exposición metódica y ordenada de los conocimientos necesarios, cualidad ésta que la coloca entre las mejores obras de este género, pues en sus páginas aprende con facilidad el más neófito en estas cuestiones del sexo. «No debe permitirse—dice el doctor Gruber, al final de esta obra—que el número de niños aumente de tal modo, que sea imposible para la familia el alimentarlos y educarlos; se debe evitar engendramiento de niños que tengan la posibilidad de nacer enfermizos o raquíticos.» Estas palabras revelan la moralidad racional y humana que inspira a su autor al escribir esta obra. Que a tan nobles propósitos se corresponda leyendo y recomendándola, es misión de cuantos sepan el valor de estos conocimientos.—Precio, 1'50 pesetas.

**Educación y crianza de los niños**, por Luis Kunhe.—Consejos a los padres, preceptores y educadores. Librito de alto valor biológico y de utilidad inapreciable.—Precio, 1 pta.

**El Vegetarismo**, por Carlos Brandt.—Esta obra está considerada, con justicia, como una de las mejores, si es que hay alguna que la aventaje, de la ya vasta literatura moderna naturista. En efecto, la pluma galana y sutil de Carlos Brandt, movida al impulso de la lógica incontrovertible, el concepto diáfano que subyuga y convenció, abriendo nuevos e insospechados horizontes al lector, lograron esta bella obra, a la que deben hermosos y eficaces conocimientos a la par que nuevas normas de vida sana y optimista, la generación actual de hombres de firme voluntad y de nobles ansias de vida natural.—Precio, 3 pesetas.

**Enfermedades del Estómago**, por el doctor

T. R. Allinson.—Compendiado y documentadísimo tratado acerca de las enfermedades del estómago y sus causas, medios y tratamientos para combatirlas, seguido de un tratado alimenticio racional. Librito de gran utilidad y eficacia indiscutible.—Precio, 1 peseta.

**Enfermedades del aparato respiratorio**, por el doctor T. R. Allinson.—Tratado conciso y breve, pero metódico y bien definido, repleto de prácticas y racionales enseñanzas para evitar, tratar y combatir las diferentes enfermedades del aparato respiratorio. Un librito que nunca se ponderará bastante por su gran eficacia y por las normas científicas en él expuestas para la conquista de la salud.—Precio, 1 peseta.

**Reumatismo**, por el doctor T. R. Allinson.—Sus causas, síntomas, complicaciones, resultados, tratamiento.—Precio, 0'50 pesetas.

**Los Vegetales (Génesis y milagros)**, por el doctor Arthur Vasconcellos.—Es bien conocida en el campo naturista la alta personalidad y el prestigio científico del doctor Vasconcellos. El presente librito es uno de los mejores tratados acerca de los vegetales como alimento natural del hombre, sus propiedades y su valor fisiológico.—Precio, 1 peseta.

**Los microbios y el Naturismo**, por el doctor Arthur Vasconcellos.—La teoría microbiana, sobre la que fundamenta la Medicina oficial su base experimental como origen de todas las enfermedades, es rebatida en este librito desde el punto de vista de la teoría naturista, que desecha todo el fárrago mercantil y venenoso de sueros y específicos, buscando en la vida natural e higiénica la verdadera fuente de salud.—Precio, 0'50 pesetas.

**Un viaje por Icaria**, por E. Cabet.—Descripción de un nuevo sistema de convivencia humana. Cabet es uno de los precursores del comunismo. Su concepción es digna de estudiarse y contrastarse con otras nuevas y más modernas teorías.—Dos tomos, 8 pesetas.

**Evangelio Naturista**, por el doctor Arthur Vasconcellos.—Hermosa elegía del ideal naturista; evangelio de la vida y de la salud.—Precio, 0'50 pesetas.

**Humano ardor**, por Alberto Giraldo.—(Memorias de Salvador de la Fuente). Libro de luchas vividas, emocionante y de mucha y provechosa enseñanza. Giraldo es de sobra conocido para que hagamos una apología de su obra. Su nombre y su historia de luchador dicen de sobra el crédito de que goza su literatura rebelde y humanista.—Un tomo, 5 pesetas.

**Emilio o la Educación**, por J. J. Rousseau.—Este libro de educación que basó un sistema y consumó una idealidad en Pedagogía, no debe faltar en ninguna biblioteca de hombre estudioso.—Precio 4 pesetas.

**En la línea recta**, por Eusebio C. Carbó.—Sabido es que el movimiento naturista, que cada día adquiere nuevos incrementos, adolece, en sentido general, de un error mayúsculo: el de tender a mejorar al individuo, sin cuidarse del factor social. Error que neutraliza los buenos resultados que pueden derivarse de la difusión y el arraigo de esas excelentes doctrinas. El individuo es la correspondencia con su medio. Esto es lo que induce a Carbó a sentar en esta su utilísima e interesante obra una senda libertadora integral de las colectividades humanas, basada en la transformación radical de la sociedad.—Precio, 2'50 pesetas.

**El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha**, por Miguel de Cervantes.—Hermosa edición especial para conmemorar el tercer centenario de la muerte de Cervantes, acaecida el 23 de Abril de 1616.

Precedida de un documentado estudio de la vida y obras de Cervantes, y de una iniciación bibliográfica de excepcional interés. Un volumen de 892 páginas, con hermosas ilustraciones, encuadernado en cromotipia.—Precio, 3 pesetas.

**Entre dos frentes**, por Madam Smit. — Novela de paz y amor. Provechosa propaganda en contra de la guerra.—Un tomo, 4 pesetas.

**El Dolor Universal**, por Sebastián Faure. — *El dolor universal es, sin disputa, la más grande obra, la más humana, la de más fundamental importancia de cuantas se han escrito propagando una sociedad libre. Hasta los más encarnizados enemigos de toda libertad, forzosamente han tenido que reconocer la lógica y la bondad, profundamente humanas, de esta obra inmortal.*—Precio, 3 pesetas.

**La Revolución Rusa en Ucrania**, por Néstor Makhno.

Todos los que han seguido con atención la trágica pugna desarrollada en Ucrania, saben ya quién es Makhno. Pero su retrato más cabal, al propio tiempo que la historia verídica, y toda ella fervor, de la revolución ucraniana, está en su reciente libro *La Revolución rusa en Ucrania*, documento que ningún hombre preocupado por los problemas sociales debe desconocer.—Precio, 3 pesetas.

**Juana de Arco, sacrificada por la Iglesia**, por Han Ryner. — El genial filósofo y eximio novelista Han Ryner sostiene en este formidable librito, con valentía inusitada, una formidable acusación contra la Iglesia: el martirio y sacrificio de Juana de Arco, la heroína doncella que pasado el tiempo la misma Iglesia había de elevar beatificándola, como un sarcasmo más contra su víctima. En esta acusación Han Ryner invita a recusar su afirmación a los más calificados representantes del catolicismo, que rehuyen la invitación con astucia diplomática.—Precio, 0'60 pesetas.

**Para ser vegetariano**, por José Galián Cerón. — De utilidad para los que sigan la dieta vegetariana. Indispensable al que desee adoptar el vegetarianismo. Contiene además una utilísima guía de los alimentos naturales y de los derivados, admitidos en el régimen vegetariano corriente.—Precio, 1'50 pesetas.

## Colección "La Novela Mensual de ESTUDIOS"

**Crainquebille**, por Anatole France. — Nadie ha sabido ridiculizar las normas rígidas de la *justicia escrita*, como lo hace Anatole France en este *drama vulgar*, en el que se admira la fina ironía y el sublime estilo del gran escritor.—Precio, 0'50 pesetas.

**La muerte de Oliverio Becaille**, por Emilo Zola. — El inmortal Zola muestra en esta preciosa novela el contraste de una vida civil, *muerta según la ley*, con la libertad que adquiere la personalidad *desaparecida* a los ojos del mundo y sus convencionalismos.—Precio, 0'50 pesetas.

**El marco**, por Alejandro Kuprin. — Una hermosa narración sirve de marco a unas vidas agitadas en la lucha revolucionaria y al planteamiento de un problema sentimental hondamente sugestivo.—Precio, 0'50 pesetas.

**Luz de domingo**, por Ramón Pérez de Ayala. —

Es esta una pequeña novela por su volumen, pero inmensa por su belleza incomparable y por la alta moralidad en que se inspira. El genial escritor enaltece el sentimiento del amor por encima de las bajas del instinto y de la maledicencia.—Precio, 0'50 pesetas.

**Infanticida**, por Joaquín Dicenta. — Una formidable acusación contra la sociedad que vilipendia y desprecia a la joven incauta, caída en falta por la ignorancia en que a toda costa se quiere mantener a la juventud, hasta convertirla en *infanticida*.—Precio, 0'50 pesetas.

**Urania**, por Camilo Flammarion. — Singular género literario éste de cantar las maravillas celestes en forma novelesca, que sólo podía estar reservado al genial poeta del universo, como muy justamente se ha dicho de Flammarion. El estudio de la astronomía hecho en forma altamente sugestiva e interesante.—Precio, 0'50 pesetas.

*Seguirán apareciendo en esta colección un título cada mes, siempre de autores de reconocido prestigio universal.*

## DICCIONARIOS

(15 por 100 de descuento a corresponsales y suscriptores)

**Enciclopedia Sopena**, en dos volúmenes.—Contiene 200.000 artículos, 50.000 biografías, 20.000 grabados, 87 mapas en negro y en color y 39 hermosas cromotipias.—80 pesetas al contado y 90 a plazos.

**Diccionario Enciclopédico Ilustrado de la Lengua Española**, publicado bajo la dirección de don José Alemany.—Contiene 90.000 artículos, 8.000 grabados, 2.000 retratos, 380 cuadros, 77 mapas en negro y color y 15 cromotipias.—18 pesetas.

**Diccionario Enciclopédico Ilustrado LA FUENTE**. — Contiene 80.000 artículos, 1.014 grabados, 370 retratos, 100 cuadros, 11 mapas en color y 3 cromotipias.—9'00 pesetas.

**Nuevo Diccionario de La Lengua Española**, por don José Alemany.—Este Diccionario es un excelente compendio de la parte lexicográfica de la Enciclopedia Sopena.—7 pesetas.

**Diccionario Ilustrado ARISTOS**. — 60.000 voces, 2.500 grabados. — 5'50 pesetas.

**Diccionario de la Lengua Española**, por Atilano Rancés. — Edición de bolsillo. — Contiene 45.000 voces y está ilustrado con 800 grabados.—3'50 pesetas.

**Diccionario Francés-Español y Español-Francés**, por P. Alcalá Zamora y Teophile Antignac. — Edición manuable.—Con la pronunciación figurada. — 5'50 pesetas.

**Diccionario Inglés-Español y Español-Inglés**, por Ricardo Roberston.—Con la pronunciación figurada.—5'50 pesetas.

**Pequeño Diccionario de la Lengua Española «Ite»**.— Edición de bolsillo. — 1'75 pesetas.

**Diccionario «Ite» Inglés-Español**. — Edición de bolsillo.—2'50 pesetas.

**Diccionario «Ite» Francés-Español**. — Edición de bolsillo.—2'50 pesetas.

**Diccionario Filosófico**, por Voltaire. — Obra trascendental, considerada como la más valiosa y fundamental de este genio inmortal.—Dos grandes tomos en tela.—16 pesetas.



# TARJETAS POSTALES DE "ESTUDIOS"

La publicación de estas postales-retratos obedece a un noble propósito de difundir y estimular el amor al estudio, y no de contribuir a ninguna clase de idolatría. Queremos simplemente que ante los retratos de los hombres que más se han destacado, por su labor útil y fecunda, en la evolución del pensamiento humano, cada cual sienta el deseo de conocer su vida y estudiar su obra.

Cada serie, compuesta de 12 tarjetas, la integran: un filósofo, un poeta, un pintor, un revolucionario, un escultor, un músico, un inventor, un precursor, un descubridor, un gran novelista, un escritor y un pedagogo.

Se han puesto ya a la venta las colecciones siguientes:

SERIE I.—*Kant, Rabindranat Tagore, Goya, Bakunin, Miguel Angel, Beethoven, Gutenberg, Fourier, Colón, Dos-  
toiewski, Larra y Pestalozzi.*

SERIE II.—*Voltaire, Shakespeare, Leonardo de Vinci, Eliseo Reclus, Alonso Cano, Mozart, Alejandro Volta, Roberto Owen, Galileo, Zola, George Brandes y Francisco Giner de los Rios.*

SERIE III.—*Kierkegaard, Schiller, Velázquez, Kropotkin, Benvenuto Cellini, Albéniz, Marconi, Fernando Lalle, Horacio Wells, Tolstol, Antón Chejov y Ellen Key.*

SERIE IV.—*Guyau, Goethe, Zurbarán, Luisa M de Rodin, Rimski Korsakoff, Branly, Saint Simón, Einstein, Balzac, Angel Ganivet y Clapérede.*

SERIE V.—*Rousseau, Heine, Rembrandt, Otto de Guericke, Pasteur, Isadora Duncan, Wagner, William Morris, Salvochea, Linneo, Thomas Munzen y Cervantes.*

SERIE VI.—*Carlos Spittler, Proudhon, Carlos Pisacane, Gabriela Mistral, Rafael, Panait Istrati, Schumann, William James, Berthelot, Esteban Grey, Quevedo y J. M. Fabre.*

SERIE VII.—*Lope de Vega, Tiziano, Ludmila Pitoeff, Stravinski, Descartes, Justus Liebig, Harvey, Romain Rolland, Darwin, Miguel Servet, Desmoulins y Andreiev.*

SERIE VIII.—*Bécquer, Rubens, Alberto Durero, Chopin, Raimundo Lullio, Raspail, Galvani, Ch. Louis Philippe, Mendel, Luis Blanc, Theroigne de Mericourt y Stendhal.*

Sin interrupción seguirán nuevas series, hasta completar y reunir en esta colección, que no dudamos en afirmar será la más valiosa y selecta de las conocidas hasta ahora, todos los grandes hombres que con su genio dieron impulso al progreso del mundo.

Cada serie de 12 tarjetas se vende a 1'50 pesetas.

No se venden tarjetas sueltas.

A corresponsales y suscriptores de ESTUDIOS, el 30 por 100 de descuento.





El peor enemigo del progreso y de toda libertad es esa literatura pornográfica, depravada y cínica, que va convirtiendo a la juventud en rebaño servil y cretino, sin voluntad y sin conciencia de su papel en la vida.

Merced al amparo de que goza toda esa repugnante producción, indignamente llamada literaria, la juventud, cada vez más embrutecida por lecturas eróticas, lujuriosas y estúpidas, va perdiendo los últimos arreos de su dignidad, descendiendo al más bajo y vil sensualismo,

del que es vergonzoso producto esa legión de *hombres-sombras*, impotentes e incapaces de sentir y pensar con nobleza moral; sin aspiraciones dignas y elevadas, sin ilusiones bellas y honrosas; inútiles, en fin, para lo que no sea entusiasmarse por todo lo trivial y tonto, por todo lo puerco y degenerante, y malgastar sus energías en banalidades torpes y perjudiciales.

Frente a esa avalancha embrutecedora y denigrante, hemos de oponer, con la medida que nuestros escasos recursos nos permitan, la labor de superación mental y física del hombre. la creación de una cultura ampliamente ecléctica y racional que haga comprender a esa juventud alocada que por encima de toda esa podredumbre histérica y viciosa están estas páginas, repletas de bellas enseñanzas, de conocimientos útiles, consagradas a liberar al hombre de la ignorancia y a crear una generación consciente y culta, capaz de llenar su augusta misión renovadora.

Para ello solicitamos de cuantos crean útil la labor de ESTUDIOS, ayuden a su difusión procurándole suscriptores, propagando su lectura en todas partes, y recomendando la lectura de sus libros.

## Amenidad, Interés, Educación sexual, Arte, Conocimientos eugénicos para la vida privada, Ética moral y científica

Es una excelente Revista ecléctica mensual, en la que colaboran las más prestigiosas firmas de la intelectualidad española. Es una publicación de amplios horizontes científicos, de divulgación de conocimientos prácticos para una vida racional e higiénica, libre y feliz.

56 páginas de texto selecto ... Precio del ejemplar, 50 céntimos

### PRECIOS DE SUSCRIPCION

Para España, Portugal y América: Un año (12 números). 6'50 Ptas.

Para los demás países: Un año (12 números). . . . . 8'00 "

#### PAGO ANTICIPADO

A los correspondientes y librerías, el 20 por 100 de descuento

Toda correspondencia, giros, valores, etc., al Administrador:

# J. JUAN PASTOR

APARTADO 158 - VALENCIA (ESPAÑA)

### BOLETIN DE SUSCRIPCION

(Puede cortarse este Boletín y remitirse dentro de un sobre abierto, franqueado con un sello de dos céntimos)

Fecha .....

Sr. Administrador de ESTUDIOS:

Sírvase tomar nota para remitir una suscripción de ESTUDIOS, a partir del número del mes de ..... a las señas abajo indicadas.

Para cuyo efecto, remito con esta fecha el importe anual de ..... pesetas por Giro postal (1).

DIRECCIÓN:

Sr. D. ....

Calle .....

Población .....

Provincia .....

Firma,

(1) Si no se quiere o no se puede anticipar el importe, puede indicarse que se haga el envío del primer número a Reembolso, y en ese caso se abonará el dinero al recibir la Revista de manos del cartero. Los gastos de Reembolso (0'50) van a cargo del suscriptor en este caso. El servicio de Reembolso sólo rige para España.

# CUADERNOS DE CULTURA

## PUBLICACIÓN QUINCENAL

Estos CUADERNOS se dirigen principalmente al autodidacto; al hombre que quiere formarse una cultura por su propio esfuerzo; al hombre que no dispone de tiempo ni medios adecuados para el cultivo metódico de su inteligencia y para el cual la vida es un panorama lleno de interrogantes; al hombre que desee penetrar en el conocimiento del mundo y del pensamiento humano y quiera formar su educación basándose exclusivamente en la lectura.

Estos CUADERNOS ponen ante el lector, en libritos económicos de limpio y fácil estilo, todas las disciplinas del saber humano, orientadas en un sentido claro, científico, imparcial.

Se publica un CUADERNO cada quince días, esmeradamente impreso en papel pluma, de 72 o más páginas, al precio de 60 céntimos cada uno. A los corresponsales y libreros, a 45 céntimos desde cinco ejemplares en adelante.

Van publicados los siguientes títulos:

- 1.—**Socialismo**, por Marín Civera. (Agotado.)
- 2.—**Introducción al estudio de la Filosofía**, por F. Valera. (Agotado.)
- 3.—**El Universo**, por el doctor Roberto Remartínez.
- 4.—**Liberalismo**, por F. Valera.
- 5.—**La formación de la Economía Política**, por Marín Civera.
- 6.—**Sistemas de gobierno**, por M. Gómez.
- 7.—**Higiene individual o privada**, por el doctor Isaac Puente. (Agotado.)
- 8.—**Escritores y pueblo**, por Francisco Pina.
- 9.—**Sindicalismo: su organización y tendencia**, por Angel Pestaña. (Agotado.)
- 10.—**La Vida (Biología)**, por Luis Huerta.
- 11.—**Nuestra casa solariega (Geografía)**, por Gonzalo de Reparaz.
- 12.—**Cómo se forma una biblioteca**, por Federico Carlos Sainz de Robles.
- 13.—**Monarquía y República**, por Alicia Garcitorial. (Prólogo de Marcelino Domingo.)

- 14.—**América antes de Colón**, por Ramón J. Sender.
- 15.—**La familia en el pasado, en el presente y en el porvenir**, por Edmundo González-Blanco.
- 16.—**La dramática vida de Miguel Bakunin**, por Juan G. de Luaces.
- 17.—**Uso y abuso de la tierra**, por Emilio Palomo.
- 18.—**La Escuela Única**, por José Ballester Gozalvo.
- 19.—**Democracia y Cristianismo**, por Matías Usero.
- 20.—**Introducción a la Historia Natural**, por Enrique Rioja.
- 21.—**Salvador Seguí ("Noy del Sucre")**, por José Viadiu.
- 22.—**El mundo de habla española**, L. Basa.
- 23.—**El romancero español**, por R. de Campamor Freire.
- 24.—**La vida de las plantas**, por Emilio Guinea.

Seguirán originales de Angel Pestaña, Gonzalo de Reparaz, Alvarez del Vayo, Adolfo Salazar, Roberto Castrovido, Genaro Artiles, Antonio Espina, Luis Bello, etc.

Se envía un ejemplar de muestra a quien lo solicite.



## Como el Caballo de Atila

Por H. Noja Ruíz

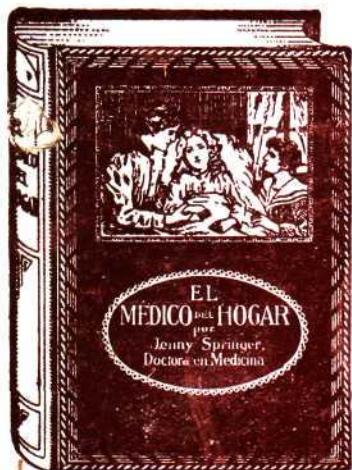
Pocas veces podrá tildarse de excepcional una obra con mayor motivo que a esta novela, última producción del conocido y admirado escritor Higinio Noja Ruíz.

Porque lo meritativo y lo que verdaderamente hace excepcional a un libro no es sólo su trama novelesca, lo emocionante y episódico de su narración, sino la trascendencia de las ideas a cuyo fuego se forja su producción, el concepto elevado que sugiere su lectura, finalidad artística a que aspiró el autor para dar forma vital a una nueva concepción más humana y más digna, a una moral superior a que forzosamente han de encaminarse las relaciones de humana convivencia.

El mundo contemporáneo, casi sin excepción, repudia por bárbara e inútil la odiosa pena de muerte, baldón ignominioso de nuestro siglo (ineficaz cuan innoble recurso vengativo, que no justiciero, de la sociedad contra el malhechor, muchas veces triste guinapo del vicio que la misma sociedad fomenta, dañino e inconsciente instrumento del ambiente ineducado), y que a pesar de todo mantiene en vigencia el Código.

Crear un estado de conciencia colectiva adverso a la aplicación de la repugnante condena, impulsar ese estado de opinión hasta borrar del articulado que sanciona las faltas de los hombres ese oprobioso artefacto llamado patibulo, es labor trascendental y digna. A ello tiende la novela de Higinio Noja Ruíz, abordando un problema original y de honda penetración psicológica, con estilo claro, preciso, ameno, que le consagra como uno de los mejores escritores de vanguardia.

Un volumen de 324 páginas, magníficamente impreso en papel pluma, con portada a tricromía. Precio, 5 pesetas.



## EL MÉDICO DEL HOGAR

Por la Dra. Jenny Springer

Obra verdaderamente sensacional, importantísima, indispensable en todos los hogares. Es un libro de consulta y de estudio; el consejero acertado, exacto y desinteresado, el amigo verdadero de la salud. Poseer esta hermosa obra en casa es asegurar su salud, su felicidad, y la de los suyos; es poseer un tesoro científico que le defiende de los posibles errores del profesionalismo médico. Forma un precioso tomo de 942 páginas, con 936 grabados, 56 láminas en colores y 3 suplementos: Enfermedades sexuales (con 3 láminas). Desarrollo del hombre (con 8 láminas), y dos modelos anatómicos desmontables del hombre y de la mujer.—Lujosamente encuadernado.—Precio 40 pesetas.

A corresponsales y suscriptores de ESTUDIOS el 10 por 100 de descuento.

### Consultorio Médico de ESTUDIOS

#### DR. ISAAC PUENTE

MÉDICO

MAESTU (Álava)

#### Precios de consulta

Completamente gratis a los lectores de ESTUDIOS. Basta la presentación del cupón insertado a continuación. Para las consultas por correspondencia, añádase, además del cupón, el sello para el franqueo de la contestación.

#### Dr. Roberto Remartínez

MÉDICO FISIATRA

Conde Salvatierra, 19. -- VALENCIA

Ex interno de la Facultad de Madrid  
Académico corresponsal de la Academia  
de Medicina de Barcelona

Ex médico de la Cruz Roja

Electricidad médica, Diatermia, Fototerapia,  
Rayos X, etc.

Consultas (muy reservadas) por correspondencia. Descuentos especiales en consultas y tratamientos a los lectores, enviando el cupón.

Pedid cuestionario

CONSULTA EN VALENCIA

Calle del Conde de Salvatierra, 19, de 9 a 1

#### DR. L. ALVAREZ

MÉDICO NATURISTA

Duque de la Victoria, 15, pral.

VALLADOLID

Precios de consulta: Piden cuestionario para consultas por correspondencia.

A los lectores de esta Revista que acompañen el cupón adjunto se les descontará 3 pesetas en la primera consulta, y 1 peseta en las sucesivas.

#### Dr. M. Aguado Escribano

MÉDICO FISIATRA

CERRO MURIANO (Córdoba)

Pidan cuestionario para consultas por correspondencia.

A los lectores de esta Revista que acompañen el cupón adjunto, descuento del 50 % en la primera consulta, y el 25 % en las sucesivas.

#### J. PEDRERO VALLES

MÉDICO HOMEOPATA

Tintes, núm. 2. - VALLADOLID

Los lectores de ESTUDIOS que acompañen el adjunto cupón serán favorecidos con un descuento del 50 por 100.

Para las consultas por correspondencia, pídanse "Cuestionario de preguntas", adjuntando el franqueo y la contestación.

## ESTUDIOS

CUPÓN CONSULTA

Núm. 90. — Febrero 1931

Córtese el adjunto cupón e inclúyase al formular la consulta, para tener opción al descuento especial.